Los Hollister



Y LAS MONEDAS DE LA SUERTE

4

JERRY WEST

Cuando Sue Hollister recibe un penique de la suerte como recompensa, la familia entera se aficiona a coleccionar monedas. Esto lleva a los Hollister a resolver el robo de una valiosa colección de monedas, y a encontrar un tesoro escondido usando pistas desenterradas cuando un viejo arbol es derribado por un tornado.





Jerry West

Los Hollister y las monedas de la suerte

Los Hollister - 4

ePub r1.1

nalasss 14.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and the Secret of the Lucky Coins*
Jerry West, 1963
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell
Diseño portada: Salvador Fabá

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



UN PENIQUE SORPRENDENTE



—¡Ricky! ¡Holly! ¡Tengo un secreto! —gritó Sue Hollister.

La pequeña corría por la acera, en dirección a dos de sus hermanos, con uno de sus regordetes puños a la espalda.

Holly, de seis años, tenía dos más que Sue. Llevaba el cabello recogido en trencitas que casi siempre se le separaban, muy tiesas de su cabeza* En aquellos momentos, Holly caminaba lentamente, comiéndose un riquísimo helado de vainilla en forma de cucurucho.

Ricky, de siete años, era pecoso, pelirrojo y tenía una sonrisa traviesa. El helado de fresa que comía estaba casi concluido. Cuando estuvo junto a su hermanita pequeña dijo:

—A ver, Sue. ¿Qué secreto es ése?

—No puedo enseñárselo a nadie hasta que llegue a casa. La

señora me ha dicho que no lo haga.

—¿Qué señora? —preguntó Ricky, impaciente.

—La señora periquito.

Holly sacó la punta de la lengua para recoger un poquito de helado y luego preguntó:

—¿Una señora periquito?

—No, no —replicó Sue, moviendo la cabeza de un lado a otro y haciendo flotar en el aire sus cabellos rubios—. Esa señora no era un pájaro. Tenía un pájaro.

Apresuradamente la pequeñita explicó que un periquito precioso se había escapado por una ventana abierta. La dueña del animalito estaba intentando volver a meterlo en la jaula cuando llegó Sue.

—El periquito estaba sentadito en una valla y yo me acerqué y le tomé —acabó de explicar Sue.

—¡Canastos! ¡Qué lista eres! —Exclamó Ricky, lleno de orgullo —. Pero ¿qué tiene eso que ver con tu secreto?

Sue contestó que ella había llevado al periquito a casa de la señora y lo metió en su jaula.

—¡Y por eso me han dado un premio! Ése es el secreto.

—Ya sé lo que es. Llevas una moneda de níquel escondida en la espalda —dijo Ricky.

Sue soltó una risilla, contestando:

—No es una cosa tan pequeña.

—¿Es un penique? —indagó Holly.

Cuando Sue asintió vigorosamente, Ricky dio un bocado que hizo desaparecer una buena parte de su helado y preguntó:

—¿Y qué secreto hay en tener un penique?

—Es un penique de la suerte —aseguró Sue—. Pero no voy a enseñároslo.

—Te dejo lamer dos veces mi helado si me lo enseñas —ofreció Holly.

Sue aceptó y pasó una vez la lengua sobre el helado. Inmediatamente abrió la mano y mostró su tesoro. En la palma de su mano tenía una moneda de cobre mucho más grande que los peniques que tenían costumbre de ver los niños. Estaba rodeada por trece estrellas, en el centro había una cabeza de la estatua de la Libertad y debajo la fecha de 1817.

Ricky miró la moneda muy solemnemente, como si estuviera enteradísimo de todo lo relativo a las monedas del año 1817.

—¿Dónde está la suerte de este penique tan grandote? —quiso saber, mientras mordisqueaba golosamente el último residuo del helado.

—Papá lo sabrá —repuso Sue, mientras se agachaba para volver a probar el helado de Holly.

—¡Oh! —Se lamentó Holly—. Te has llevado un trocito en lugar de lamer sólo.

Holly retiró la mano, pero la helada crema resbaló del dulce cucurucho y fue a caer sobre la acera. ¡Plaf!

—¡Oh! —exclamó también Sue—. Lo siento. Toma mi penique.

—No, gracias —replicó Holly—. Me parece que es el penique de la mala suerte.

En aquel momento salió por el sendero de casa de los Hollister un bonito perro pastor. Holly le llamó.

—Ven aquí, Zip.

Y la niña le señaló el helado caído que el animal se apresuró a tomar.

—Me alegro de que no se haya desperdiciado —declaró Holly, cuando los tres hermanos, seguidos de Zip, entraron corriendo en el jardincillo delantero de su casa.

La morada de los Hollister, situada en la población de Shoreham, era una casa grande y rodeada de amplios terrenos, Tenían prados a ambos lados y por la parte posterior quedaba limitada por el bello lago de los Pinos, donde había una barca de remos sujeta al amarradero.

Hacia la mitad del trecho situado entre el lago y la casa había un lecho circular de flores. Arrodillados allí estaban la señora Hollister y sus otros dos hijos, Pete y Pam. Los dos hermanos mayores estaban ayudando a su madre a trasplantar clavelinas en el reborde del jardín.



La mamá de los Hollister, una señora guapa y delgada, de cabellos oscuros, se irguió y se quitó los guantes de jardinería.

—Muchas gracias, Pete y Pam, por haberme ayudado —dijo a sus hijos mayores, con una sonrisa.

—Ha sido muy divertido —contestó Pete.

Pete tenía doce años, llevaba el cabello negro muy corto y siempre sonreía afablemente.

Su hermana Pam, de diez años, llevaba los negros cabellos peinados en una rizada melena. La niña dio unas palmaditas más sobre la tierra recién removida y se puso en pie en el momento en que Ricky, Holly y Sue iban corriendo al patio trasero.

Cuando se comunicó a todos la noticia de la moneda de la suerte, la señora Hollister dijo:

—Papá seguramente sabrá por qué es de la suerte. ¡Mirad, ahí llega!

Los niños se volvieron a contemplar la furgoneta que entraba por el sendero del jardín. Cuando el vehículo se detuvo, de él saltó el señor Hollister. Era un hombre alto, de aspecto agradable y atlético que se aproximó a su familia con paso ágil. El señor Hollister era propietario del Centro Comercial, establecimiento que era una combinación de tienda de juguetes, ferretería y almacén de efectos deportivos, situada en el centro de Shoreham.

Cuando Sue corrió al encuentro de su padre, él la cogió en brazos y la colocó sobre sus hombros. Luego, entre risas y bromas, los niños penetraron en tropel en la casa y se lavaron

apresuradamente la cara y las manos antes de sentarse a la mesa.

El señor Hollister se sintió interesado por la moneda antigua y la examinó atentamente.

—¿Por qué es de la suerte, papá? —quiso saber Sue.

—Porque, probablemente, vale más de un penique.

Dicho esto el señor Hollister explicó que muchas monedas antiguas escaseaban y que, entonces, los coleccionistas pagaban un alto precio.

—Eso lo podremos averiguar fácilmente, John —opinó la señora Hollister—. Hay una tienda de compra y venta de monedas cerca del Centro Comercial.

—Es verdad —contestó el papá de los Hollister—. El señor Steinberg es un numismático y una gran persona.

—¿Qué dice que es? —preguntó Holly, retorciéndose una de las trencitas.

—Un numismático —repitió el señor Hollister—. Un numismático es un hombre que colecciona monedas.

Cuando terminaron de comer, Pete se puso inmediatamente en pie y propuso:

—Bueno. Vamos a la tienda de monedas.

Los cinco hermanos saltaron a la furgoneta y el señor Hollister les dejó ante el establecimiento numismático, situado entre otras dos tiendas más grandes. Un hombre que se sentaba tras el mostrador les saludó afablemente.

—Señor Steinberg —dijo Pete—, somos los hijos del señor Hollister y querríamos pedirle un favor.

—¡Hum! Dos de vosotros os parecéis a vuestro padre —replicó el señor Steinberg con una sonrisa—. ¿Qué es lo que deseáis?

Sue avanzó unos pasos y le tendió la moneda antigua.

—Es un penique de la suerte —anunció la pequeñita—. Papá dice que es de la suerte porque puede valer más de un penique.

El dueño de la tienda cogió la moneda, la miró por ambas caras e hizo saber a los niños:

—Está en buenas condiciones. Vale dos dólares.

—¿Lo veis? —gritó Sue, mirando a Ricky y a Holly—. Es una moneda de la suerte como dijo la señora periquito.

—¡Zambomba! —se asombró Pete—. Si las monedas antiguas

valen tanto dinero, podría ser una buena idea empezar a coleccionarlas.



—Es una bonita distracción —dijo el señor Steinberg—. ¿Por qué no empezáis buscando monedas Lincoln? Os divertiríais mucho.

Entonces el señor Steinberg enseñó a los Hollister un cartón azul en el que había hileras de agujeritos para colocar las monedas. Debajo de cada agujero había una fecha impresa.

—Lo que interesa es encontrar una moneda de cada año.

—¿Cuánto vale este estuche? —quiso saber Holly.

—Veinticinco centavos.

—Muy bien —dijo Pete—. Lo compramos.

—Os voy a dar este catálogo que informa sobre las monedas indias antiguas —añadió el señor Steinberg—. No se ha acuñado ninguna desde 1909. Aquí encontraréis descritas toda clase de monedas raras.

Después que Pete le dio las gracias y pagó el estuche para monedas, el dueño de la tienda dijo:

—Lo primero que podríais hacer es ir al banco y cambiar un dólar en peniques. Así podréis conseguir varias cabezas de Lincoln para vuestra colección.

Los niños volvieron a dar las gracias al señor Steinberg y salieron de la tiendecita, dirigiéndose directamente al Centro Comercial.

—Es una buena idea lo que nos ha dicho el señor Steinberg —dijo Pete, sonriendo—. Lo malo es que yo no tengo un dólar.

—Podríamos ganarlo —sugirió Pam.

—¿Dónde podríamos encontrar trabajo?… —añadió Holly.

—¡En el Centro Comercial! —propuso Ricky—. Puede que papá quiera contratarnos.

Incluso a Sue le pareció aquello una buena idea. La pequeñita dio a Pete la moneda para que estuviese más segura, y su hermano guardó aquel tesoro en el sillo.

Cuando entraron los Hollister en la tienda de su padre, el señor Hollister acababa de atender a un cliente.

Esta vez Sue no corrió a abrazarle, sino que dijo muy formalmente:

—Señor Hollister, estamos buscando trabajo.

—Eso es —dijo Ricky con una sonrisa maliciosa—. Tenemos que ganarnos un dólar.

Rápidamente contaron al señor Hollister todo lo relativo a su visita a casa del señor Steinbarg y le mostraron el estuche para guardar monedas.

—¡Magnífico! Me alegro de que hayáis encontrado una nueva distracción —dijo el señor Hollister—. Tengo un trabajo para vosotros. Venid conmigo.

El señor Hollister llevó a sus hijos a la parte trasera de la tienda y abrió una puerta lateral que daba a un callejón. Allí había una caja de cartón casi de la misma altura que Pete. Estaba abierta y se veían en ella muchas cajas pequeñas en cuya parte superior se leía: «El Encantador de Serpientes».

—Ése es vuestro trabajo —les informó el señor Hollister—. Llevad cuidadosamente todo esto a la tienda y ponedlo en la estantería de los juguetes. Cuando hayáis terminado, os daré un dólar.

—¡Canastos! —se entusiasmó Ricky—. ¿Y qué es esto del Encantador de Serpientes, papá?

—Un nuevo juguete. Cuando hayáis terminado el trabajo os dejaré ver uno. Pero no abráis ninguno antes.

—¡Qué bien! ¡Otra sorpresa! —chilló Sue, llena de felicidad.

Pete se acercó a la caja grande y sacó de ellas las cajas pequeñas, dando dos o tres a cada uno de sus hermanos para que las fueran llevando dentro. Estaban casi terminando su trabajo cuando, en el callejón, aparecieron dos muchachos. Ricky fue el primero en verlos.

—Chist. ¡Mira quién viene, Pete!

Su hermano levantó la vista y comprobó que se acercaban Joey Brill y Will Wilson. Joey era un muchacho de la edad de Pete, pero más fuerte. Siempre tenía aspecto de encontrarse descontento y continuamente molestaba a los Hollister. Su amigo Will tenía casi su misma estatura y siempre iba acompañando a Joey, al que apreciaba mucho, sin que los Hollister pudieran comprender por qué.

Sin decir ni hola, Joey empezó a reírse de Pete.

—¡Ja, ja! Tu padre os hace trabajar —exclamó, insultante.

Pete no contestó, pero Holly, que acababa de aparecer por la puerta, oyó al chico y repuso:

—Nos estamos ganando un dinero. Eso es lo que pasa.

—¡Ja, ja! —se burló ahora Will, imitando a su amigo—. Debéis de ser muy pobres cuando tenéis que trabajar.

—Eso no es asunto vuestro —replicó Pete—. Bueno, marchaos ya.

Joey se inclinó sobre la gran caja que ahora estaba ya casi vacía. Vio las cajitas pequeñas y leyó:

—«El Encantador de Serpientes». ¿Qué es? ¿Algo nuevo?

—Es un juguete, aunque no sabemos de qué tipo —explicó Pam, mientras Pete le entregaba varias cajas.

—¿No sabéis lo que es? —preguntó Joey con una risilla de burla y sorpresa—. Bueno. Vamos a abrir una.

—¡No toques! —advirtió Pete, apartando la mano de Joey—. No podemos mirarlo hasta que hayamos terminado este trabajo.

—¿Quieres decir que permites que tu padre os mande en una cosa así? —preguntó Joey, con desprecio.

—¡Salid de aquí! —ordenó Pete—. Esta zona es propiedad privada.

—Muy bien —asintió el camorrista.

Se volvió, como si hubiera decidido marcharse, pero de repente metió la mano en la gran caja y sacó de ella una cajita del «Encantador de Serpientes».

—Deja eso —gritó Pete.

Intentó recuperar la cajita, pero no lo consiguió, y Joey y Will lograron salir corriendo del callejón a la calle.

Al instante, Pete y Pam se lanzaron en su persecución. Sin embargo, los otros dos pudieron cruzar la calzada cuando en el semáforo lucía luz verde, que se tornó roja al llegar al bordillo Pete y su hermana.

—¡Qué mala suerte! —se lamentó Pete, mientras esperaban a que llegase el turno de detenerse a los coches.

Los dos niños cruzaron entonces el pequeño parque, situado en el centro de la población. Allí miraron a uno y otro lado, pero Joey y Will no aparecían por ninguna parte.

—¿Cómo pueden haberse evaporado así? —se extrañó Pam.

—¡Mira! ¡Mira! —exclamó Pete, señalando hacia la parte más lejana del césped—. Aquellos arbustos de detrás del banco se

mueven. Puede que estén escondidos allí.

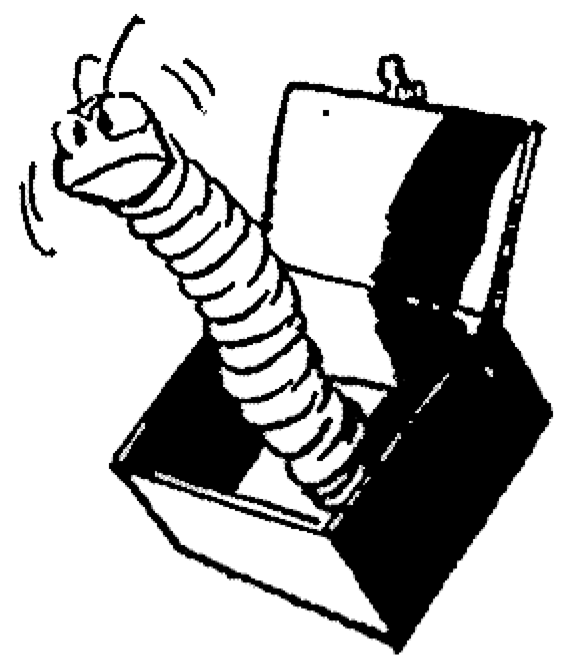
Buscando, uno por uno, detrás de todos los arbustos, Pete y Pam fueron quedando también ocultos, hasta que llegaron junto al gran banco de cemento del parque. Entonces pudieron ver que Joey y Will estaban escondidos allí.

Pete oyó a Will murmurar roncamente:

—Bueno, no hay ni señales de ellos. Vamos a abrir el estuche.

Antes de que Pete y Pam pudieran llegar junto a los chicos, Joey levantó la tapa del estuche. ¡Al momento dio un grito agudo!

UNA BROMA DIVERTIDA



Una enorme y gorda serpiente de tela y alambre salió de la caja, irguiéndose entre Will y Joey. Antes de que los camorristas se hubieran recuperado de su espanto, Pete y Pam salieron de su escondite. Pam se apoderó de la serpiente, mientras su hermano cogía la cajita.

—¿Por… qué no nos dijisteis que… era un juguete de asustar? —tartamudeó Joey, sofocado y rabioso.

—Ya te dije que no sabíamos lo que había en las cajas —respondió Pete.

—Te ha estado bien empleado —aseguró Pam, mientras aplastaba a la serpiente para introducirla en la caja—. ¡Así otra vez no intentaréis robar nada en la tienda de papá!

—Sólo queríamos tenerlo un minuto —se disculpó Will.

Pero Joey no pensaba acabar con sus desagradables bromas. Intentó coger otra vez el juguete y Pete se lanzó entonces, para impedírselo. Juntos rodaron por el suelo. Como era más fuerte, Joey logró quedar sobre Pete, pero el muchachito Hollister arqueó la espalda y el camorrista salió disparado, golpeándose duramente. Pete se estaba levantando, apoyándose en pies y manos, cuando su contrario se ponía también en pie lentamente sobre la hierba.

—No sé por qué has tenido que ser tan bruto —se quejó Joey—. Vamos, Will; estos Hollister no saben aguantar una broma.

Los dos camorristas cruzaron la calle corriendo, mientras Pete y Pam regresaban al Centro Comercial. Cuando los dos mayores llegaron a la tienda, Ricky, Holly y Sue habían trasladado ya todas las cajas a las estanterías de los juguetes.

—¿Habéis atrapado a esos tunantes? —preguntó el señor Hollister.

—Sí. Y aquí está. «El Encantador de Serpientes» —contestó Pam.

—Parece que está un poco deslucido —observó el padre, que se acercó entonces a la caja registradora y sacó un dólar que entregó a Pam—. Aquí está vuestra paga. Y podéis quedaros con el «El Encantador de Serpientes» como bonificación.

—Gracias, papá —respondieron a coro los cinco hermanos.

Entonces, por turnos, fueron entreteniéndose en hacer saltar la serpiente de la caja. Después, Holly cargó con el nuevo juguete y todos marcharon al edificio de ladrillo rojo del banco, situado en el final de la calle.

Había varias ventanillas de pagos ante los mostradores de mármol del interior. Al fondo estaba abierta la grande y redonda puerta de la cámara acorazada. Ricky quedó fascinado por la puerta interior enrejada y las hileras de relucientes cajas metálicas.

Mientras Pam y los otros se aproximaban a una ventanilla, Ricky se acercó a la parte del fondo donde un hombre estaba a punto de cruzar la portezuela de la cámara acorazada. Un ayudante, sentado tras las rejas, manipuló un interruptor y la puerta quedó abierta. El primero de los hombres la cruzó y Ricky fue tras él.

«¡Canastos! ¡Qué sitio tan bueno para escondite!», pensó Ricky, mientras el ayudante introducía al cliente en el depósito.

Ricky habría entrado también si Pam no le hubiera visto. La

niña echó a correr a la puerta y dijo en un susurro:

—Ricky, sal de ahí en seguida.

—Está bien —se conformó Ricky, pero en seguida fijó la vista en la sólida reja de acero.

—¡Sal, antes de que nos echen del banco! —insistió Pam con apuro.

Sonriendo, Ricky manipuló en el pomo de la puerta, pero no pudo moverlo.

—Me parece que habrá que tocar el interruptor —dijo, mirando la mesa en que había estado sentado el guarda.

A un lado de la mesa vio dos botones, uno blanco y otro negro. Ricky pulsó el botón negro, pero la reja no se movió. Volvió a insistir el niño, pero no consiguió nada.

—Prueba otra vez —pidió Pam.

Cuando Ricky hundió fuertemente el dedo en el botón, éste produjo un zumbido y Pam pudo abrir la puerta.

—Eres un demonio —sonrió la niña—. Ahora quédate aquí hasta que me den los peniques.

Observada atentamente por todos sus hermanos, Pam presentó el dólar en la ventanilla.

—Queríamos que nos lo cambiase por cien peniques.

El empleado bajó la vista y observó el estuche para monedas que llevaba Pam.

—¿Un nuevo entretenimiento? —preguntó el hombre.

—Sí. Empezamos hoy.

—El coleccionar monedas se va convirtiendo en una afición muy popular. Nuestros clientes no cesan de pedirnos peniques, piezas de cinco y diez centavos e incluso dólares de plata.

Mientras hablaba, el empleado dejó sobre el mostrador dos cilindros de cincuenta peniques cada uno.

—Gracias —dijo Pam, y después de titubear un momento, preguntó—: ¿Le gustaría a usted ver un penique verdaderamente antiguo?

—Sí, claro. ¿Tenéis alguno?

Pete rebuscó en su bolsillo, intentando encontrar el penique del año 1817. De pronto su rostro se ensombreció. De su bolsillo extrajo un cortaplumas, un botón, un largo clavo, una moneda de diez

centavos y un pito, pero ningún penique.

—¡Oh! —exclamó Pam—. ¡Has debido de perderlo mientras te peleabas con Joey!

—Pues vamos ahora mismo a buscarlo —repuso Pete.

Cuando los cinco niños se acercaban a la puerta de salida aparecieron de improviso dos policías empuñando revólveres.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó uno de ellos.

—¡Ay! —se asustó Holly, que en seguida fue a cogerse del brazo de Pete.

Una mujer que se encontraba ante otra ventanilla dio un grito al ver aparecer otros cinco policías por la puerta trasera y las laterales. Uno de ellos era el agente Cal Newberry, el simpático joven con quien los Hollister tenían una gran amistad.

Sue corrió hacia él y le rodeó una pierna con sus bracitos.

—¡Hola! —gritó alegremente la pequeña—. ¿Estáis jugando a algo?

Sin decir una palabra, Cal apartó suavemente a la pequeña y se unió a sus compañeros que estaban efectuando una búsqueda por el banco. Tras unos minutos de silencio y tensión, todo el mundo empezó a hablar a un tiempo.

—Silencio, hagan el favor —pidió uno de los oficiales, a quien Pete reconoció como el capitán Walters—. ¿Quién ha dado la alarma?

Nadie repuso cosa alguna, pero Pam se tornó repentinamente encarnada y sus ojos fueron a fijarse en los botones que había tras la reja del fondo. Luego echó una ojeada a Ricky, cuyos ojos empezaron a removerse con inquietud.

—Alguien ha tocado el timbre de alarma —repitió el capitán muy indignado—. ¿Ha sido usted, señor Clark? —preguntó al ayudante encargado de depósito de valores.

Pam se aproximó a Ricky para aconsejarle en voz baja:

—Será mejor que lo digas ahora mismo.

Ricky tragó saliva por dos veces. El remolino de sus cabellos rojizos se puso más tieso que nunca. Quiso hablar, pero no le salió la voz. Pam le hizo una seña, animándole.

Entonces Ricky carraspeó para aclarar la garganta y, con un hilillo de voz, murmuró:

—Creo que he sido yo.

—¿Cómo ha sido eso? Habla, jovencito —le ordenó el capitán Walters.

El agente Cal se aproximó rápidamente a Ricky y, poniéndole una mano en el hombro, pidió amablemente:

—Bueno. Dinos qué ha ocurrido.

Los ojos de Ricky brillaban, llenos de lágrimas, y su barbilla temblaba.



—Yo… yo… he tocado el botón negro. Pero no sabía que era para avisar a la policía. ¡De verdad!

—¡Uf! —gruñó el capitán, enfundando su revólver—. Bueno, muchachos. Hemos trabajado de prisa. Hemos llegado aquí a los tres minutos justos de haber sonado el timbre de alarma en el puesto. —Se volvió entonces a Ricky para decirle—: Que no se te vuelva a ocurrir nunca gastar una broma de éstas, hijo. Has asustado a la gente de este banco para todo un año.

—También yo me he asustado —confesó Ricky, tembloroso.

Los policías se marcharon, y los Hollister salieron del banco tan de prisa como pudieron. Pero, a pesar de su aventura, los niños no se habían olvidado de la moneda perdida. Por lo tanto se dirigieron rápidamente hacia el banco del parque, donde Pete había caído sobre la hierba con Joey. Al cabo de unos minutos de búsqueda, todos se encontraron verdes manchones de hierba en las rodillas, pero ninguna moneda.

—Puede que Joey o Will la hayan recogido —se le ocurrió decir

a Holly, y señaló al otro lado de la calle, donde vieron a los dos chicos que entraban en la tienda de caramelos.

—¡A lo mejor van a gastarse allí nuestro penique! —exclamó Ricky enfurecido.

—Yo lo averiguaré —afirmó Pete.

El mayor de los Hollister cogió a Sue de la mano y cruzó la calle. Los demás le siguieron. Encontraron a Joey y a Will saliendo de la tienda y rompiendo los envoltorios de unos bastoncillos de chicle.

—¿Los habéis comprado con el penique que encontrasteis? —preguntó Pete.

—No. Teníamos cinco centavos —contestó Will—. ¡Eh! ¿De qué penique estás hablando?

—Hemos perdido un penique antiguo que vale dos dólares —dijo Ricky—. Pensamos que a lo mejor vosotros lo habíais encontrado.

—¿Cómo? ¿Un penique que vale dos dólares? —se mofó Joey.

—¡Era nuestro! —declaró Sue.

—Me alegro —repuso Will y pasó la mano ocupada con tres chicles, bajo la nariz de Pete—. Estoy invitando a mis amigos.

Luego, los dos amigos se alejaron lentamente sin cesar de reír.

Entristecidos, los Hollister echaron a andar camino de su casa. El trayecto era largo y a Sue le costaba trabajo ir al paso de sus hermanos. Cuando sus piernecitas regordetas estuvieron muy cansadas, Pete y Pam hicieron turnos para llevar a la chiquitina montada sobre sus hombros.

Por fin llegaron al sendero de su jardín, donde Zip les saludó con un ladrido y empezó a brincar a su alrededor.

Holly se apresuró a ir al desembarcadero donde, a primera hora de la mañana había colocado su caña de pescar.

—¡Apostaría algo a que he pescado un barbo! —afirmó.

Pete, Pam, Ricky y Sue entraron en la casa.

—Mamita —llamó Sue, entrando a saltitos en el cuarto de estar —. Tenemos peniques y una ser…

—¡Chist! —murmuró Pam—. No le digas todavía nada a mamá de «El Encantador de Serpientes». A lo mejor podemos gastarle una broma.

Y Pam escondió el juguete a su espalda.

—Hola, hijitos —dijo la señora Hollister, quitándose el delantal y saliendo de la cocina para saludarles—. ¿Habéis tenido suerte en la ciudad?

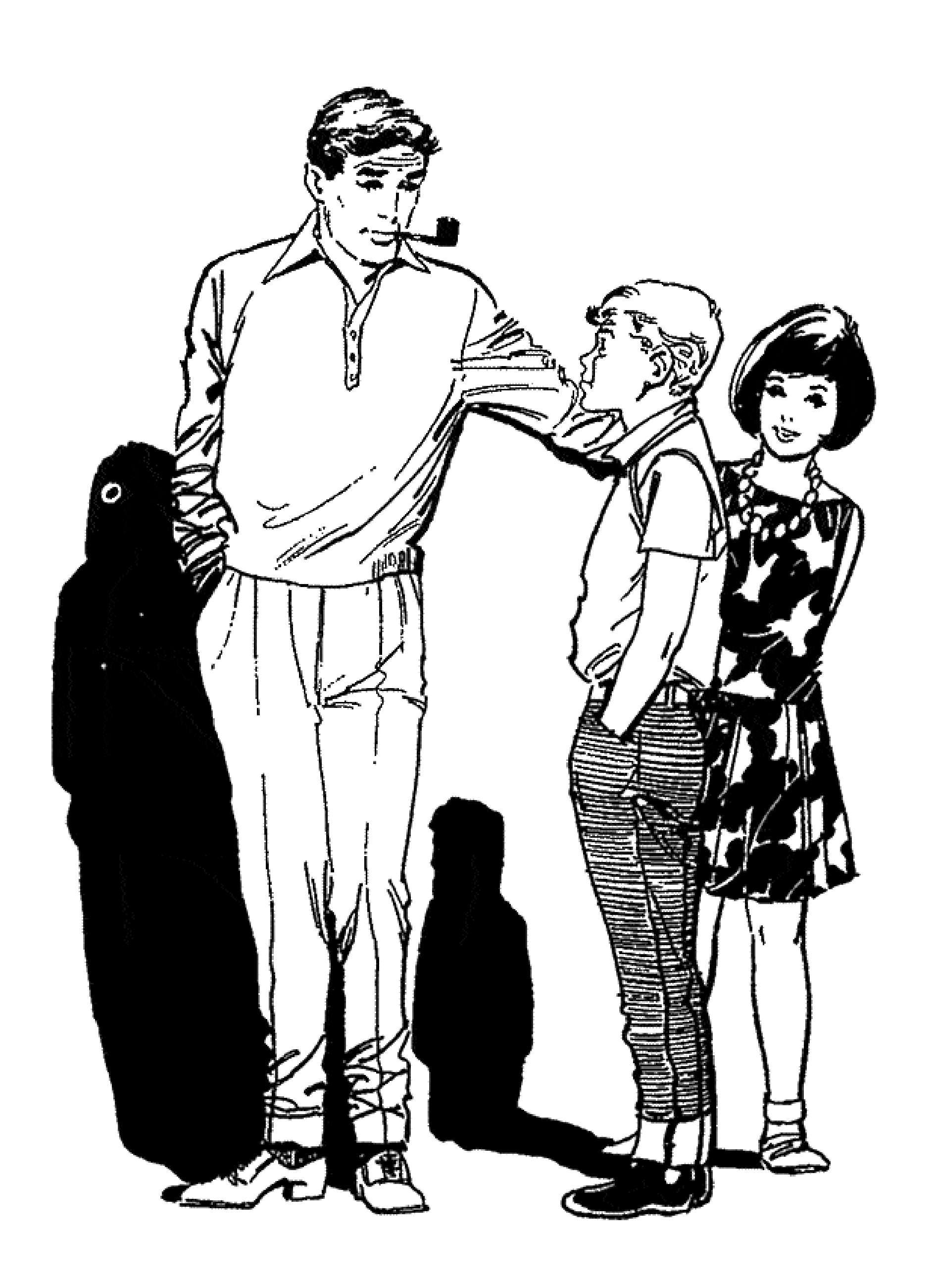
Con una sonrisa, Pete explicó:

—Hemos tenido buena y mala suerte.

Se hizo un silencio cuando los niños se miraron unos a otros. Por fin Ricky contó su aventura y Sue estalló en risillas.

La señora Hollister miró severamente a Ricky, movió de un lado a otro la cabeza y suspiró.

—¿Sabes una cosa, mamá? —se apresuró a decir Pete para cambiar de conversación—. Tenemos un nuevo entretenimiento. Coleccionamos monedas.



Y enseñó a su madre el estuche azul y los dos cilindros de cincuenta peniques. En seguida, rasgó el papel oscuro de los envoltorios para dejar caer los peniques sobre la alfombra. Todos, incluso la señora Hollister, se sentaron en el suelo con las piernas cruzadas para examinar las fechas de las monedas.

—Esto va a ser muy divertido —dijo la mamá alegremente—. Hace cientos de años que la gente colecciona monedas.

—¿Qué empleaba la gente como dinero antes de que se inventasen las monedas? —se le ocurrió preguntar a Ricky.

Mientras Pam se ocupaba de colocar las distintas monedas en cada agujero con la fecha correspondiente del estuche azul, la señora Hollister explicó a sus hijos que la gente primitiva utilizaba conchas marinas y dientes de animales para comprar las cosas que necesitaban.

—¡Oh! —exclamó Pete—. ¿Os imagináis yendo cada uno con el bolsillo lleno de dientes?

La señora Hollister añadió que los primeros colonos americanos se habían valido de pieles de castor, de rosarios de concha a los que llamaban «wampum» y hasta de tabaco a cambio de alimentos.

—¡Zambomba, qué lista eres, mamá! —exclamó Pete, que estaba reuniendo todas las monedas repetidas en una pila—. Ahora tenemos diez peniques en nuestra colección. ¿Qué hacemos con los demás?

—Podemos repartirlos y meterlos cada uno en nuestras huchas —propuso Pam.

Pam dividió el dinero en cinco grupitos y, entonces, Pete anunció a su madre:

—Tenemos que decirte una cosa sobre la mala suerte que hemos tenido hoy, mamá. He perdido la moneda de la suerte de Sue.

—¡Qué lástima! —exclamó la señora Hollister.

Pete le explicó cómo había ocurrido y ella dijo:

—¿Has buscado bien por todas partes?

—Creo que sí.

—Hay un sitio que es el escondite favorito de las monedas —sonrió la señora Hollister—. ¿Has mirado en las vueltas de los pantalones?

—Pues, no, ¡zambomba!

Los dedos de Pete rebuscaron rápidamente en la vuelta de la pernera izquierda. No había nada. Luego, su dedo índice resbaló por la pernera. Los ojos de Pete se abrieron enormemente por el asombro. ¡En la vuelta de la derecha estaba la moneda perdida!

—¡Viva! —gritó Ricky.

Sue empezó a saltar y echó los brazos alrededor del cuello de su madre.

—Mamita, te quiero mucho porque has encontrado la moneda.

—¡Qué sorpresa! —exclamó Pam.

Sue se acercó a su hermana mayor y preguntó a media voz:

—¿Podemos enseñar ahora a mamá la otra sorpresa?

Pam asintió, hizo surgir de su espalda la caja de «El Encantador de Serpientes» y la puso en manos de su madre.

—Ábrela —dijo su hija con los ojos relucientes.

La señora Hollister abrió la tapa de la caja y… ¡cling!… Saltó la serpiente ante la nariz de Pam.

—¡Oh! —chilló, echándose a reír—. Vaya una broma que me has gastado, mamá.

Todos rieron por aquella broma que había sido para la bromista y no para la madre como sus hijos esperaban, y la señora Hollister rio de tal manera que empezaron a lagrimearle los ojos. Mientras se secaba con el pañuelo, dijo:

—Éste es un día lleno de sorpresas. Yo tengo otra que daros.

UN RUIDO MISTERIOSO



—¿Otra sorpresa? —Exclamó Pam—. Dinos de qué se trata, mamá.

—Me ha llamado por teléfono tía Marge. Dice que le gustaría que pasásemos unos días con ellos en Crestwood.

—¡Estupendo! —se entusiasmó Pete, que empezó a dar puñetazos de alegría en un cojín—. Me gustará ver otra vez nuestra vieja ciudad.

Los Hollister habían vivido en Crestwood antes de trasladarse a Shoreham. Russ, hermano del señor Hollister, con su esposa Marge y sus dos hijos, seguía viviendo allí.

Tío Russ, que dibujaba diariamente historietas para varios periódicos, era el tío favorito de los Hollister y desde luego, todos querían mucho a los primos Teddy y Jean.

—¡Qué bien! ¡Qué bien! —Palmoteo Sue—. A lo mejor tía Marge nos hace aquellos bollos tan buenos.

—Bueno, hijos —sonrió la madre—, si vosotros estáis de acuerdo, a papá y a mí nos gustaría hacer ese viaje. Papá necesita

descansar un tiempo de su trabajo en el Centro Comercial.

—Es verdad. Papá está trabajando mucho —opinó Ricky, muy serio—. Creo que tendríamos que darle unas vacaciones.

—Pues llamaremos a tía Marge después de cenar —dijo la señora Hollister.

Ricky dio su aprobación con una doble voltereta sobre la alfombra. Cuando se puso de pie, anunció a gritos:

—¡Canastos! ¡Voy a decírselo a Holly!

Le contestó un sonoro coro de «sí, sí». Luego, todos marcharon a la cocina detrás de su madre. Mientras ella les servía el trozo cuadrado de oloroso y oscuro pastel, todos hablaron sin cesar del próximo viaje.

Fuera, Holly apenas oía sus voces. La niña estaba arrodillada a la orilla del desembarcadero, esperando pacientemente a que algún pez picase el anzuelo. De repente, el hilo se hundió un poco. Holly dio un tironcito hacia arriba. ¡Algo tiró para abajo!

—¡Huy, he pescado algo! —exclamó la niña.

Empezó a tirar del negro hilo. A poca distancia de ella se produjo un chapoteo en el agua, cuando el pez que había conseguido pescar dio un salto. A toda prisa, Holly lo atrajo hacia sí.

—¡Qué pez luna tan grandote! —murmuró.

Con la punta de la lengua apretada entre los labios, la niña intentó desprender del anzuelo al serpenteante pez.

Había logrado casi su deseo cuando apareció una barquita por un recodo de la orilla. Holly levantó la vista y descubrió a Joe y a Will, que remaban rápidamente en dirección al desembarcadero. Cuando llegaron, Joey saltó a tierra.

—Tenemos noticias que darte —anunció a Holly.

—Sí —asintió Will—. Hemos encontrado la moneda que perdisteis.

—¿De verdad*? —preguntó Holly, sosteniendo la caña de la que todavía pendía el pez—. Muchas gracias. Pete se pondrá muy contento.

—Pero queremos una recompensa por haberla encontrado —declaró Joey.

—Os daré mi pez —ofreció Holly.

—Muy bien. Pero primero tienes que identificar la moneda. Puede no ser la que buscáis.

Holly se inclinó hacia el puño que Joey mantenía cerrado. En aquel momento, el muchacho la cogió por un brazo, intentando arrojarla al agua.

—¡Ay! ¡Suéltame! —chilló Holly.

El grito de la niña fue oído por Zip, que llegó corriendo y ladrando sonoramente. Temiendo que el gran perro pastor pudiera saltar a su barca, Joey dejó a Holly. Pero la niña había perdido el equilibrio. Cuando Holly se tambaleó a orillas del desembarcadero, agitando los brazos, el pez luna se desprendió del anzuelo.

¡Plaf! El pez fue a estrellarse en plena cara de Joey. El chico, asombrado, retrocedió hacia atrás y fue a caer en la barca, en compañía del pez. Will hundió profundamente el remo en el agua y la embarcación se apartó del desembarcadero.

Al oír el alboroto los demás niños salieron corriendo de la casa y llegaron a tiempo de ver cómo Joey arrojaba el pez al agua. El camorrista levantó el puño, asegurando vengarse de los Hollister.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Pete, que fue el primero en llegar a la orilla.

—¡Hay que perseguirles! —gritó Holly—. ¡Tienen la moneda de la suerte!

—No la tienen —repuso Pete, muy extrañado—. El penique lo tengo yo en mi bolsillo.

Holly se quedó muy confusa, hasta que le explicaron lo que había ocurrido dentro de casa. Cuando luego Pam le habló de la visita a Crestwood, Holly se sintió encantada.

—¡Cómo nos divertiremos con Teddy y con Jean! Y, además, estaremos un tiempo sin ver a Joey. ¡Qué malísimo es!

Aquella noche, después de cenar, Pam telefoneó a sus primos de Crestwood. Jean, que fue quien se puso al aparato, mostró un gran contento al enterarse de que los Hollister de Shoreham habían aceptado la invitación.

—Nosotros tenemos una nueva distracción —dijo Pam, explicando luego lo relativo a las monedas.

—¡Qué divertido debe de ser eso! —repuso Jean—. Veo que vais a visitarnos en un buen momento. Se celebra una exhibición de

monedas raras en el museo Crestwood.

Jean añadió que la valiosa colección había sido legada a la localidad por un rico ciudadano que se llamaba Eli Spencer.

—Viene gente de todas partes a ver la exhibición —afirmó Jean —. Seguro que a vosotros también os gustará.

El siguiente día lo pasaron los Hollister preparándose para el viaje. Pete habló con su amigo Dave Meade, quien aceptó cuidar de Zip hasta que la familia regresase. La señora Hollister sugirió que Ann Hunter, la amiga de Pam, podía cuidar a Morro Blanco, la gata, y de sus gatitos. Pero con las prisas de hacer equipajes nadie se acordó de llamar a Ann.



A la mañana siguiente todos se levantaron temprano y los muchachos ayudaron a llevar las maletas hasta la furgoneta.

—Pero ¿qué es esto? ¿Creéis que vamos a hacer un año de vacaciones? —bromeó el señor Hollister, al ver que sus hijos no acababan de alinear maletas junto al vehículo.

—Es verdad —asintió Pete—. Parece que van a ser unas vacaciones muy largas. ¿Podremos meterlo todo en la parte de detrás?

—Creo que tendremos que usar el portaequipajes, Pete. Está en el garaje. ¿Quieres ir a buscarlo?

A los pocos minutos el muchacho volvió con lo pedido, que entre él y su padre sujetaron firmemente sobre el vehículo. Media docena de maletas fueron colocadas allí y cubiertas con un sólido lienzo impermeabilizado.

—Así están seguras —dijo el señor Hollister que entonces ajustaba las correas—. ¿Está todo el mundo preparado?

—Estaremos dentro de un minuto, John —contestó la señora Hollister desde la casa.

En aquel momento, Sue llegó por la escalera de la fachada, llevando en sus manos una cajita de cartón. Un trozo de un viejo tul de cortinas rodeaba la parte superior, mientras que por la parte inferior estaba fuertemente ajustada con un tosco bramante. Con todo cuidado Sue subió a la parte posterior de la furgoneta para depositar la caja sobre el asiento. Una vez acomodada anunció en seguida:

—Yo estoy preparada. Que venga todo el mundo.

La señora Hollister dio una última mirada de inspección por la casa, asegurándose de que todas las ventanas estaban cerradas y luego cerró la puerta. Pete ajustó bien las puertas del garaje y toda la familia ocupó sus puestos en la furgoneta. El padre y la madre se sentaron delante, Pete, Pam y Ricky ocuparon el asiento central, mientras Holly y Sue quedaban en el posterior.

Cuando el vehículo avanzaba por el camino del jardín, el señor Hollister tocó dos veces la bocina, como si quisiera despedirse así de la casa. Pronto estuvieron fuera de la población y en la carretera que conducía a Crestwood. Las susurrantes ruedas iban dejando atrás kilómetros y más kilómetros. Llevaban en camino cosa de una

hora cuando la señora Hollister dejó escapar un grito ahogado.

—¡Oh! ¡Pobre Morro Blanco y sus gatitos! ¡Nos hemos olvidado de ellos!

—¡Vuelve, papá! —Pidió Holly—. Los pobrecitos necesitan comida y leche.

El señor Hollister no deseaba volver.

—Podemos telefonear a Dave Meade cuando lleguemos a la próxima población.

—Eso es —asintió Pete—. Dave sabe dónde está escondida la llave. Él puede entrar y dar de comer a los gatos.

Sue escuchaba a todos sin decir otra cosa más que:

—Chist…, chist…

A la señora Hollister le pareció muy extraña la reacción de su hijita pequeña, la cual quería mucho a los gatitos y a Morro Blanco, pero no hizo ningún comentario.

Al poco, un letrero colocado a un lado de la carretera informó a los viajeros de que la próxima población quedaba a diez millas de allí. Estaban ya a medio camino de dicha población cuando el padre volvió la cabeza, escuchando.

—¿No has oído una especie de chirrido, Elaine? —preguntó a su mujer.

La señora Hollister también prestó atención y dijo:

—Puede que el coche necesite ser engrasado.

—A lo mejor son los muelles —opinó Pete.

Al oír decir aquello a su hermano, Holly y Sue se dieron un abrazo y empezaron a reír.

—¡Canastos! —Exclamó Ricky—. ¿Qué es lo que os hace tanta gracia?

—Morro Blanco y sus gatitos están aquí —anunció Sue, muy orgullosa—. No me he olvidado de ellos, mamita.

—¡Bendito sea Dios! —murmuró la señora Hollister, volviéndose sobre al asiento para contemplar a sus dos hijas menores.

Sue levantó en alto la caja y levantó la cinta que la ataba. Morro Blanco asomó el hociquillo y volvió a desaparecer en seguida, para seguir haciendo compañía a sus hijitos.

—La verdad es que no quería llevarlos con nosotros, pero, puesto que los has traído, tú y Holly os ocuparéis de cuidarles —

dijo la señora Hollister.

—Sí, sí, mamita. Nosotras les daremos de comer.

Para Sue los gatos nunca representaban una molestia.

Cuando la familia hizo una parada para comer, se alimentó también a los animalitos. Luego, los Hollister prosiguieron el viaje. Casi toda la tarde estuvieron entretenidos jugando con los mininos y todos dijeron a Sue que se alegraban de que hubiera llevado a los animalitos.

Al anochecer el señor Hollister advirtió:

—Mirad aquellas casas de allí arriba. ¿Las reconocéis?

—¡Canastos! Ahí es donde pasamos una noche cuando íbamos a Shoreham —recordó Ricky.

—También yo la he reconocido —aseguró Pete.

—Y yo —añadió Pam.

Pero la niña mostraba menos entusiasmo que sus hermanos, porque no olvidaba que era allí donde habían tenido la primera mala experiencia con Joey Brill.



—Nos quedaremos aquí a pasar la noche —propuso el padre—. Está a medio camino de Crestwood.

Tan pronto como el señor Hollister hizo penetrar la furgoneta en el círculo de pequeñas viviendas, el propietario se acercó al vehículo.

—Hola —saludó, mirando por la ventanilla—. ¡Caramba! Ustedes son la familia que estuvo aquí cuando se marcharon de

Crestwood.

—Eso es —repuso el señor Hollister, saliendo de la furgoneta—. Venimos a hacer una visita a Crestwood.

Mientras les enseñaba sus dormitorios, el hombre comentó:

—Estoy pensando que es una coincidencia.

—¿Cómo dice? —preguntó Pam.

—¿Os acordáis de Joey, aquel chico que soltó el freno de vuestro coche?

Fue Pete quien contestó:

—Claro que nos acordamos. Joey vive en Shoreham.

—Pues ese mismo muchacho estuvo ayer aquí —anunció el hombre, mientras entregaba las llaves al señor Hollister.

—¡No! —gritó Pam—. ¡Supongo que no irá a Crestwood!

—No. No lo creo. Sus padres hablaron de la población de Glenco —dijo el hospedero antes de alejarse, dejando a la familia abriendo las maletas precisas para pasar la noche.

—He oído a Joey hablar de ese lugar —dijo Pete—. Tiene parientes que viven allí.

A la mañana siguiente los Hollister reanudaron la marcha, mientras escuchaban las noticias por la radio de su coche. Se anunciaba tormenta, el cielo había adquirido ya un color gris plomo y aparecía lleno de nubes bajas que flotaban impelidas por una fuerte brisa. El locutor concluyó con las siguientes palabras:

—Se esperan huracanes en toda la región y se aconseja a los conductores que hagan uso de las máximas precauciones.

—¡Ay, John! —Exclamó alarmada la señora Hollister—. Espero que no nos veamos en medio de un ciclón.

Pero a media mañana la velocidad del viento había aumentado enormemente. Los niños podían oír cómo azotaba al coche que avanzaba por la carretera principal. De repente, todos percibieron un ruido sordo.

—¡Zambomba! ¡Se ha desprendido la tela impermeable del techo! —advirtió Pete.

Entonces cesó el ruido y Ricky gritó:

—¡Ahí está!

Los niños volvieron la cabeza y vieron la gran lona descendiendo por una zanja escalonada, situada al lado de la carretera.

El señor Hollister detuvo el coche. Pete abrió la puerta y saltó al suelo. También Holly y Ricky se dispusieron a bajar para ir en busca de la lona, pero su padre escogió a Pete para aquella tarea.

Hundiéndose hasta los tobillos en la tierra blanda el muchacho descendió por el terraplén escalonado y desapareció de la vista.

Transcurrieron cinco minutos, pero Pete no regresaba. La señora Hollister demostró preocupación.

—¿Qué crees que ha podido pasarle? —preguntó.

Sin contestar una palabra, el señor Hollister bajó del vehículo. Ricky, Holly y Pam le siguieron. Miraron atentamente desde lo alto de la profunda zanja. Pete no estaba a la vista, pero la lona se encontraba abajo de todo, cubriendo un alto arbusto.

—¡Pete! ¡Pete! ¿Dónde estás? —llamó Pam.

Entre los aullidos del viento percibieron un grito apagado y Ricky exclamó:

—¡Mirad la lona! ¡La he visto moverse!

UN GORRO ANDARÍN



—¡Pete está debajo de la lona! ¡He visto asomar su pie! —aseguró Ricky, mientras se deslizaba por el terraplén.

Las manos de todos se aferraron a la lona y, entre Ricky, Holly, Pam y el señor Hollister liberaron al angustiado Pete. Éste se levantó, muy pensativo y apurado. Explicó que una ráfaga muy fuerte de viento le había enrollado la lona sobre el cuerpo, dejándole los brazos inmóviles. Luego, todos volvieron a subir por el terraplén hasta la carretera y allí Pete y su padre volvieron a atar firmemente la lona al portaequipajes.

Cuando estuvieron otra vez en marcha la familia observó que el viento había disminuido.

—Parece que, al final, nos hemos librado del huracán —comentó la señora Hollister.

Durante muchos kilómetros los niños se distrajeron con el juego de las «matrículas». Cada uno de ellos se fijaba en las letras de las distintas matrículas con las que se podía formar su nombre.

Fue Sue quien ganó la competición. Mientras Ricky se quejaba

de que su nombre tuviera tantas letras el señor Hollister detuvo el coche frente a un restaurante situado en una carretera vecinal. Todos entraron en el local. Sue iba cargada con la caja de los gatos, la cual colocó debajo de la mesa.

—Hay que guardar un poco de helado y de leche para Morro Blanco y sus hijitos —susurró Holly a su hermanita pequeña.

Concluida la comida, cuando la camarera les dio la cuenta, el señor Hollister envió a Pete a la caja para que pagase. Ricky acompañó a su hermano.

—¿Puede darnos el cambio en peniques? —preguntó Pete a la señora que estaba ante la caja registradora.

—Desde luego —repuso ella, complaciente—. Hoy tenemos muchos.

Buscó en el cajoncito y sacó un puñado de monedas, que contó para entregar el cambio a los muchachos.

—¡Canastos, Pete! —dijo Ricky, después de examinar los peniques—. Tenemos dos más para la colección.

—De modo que sois coleccionistas de monedas —observó la señora—. Es una distracción muy bonita. —Con una sonrisa, añadió —: Creo que tengo algo que os gustará.

Se volvió hacia el estante que estaba a su espalda y buscó en una jarra.

—Aquí tengo un penique indio antiguo que me dieron hace un año, al pagar una cuenta. ¿Os gustaría tenerlo?

—¡Zambomba! ¡Un millón de gracias! —dijo Pete.

Mientras él y Ricky pagaban la cuenta, Sue y Holly se habían deslizado de las sillas, acurrucándose en el suelo para dar de comer a los gatos una parte de su helado y un poco de leche.

Unos minutos después el señor Hollister abría las puertas de la furgoneta, llamando:

—¡Todos arriba!

Sue y Holly metieron inmediatamente la caja de los gatos y la familia se acomodó en el vehículo.

En el preciso momento en que el padre se disponía a penetrar en la carretera principal, Holly pidió a gritos:

—¡Espera, papá!

El señor Hollister presionó tan a fondo los frenos que todos los

ocupantes de la furgoneta se vieron lanzados hacia delante.

—¿Qué pasa? —se agitó la señora Hollister.

—Que aquí sólo hay cuatro gatitos. Se ha perdido uno.

—¿Cuál? —quiso saber Ricky.

—Tutti-Frutti —notificó Sue—. Se habrá salido de la caja cuando estábamos en el restaurante.

El señor Hollister dio marcha atrás y, luego, todos salieron del vehículo para buscar al gatito perdido.

—¡Caramba! —Se asombró la cajera al ver entrar otra vez a todos en tropel—. ¿Acaso no han comido bastante?

—Hemos perdido a uno de los gatos —explicó Pam—. ¿Podemos buscar por aquí?

La mujer sonrió y repuso que ella misma les ayudaría a buscar. Miraron bajo todas las mesas y sillas y detrás del mostrador de la caja, pero no había ni rastros de Tutti-Frutti.

—Puede que se haya metido en la cocina —observó la camarera.

—Pues miraremos allí —repuso la cajera.

Toda la familia siguió a la cajera a través de las puertas oscilantes, al otro lado de las cuales se encontraron con varias hileras de relucientes ollas y cacerolas. Ante una de las paredes había un gran fogón en el que hervía una inmensa perola de sopa.

—Cocinero —dijo la cajera—. ¿Ha visto usted por aquí un gatito?

Un hombre calvo con negros bigotes se levantó de una de las mesas. Llevaba una chaquetilla blanca y delantal, pero iba sin gorro.

—No. No he visto ningún gatito, pero en cambio he perdido mi gorro de cocinero.

—A lo mejor se le ha caído a usted en la sopa —se le ocurrió decir a Holly.

—Chist —ordenó el señor Hollister—. No es momento para bromas.

Entonces los niños se agacharon y, poniéndose a gatas, como si también fuesen mininos, empezaron a llamar a Tutti-Frutti por su nombre. De pronto Pam dijo:

—Ya veo su gorro, señor cocinero. Está debajo de aquella mesa.

El cocinero se acercó a donde le decía la niña y se agachó para

recoger su gorro, pero, al momento, retrocedió de un salto, muy asombrado. ¡El gorro iba avanzando por el suelo!

Ricky, a toda prisa, saltó junto al gorro y, cuando lo cogió… ¡debajo apareció Tutti-Frutti!



Todo el mundo se echó a reír, ante la ocurrencia del minino que parecía haber querido ponerse el gorro del cocinero. Holly se hizo cargo del animalito al que empezó a acariciar tiernamente. El cocinero se sintió complacido por haber recuperado su gorro y los niños se mostraron muy dichosos de haber encontrado a Tutti-Frutti.

Cuando toda la familia Hollister volvió a estar nuevamente en la furgoneta, los niños empezaron a hacer suposiciones sobre cómo habría podido el gatito colocarse debajo del gorro. Sus conjeturas fueron interrumpidas por el señor Hollister que señaló un poste de la carretera al tiempo que decía:

—La próxima población es Glenco. Ya estamos muy cerca de Crestwood.

—Podemos parar un momento en Glenco —propuso la señora Hollister—. Así compraremos unas flores para tía Marge.

Como Glenco quedaba a sólo veinticinco minutos de distancia de su punto de destino, el señor Hollister accedió.

En cuanto se encontraron en las afueras de la población, los hermanos Hollister se pusieron al acecho por si veían aparecer a Joey Brill.

—Si sale por alguna parte haremos como si no le viéramos —advirtió Pam.

—Yo no —negó Ricky—. Yo le haré frente.

Sin embargo, cuando atravesaron en la furgoneta el centro de la población no vieron por ningún sitio al camorrista de Shoreham, Por fin se detuvieron ante una floristería. El padre y la madre salieron del vehículo y Pam les siguió.

—Al final de la calle hay una cabina telefónica, hijita —dijo la señora Hollister—. Mientras papá y yo compramos las flores, tú ve a telefonear a tía Marge para decirle que estaremos allí dentro de poco.

Pam echó a correr calle abajo, sacó una moneda de su bolsillo, entró en la cabina que estaba junto al bordillo y marcó un número telefónico.

—Tía Marge —dijo Pam alegremente—, estamos en Glenco, Nos veremos en seguida.

Después de colgar, Pam se volvió a la puerta y dejó escapar un grito de miedo. ¡Mirando a través de los cristales estaba Joey Brill! A su lado había un muchachito más pequeño, de unos diez años. Era delgado y con aspecto débil. Joey sonreía maliciosamente cuando se colocó ante la puerta, cerrando el paso.

—Déjame salir. Joey —gritó Pam, golpeando los cristales con los puños—. Papá y mamá me están esperando.

—Oz y yo íbamos en las bicicletas y os hemos visto —explicó el chico—. Deja que tus padres se marchen sin ti.

Pam chilló y volvió a golpear los cristales, esperando que su familia la viera o la oyera. Pero había varios coches estacionados junto a la acera y tapando la vista de la cabina telefónica.

Desesperada, Pam se abalanzó contra la puerta y, al hacerlo, se desgarró el vestido.

—Déjame…, déjame salir —pidió, llorosa.

Un hombre, que pasaba por la calle, se detuvo a ver a qué se debía el alboroto. Al ver al hombre, Joey y Oz corrieron a sus bicicletas, colocadas junto a la acera, y se alejaron pedaleando.

Cuando Pam explicó a los demás lo que le había ocurrido, Pete lanzó un silbido, diciendo:

—¡Zambomba! Entonces es verdad que está aquí. Pues me parece que tendremos complicaciones.

—No os preocupéis —aconsejó el señor Hollister—. Por lo menos Joey no está en Crestwood.

—Yo te coseré el vestido cuando lleguemos a casa de tía Marge, Pam —dijo la madre.

Se pusieron otra vez en marcha y recorridos unos cuantos kilómetros cruzaron los confines de Crestwood. Todos los niños saludaron alegremente a la ciudad. El señor Hollister condujo a marcha lenta hasta que llegaron junto a la casa en la que había vivido la familia.

—¡Canastos, no ha cambiado ni una pizca! —afirmó Ricky al pasar ante la vivienda.

—¿Te acuerdas de dónde viven los primos Teddy y Jean? —preguntó la señora Hollister a Sue.

—Por allí lejotes —contestó la pequeñita, haciendo muchos gestos con los ojos.

—No. No es tan lejos —aseguró Ricky—. Su granja está al otro lado de la ciudad, ¿verdad, papá?

—A poco más de cinco kilómetros de aquí, creo yo —repuso el señor Hollister.

Para entonces el cielo había vuelto a oscurecerse. Todavía estaban en Crestwood cuando un extraño ruido resonó en todas direcciones.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Pam, cuando su padre se detuvo a escuchar.



El señor Hollister parecía preocupado y sus ojos estaban fijos en el cielo. El ruido fue haciéndose más grande; parecía que un millar de locomotoras estuvieran rugiendo al mismo tiempo.

De pronto Pam dio un grito y señaló algo. Al final de la calle, los Hollister vieron que el tejado de una casa quedaba arrancado de cuajo tan fácilmente, como si se tratase de una monda de plátano, y que salía disparado por el aire.

—¡Un huracán! —chilló Holly, aterrada—. ¡Va a alcanzarnos!

EL ESTUCHE DEL HURACÁN



El huracán había llegado de modo tan violento e inesperado que los Hollister quedaron paralizados por el terror. Su furgoneta saltó impetuosamente, bamboleándose de un lado a otro. A través del atronador rugido del viento se percibía el crujido de ramas desgajadas cuando los árboles gigantescos se venían abajo.

Unos segundos más tarde, el huracán se había alejado con la misma rapidez con que llegara. Ahora, en lugar de encontrarse en una bonita calle bordeada de árboles que proyectaban su agradable sombra, los Hollister se vieron en medio de una jungla de ramajes y hojarasca entre la que estaba casi enterrado su coche.

Durante unos minutos nadie dijo nada, hasta que al fin se oyó la voz de la señora Hollister.

—¿No hay nadie herido? —preguntó, mirando a sus hijos.

Pete y Pam estaban tendidos en el asiento; Ricky, medio atontado, levantó la vista desde el suelo, donde había caído. En la parte trasera de la furgoneta, Holly acababa de ponerse en pie, muy

asombrada, mientras Sue aparecía al mismo tiempo asustada y divertida, con Mimoso y Medianoche montados sobre su cabecita. Cuando se levantó para librarse de los temblorosos gatitos todos se echaron a reír y los ánimos se tranquilizaron bastante.

—¡Demonio! —Exclamó el señor Hollister—. Hemos estado más cerca de un huracán de lo que nunca había deseado.

Pete apoyó la mano en la puerta para abrirla, pero su padre se apresuró a advertir:

—Que todo el mundo permanezca dentro. Puede haber cables eléctricos desprendidos entre las ramas. Esperaremos aquí hasta que vengan a ayudarnos.

Mientras él hablaba, su mujer había encendido la radio del coche y una voz dijo calmosamente:

—Aquí el Cuartelillo de la Brigada de Socorro dirigiéndose a todos los residentes de la localidad. Si están ustedes en sus casas o en sus coches permanezcan donde estén. Pronto se les ayudará. Repetimos: ¡no salgan al exterior!

Recuperados ya del susto, los Hollister observaron la escena que les rodeaba. Cuatro grandes árboles, arrancados de raíz, les habían encajonado completamente. Una gruesa rama de uno de los árboles desplomados pendía amenazadora sobre la techumbre del coche.

—¡Canastos, esto sí que es una buena aventura! —se entusiasmó Ricky—. Ya veréis cuando volvamos a casa y lo contemos…

Las voces de los niños sonaban repletas de excitación, mientras gastaban bromas sobre su situación apurada.

Habían transcurrido veinte minutos cuando Pam dijo:

—Si todas las calles han quedado tan mal como ésta, puede que tengamos que quedarnos aquí toda la noche.

—Tío Russ y tía Marge deben de estar preocupadísimos por nosotros —observó la señora Hollister.

Sin embargo, minutos más tarde, llegó hasta ellos el zumbido de un potente motor.

—¡Viva! —exclamó Pete—. Vienen a ayudarnos.

A través de la hojarasca vieron aparecer dos camionetas. Cuatro hombres, empuñando sierras de motor, iban cortando las enormes ramas. Luego, un hombre alto y delgado, de faz alargada y ojos grises e inexpresivos, saltó sobre las ramas y troncos que cortaban el

paso, hasta colocarse junto a la furgoneta.

—¿Están todos bien? —preguntó.

—Afortunadamente, sí —repuso el señor Hollister.

—Me llamo Turner —dijo el hombre, presentándose—. Soy el jefe de los guardabosques de la localidad. Les sacaremos de esta trampa lo antes posible.

Tras él, otro hombre saltó sobre un tronco. Llevaba un casco blanco y una chaqueta de cuero. Cuando los niños le vieron la cara prorrumpieron en un ahogado grito de asombro.

—¡Tío Russ! —exclamaron todos a un tiempo.

—Pero ¡si es mi hermano! —Gritó el señor Hollister, asomando por la ventanilla—. ¡Qué bonita manera de venir a saludarnos!

—Es que soy un hombre muy ocurrente —sonrió Russ, que se volvió entonces al guardabosques para decir—: Harry, te presento a mi hermano John y a su familia. —Se echó a reír al comentar—: Tiene gracia este encuentro, aquí, en medio del agreste Crestwood.

—Pero… Pero, tío Russ, ¿no habrás dejado de dibujar historietas? —preguntó Holly.

—Desde luego que no —fue la respuesta—. Lo que ocurre es que soy un voluntario de la Patrulla de Socorro de Crestwood.

—¡Canastos! ¡Eso es estupendo! ¿Me dejarás llevar alguna vez tu casco? —preguntó Ricky.

—Sí, hombre* Tenlo ahora.

Y Russ Hollister tendió el casco a su sobrino, quien se lo puso, airosamente ladeado.

—¿Cómo están Marge y los niños? —se interesó la señora Hollister.

—Están bien. Afortunadamente, el huracán no ha alcanzado nuestra granja. Sólo han sido asoladas dos manzanas de calles. —Dirigiéndose al guarda forestal preguntó—: ¿Hay cables desprendidos por aquí, Harry?

Cuando el señor Turner contestó que no había peligro por aquella zona los niños salieron del coche.

—Podéis mirar mientras apartamos los árboles —les dijo el guardabosques.

Turner y el tío Russ cogieron una sierra y empezaron a cortar el tronco del gran olmo, que había bloqueado desde más cerca el paso

del vehículo.

«Ziiinng, ziiinng», parecía decir la sierra, mientras cortaba el grueso leño. Por fin el gigantesco tronco cayó a un lado, dejando a la vista multitud de vetas circulares que iban desde el centro a la corteza del árbol. Holly y Ricky que habían subido al capot del vehículo para presenciar mejor el trabajo, prorrumpieron en exclamaciones de sorpresa.



—¿No habíais visto nunca el interior de un árbol grande? —preguntó el señor Turner.

Cuando los niños le dijeron que no, él les explicó que aquellos anillos mostraban la edad del árbol.

—Entreteneos en contar los anillos —propuso, sonriente, el

señor Turner.

Luego, él y tío Russ, con la ayuda de dos obreros, se pusieron a la tarea de apartar el tronco.

Pam, que era muy rápida en las cuentas, ayudó a sus hermanos.

—Hay sesenta y siete anillos, señor Turner —anunció.

—Eso quiere decir que el árbol tiene sesenta y siete años. Es más viejo que cualquiera de los que estamos aquí.

El señor Hollister se quitó la chaqueta y se unió a tío Russ y a los demás hombres de la Brigada de Socorro, para ayudarles a quitar todos los árboles y ramas que cortaban el paso.

Pete había recibido permiso para ocuparse, entretanto, en apartar las ramas más pequeñas. Cuando las llevaba junto al bordillo de la acera contempló las raíces de los grandes árboles que se habían desplomado.

—¡Eh, mirad esto! —exclamó al ver un objeto que había quedado aprisionado entre las retorcidas raíces.

Apartó la tierra que se había acumulado allí y sacó un viejo estuche de metal. Ricky, al verlo, exclamó:

—¿No veis lo que ha encontrado Pete?

Y echó a correr en dirección a su hermano, seguido de las niñas.

—¿Dónde lo has encontrado? —quiso saber Pam.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Holly.

—¡Canastos! ¡Ábrelo ya! —se impacientó Ricky.

—No puedo —repuso Pete—. La cerradura está enmohecida. —Se acercó entonces el estuche al oído y lo sacudió ligeramente—. Suena algo dentro.

Entusiasmado, el muchacho fue a mostrar la caja metálica a su padre, a tío Russ y al señor Turner.

El guardabosques examinó su hallazgo.

—Alguien enterraría esto hace años y las raíces crecieron sobre la caja —opinó.

—Llevadlo a casa —propuso tío Russ—. Allí tengo las herramientas necesarias para abrirlo.

Por fin, quedó abierto un camino para que pasase la furgoneta.

—Nos veremos luego —dijo tío Russ, despidiéndoles con un movimiento de la mano—. Tengo más trabajo que hacer antes de volver a casa.

—Aquí tienes tu casco, tío Russ —dijo Ricky, sacándolo por la ventanilla trasera—. Y gracias por habérmelo dejado.

—Adiós. Y venid a visitarme a mi oficina del ayuntamiento. Os enseñaré mi museo de árboles —prometió el señor Turner.

—Iremos —aseguró Pam, haciendo ondear la mano para despedirse de su nuevo amigo.

El señor Hollister probó el motor del vehículo. Estaba en buenas condiciones y, por lo tanto, la furgoneta pudo avanzar lentamente por las calles, llenas de rastros del reciente huracán, de las afueras de Crestwood. Al poco, el vehículo penetró en una pequeña carretera vecinal. Recorridos algunos kilómetros se adentró en un prado bordeado por un muro de piedra. Pronto vieron los Hollister una elevación de terreno donde se levantaba una linda casa, construida al estilo de un rancho y rodeada de arbolado. Tras ella, se veía un viejo granero y a un lado un moderno y pequeño edificio de una sola planta.

—Es el nuevo estudio de tío Russ —hizo saber la señora Hollister—. Ya nos había escrito hablando de él.



En aquel momento dos niños salieron corriendo de la casa, saludando con la mano y dando voces de bienvenida. Teddy Hollister, de once años, tenía cabellos negros y ojos grises y vivaces. Su hermana Jean tenía nueve años y una melena color castaño, muy lisa.

—¡Teddy! ¡Jean! —llamó Pam.

En cuanto la furgoneta se detuvo todos los niños saltaron fuera.

—Yo voy a ver a tía Mar ge —declaró Holly.

Echó a correr a través del prado, para verse enseguida abrazada por una señora delgada y muy guapa que se aproximaba a toda prisa a los recién llegados.

—¡Qué alegría! ¡Menos mal que no habéis resultado heridos en este terrible huracán! —exclamó tía Marge, mientras acompañaba a sus invitados al interior de la casa.

—Tío Russ nos ha salvado —aseguró Ricky.

—Y el señor Turner también —declaró Holly—. Y un árbol de sesenta y siete años casi nos aplasta.

Sue iba detrás, llevando la caja de las flores que casi era tan grande como ella.

—¡Qué bonitas! —exclamó su tía cuando la chiquitina se las entregó. Abrió la tapa para sacar las rosas de té que colocó en un jarrón—. Nunca olvidáis estos detalles.

Cuando se hubieron llevado todas las maletas a la casa, Pete sacó la colección de peniques para enseñársela a sus primos.

—Esto está muy bien —aseguró Teddy, sacando del estuche azul una moneda para examinarla.

—Nosotros tenemos una hucha llena de peniques —notificó Jean —. Vamos a abrirla.

Corrió a su habitación, y en seguida, regresó con una morsa de barro muy grande.

—¡Vaya una hucha! —se burló Ricky.

—Bueno… Es una morsa-hucha —explicó Jean, en cuya carita se formaron unos hoyuelos al sonreír.

Sacó un corcho de la parte baja de la figurilla y de ella salieron varias docenas de peniques. Los niños se apresuraron a comprobar las fechas de cada una de las monedas.

—¡Vaya! Tenemos cinco más en nuestra colección de peniques —observó Pete.

Mientras tanto, Sue y Holly, que se habían cansado de mirar las monedas, se dedicaron a explorar la granja. En tanto que Holly atisbaba por la ventana del nuevo estudio de tío Russ, su hermanita empezó a corretear por el granero.

Sue había desaparecido durante unos minutos cuando, de

repente, volvió corriendo. Tenía la carita enrojecida por la excitación y gritó sin aliento:

—¡Ayudadme! ¡Ayudadme! ¡Hay un león detrás del granero!

LA MONEDA DEL TESORO



Sue corrió a la casa tan de prisa como se lo permitieron sus regordetas piernecillas.

—¡Hay un león grandote que me quería comer! —explicó a grandes voces a los demás niños que habían oído sus gritos y acudieron a saber qué sucedía.

Mientras Holly corría para unirse a los demás, Jean dijo, con una sonrisa:

—Esperad aquí con Teddy, yo iré a buscar el león.

Se marchó a la parte posterior del granero y volvió acompañada del perro más grande que los Hollister habían visto nunca. Tenía el cuerpo muy peludo, una cabeza muy grande con orejas caídas y mirada dulce.

—Es Leo, nuestro perro de San Bernardo —explicó Jean—. No es raro que creyeras que era un león.

—Pero ¡si le he oído rugir! —aseguró Sue.

Mientras decía esto, la pequeña se acercó y, poniéndose de puntillas acarició cautamente la cabeza del animal. Leo dejó escapar

un potente ladrido y Sue retrocedió de un salto.

—No tengas miedo, no te hará daño —aseguró Teddy—. Leo no ha hecho más que decirte hola.

—¡Qué ojos tan grandes y tristes tiene! —observó Pam, mientras todos miraban admirativos al hermoso perrazo.

—Nos lo compró papá hace seis meses. Seguramente se nos olvidó decíroslo —sonrió Teddy.

—¿Por qué le llamáis Leo? —indagó Pete.

—Porque Leo quiere decir león en latín —repuso Jean—. Y a mamá le pareció un buen nombre.

—¿Lo veis? Ya decía yo que era un león —chilló Sue.

—Sueno. Pero por lo menos está domesticado —dijo Ricky, y, con su sonrisa de diablillo, añadió—: ¡Canastos, es tan grande que se puede uno montar en él!

Inmediatamente pasó una pierna sobre el lomo del animal como si se tratase de un caballo, pero el peludo cuerpo de Leo era tan resbaladizo que el chiquillo se deslizó sobre él y fue a caer al otro lado. Sus primos se echaron a reír y Leo, aunque sin demostrar enfado, se sentó, impidiendo así que el pecoso Ricky volviera a montar sobre él.

—¿Sabe hacer alguna cosa? —preguntó Pam.

Su primo respondió que Leo era demasiado grande para hacer esas gracias que hacen los perritos pequeños, aunque en cambio, podía tirar de una carretilla.

—Lo malo es que unas veces quiere hacerlo y otras no —agregó Jean.

—Sí —asintió Teddy—. Depende del humor que tenga.

Y Teddy explicó a sus primos que la carretilla estaba en el granero y que sólo se utilizaba los días en que Leo estaba verdaderamente contento.

—Vamos a verla ahora —pidió Ricky.

Cuando los niños se pusieron en marcha, Leo marchó hacia su caseta, situada tras el granero. En aquel momento sonó una bocina en el camino.

—¡Papá ha vuelto! —gritó Jean, corriendo a saludarle.

—¡Hola, tío Russ! —dijo Ricky a voces, mientras corría hacia el coche—. ¿Nos abrirás ahora el estuche?

El tío Russ repuso que lo haría tan pronto como se hubiera quitado el uniforme de la Brigada de Socorro. Se encaminó a buen paso hacia la casa, cubierto con el sobretodo y el casco ladeado en la cabeza. Tía Marge salió a recibirle a la puerta.

—Entra, y ven a dar la debida bienvenida a nuestros invitados —dijo la tía, cuando entraban en la sala.

—Explícanos cosas sobre el huracán, tío Russ —rogó Pete.

Tía Marge cogió el casco de su marido, mientras éste se dejaba caer en una cómoda silla.

—Por suerte no hay ningún herido —repuso el dibujante—. Un hombre ha perdido su peluca, pero la ha encontrado en la copa de un árbol. —Los niños se echaron a reír y él añadió—: De todos modos hay muchas casas con desperfectos y muchos árboles derribados.

—Por eso hemos podido encontrar el cofre misterioso —recordó Pete.

—Corre, tío Russ. Vamos a ver qué hay dentro —apremió Holly.

—Dejad tranquilo al tío para que recobre el aliento —terció la señora Hollister.



—Déjales. Yo también tengo ganas de saber qué es lo que hay dentro —respondió tío Russ, levantándose.

Se excusó por dejarles unos momentos para cambiarse de ropa y luego, seguido por el tropel de chiquillos, abrió la marcha hacia su taller, situado en un rincón del granero.

A lo largo de una pared había un banco de carpintero hecho de madera y encima, colgando de unos garfios, varias clases de herramientas. En el suelo, un torno para madera que tío Russ empleaba para hacer lindas patas a las sillas, y una sierra de ancha cinta.

—Esto cortará el metal —explicó.

Pete le entregó el estuche y los niños se hicieron a un lado mientras el tío Russ ponía en marcha el motor que hacía funcionar la sierra. Pronto vibró en el aire el zumbido de la reluciente hoja de la sierra. Momentos más tarde los dientes de la sierra chirriaban a

través del metal del estuche y la tapa quedó abierta.

—Soy un hombre ocurrente, ¿eh? —exclamó tío Russ—. Mirad lo que hay en el estuche. —Sacó una pieza redonda de metal para que todos la vieran—. Es una moneda antigua.

—¡Zambomba! Si parece un chelín del Roble —dijo Pete.

—¿Cómo? —preguntó Teddy.

El dibujante dio a Pete la moneda para que la mirase más de cerca.

—¡Ya lo creo que parece un chelín del Roble! —repitió el chico —. ¿Qué te parece, Pam? ¿No te acuerdas de lo que leímos en el catálogo del señor Steinberg?

Su hermana contempló la moneda colocada en la palma de su mano y luego le dio la vuelta. En una de las caras se veía un roble y en la otra la lejana fecha del año 1652. Las letras que tenía alrededor estaban desgastadas y resultaban poco visibles. Al contemplar todo ello, Pam observó:

—Mira, Pete. Hay unas letras rodeando el árbol. Y una figurita muy pequeña debajo de la fecha.

—Vamos dentro y miraremos todo eso con una lupa —sugirió tío Russ.

—Me parece que nos hemos mezclado en otro misterio —comentó Ricky, cuando todos marchaban apresuradamente a la casa.

Pam fue a buscar inmediatamente el catálogo, mientras Jean obtenía una lupa. Cuando las niñas regresaron al cuarto de estar, el señor y la señora Hollister y tía Marge estaban examinando la extraña moneda. Luego el padre de Pete entregó la moneda a su hijo.

—Estamos todos muertos de curiosidad por saber qué es —afirmó el señor Hollister.

Pete cogió la moneda y el cristal de aumento y, atentamente, comparó su hallazgo con el dibujo del chelín del Roble que aparecía en el catálogo. Al poco el muchacho exclamó triunfante:

—¡Teníamos razón! ¡Está hecha en Massachusetts hace más de trescientos años!

Pam contó en seguida a los demás la historia de la vieja moneda. Explicó que el primer dinero que se utilizó en Massachusetts fueron

los collares de abalorios, pero que, en el año 1652, los colonizadores empezaron a acuñar moneda. El chelín del Roble fue una de aquellas primeras monedas.

—Durante cerca de treinta años siguieron acuñando estos chelines con la misma fecha que los primeros —concluyó Pam.

—¡Qué interesante! —Exclamó tía Marge—. Ahora comprendo por qué estáis tan entusiasmados con coleccionar monedas.

—Así se aprende mucha historia —aseguró Pam.

—Y se entera uno también de viejos secretos —añadió Pete—. ¿No veis esto? La persona que escondió esta moneda bajo el árbol inscribió un mensaje en el metal.

—¿Qué dices? ¿Dónde? —preguntó Holly—. Déjame mirar.

Pete dio la lupa a su hermana, quien miró atentamente el roble.

—¿Ves esas letras que parecen hechas con un martillito? —le hizo notar Pete.

—Sí. Ya las leo. Es una palabra… t-e-s-o-r-o.

—¿Tesoro? —Gritó Jean—. Esa moneda debe de ser la pista para saber dónde está.

—¡Canastos! ¡Lo esconderían los piratas! —opinó Ricky.

—Todavía hay más —dijo Pete, dando la vuelta a la moneda—. Mira por este lado.

Enseñó la moneda a su primo, mostrándole un «2» junto a la cifra «XII» en caracteres romanos, además de la tosca silueta de un pájaro volando.

—¿Qué os parece esto? —Dijo el tío Russ y, meneando la cabeza, añadió entre carcajadas—: Cada vez que vemos a los Hollister de Shoreham aparece un misterio que resolver.

—Creo que Jean tiene razón —opinó la señora Hollister—. Esta moneda debe de ser la clave de algún tesoro escondido.

—Aunque sea así, tratándose de algo tan lejano, probablemente no se encontrará ya la solución.

—No estés tan seguro de eso, papá —repuso Jean—. Ya sabes que a veces hemos resuelto misterios raros.

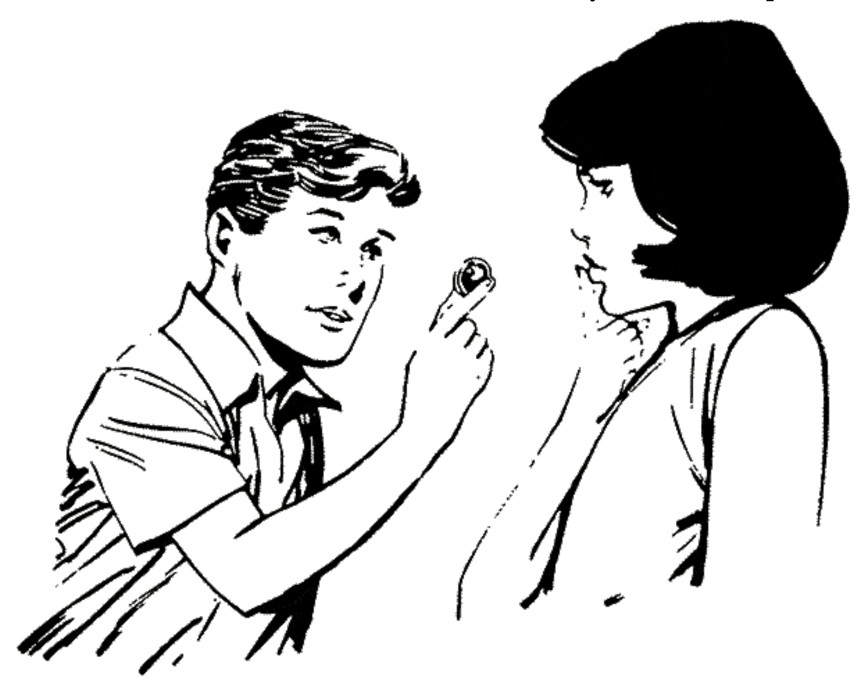
Pete propuso mostrar aquella moneda al señor Turner, cuando fueran a visitarle al ayuntamiento.

—Es un sitio para empezar los trabajos de detective —asintió Pam.

—Podríamos ir mañana por la mañana —apuntó Ricky, dando un salto de entusiasmo.

—Mañana no; es domingo —hizo notar Holly.

—Bueno. Pues el lunes —se conformó Ricky, con otra zapateta.



Cuando los más pequeños se hubieron acostado, Pete, Pam y sus dos primos ojearon el catálogo de monedas.

Se disponían ya a ir a dormir cuando Teddy dijo:

—Creo que me habéis convertido en un buscador de monedas, también a mí.

—¡Estupendo! —le repuso Pam alegremente—. Así tendremos más cosas que decirnos en las cartas.

Después de rezar sus oraciones, Pam se quedó dormida pensando en el misterioso chelín del Roble. En sus sueños, las desnudas ramas del árbol se movían como nudosos y gigantescos dedos y acababan de aferrarse a su hombro cuando se despertó, dando un salto. Al abrir los ojos vio que la menuda manecita de Sue la estaba sacudiendo.

—Anda. Levántate y vamos a correr en la carretilla —murmuró la pequeña.

Pam bostezó, desperezándose, saltó de la cama y fue a mirar por la ventana. El señor Hollister y su hermano salían entonces del coche, cargados con los periódicos dominicales. Pam oyó llamar a su puerta y Jean entró entonces en el cuarto.

La casa entera estaba en movimiento y el rico aroma del tocino frito despertó el apetito de todos. Cuando se sentaron en la mesa para desayunar, la señora Hollister advirtió a sus hijos que tuvieran cuidado de mantenerse bien limpios, al menos hasta que hubieran vuelto de la iglesia.

—Iremos dentro de una hora —dijo el señor Hollister, levantándose de la mesa y mirando su reloj.

Ricky, Holly y Sue se acomodaron en el sofá de la salita y se pusieron a leer las historietas cómicas. Pero el inquieto pelirrojo pronto empezó a removerse. Llamó la atención de Sue y Holly con una indicación de cabeza y los tres salieron de la casa.

—Vamos a coger la carretilla —propuso, cuando creyó que los mayores no podían oírle—. Vosotras vais a buscar a Leo, mientras yo abro la puerta del granero.

Sue y Holly encontraron a Leo tumbado en su caseta, con la cabeza asomando por la entrada y apoyada sobre las patas delanteras. Sue se acercó a él corriendo, le cogió por el collar y empezó a tirar, diciéndole:

—¡Ven, Leo! Vamos a dar un paseíto.

A regañadientes, Leo se irguió sobre sus grandes patas. Con Sue tirando de él por delante y Holly empujándole por detrás, el perrazo llegó al fin ante la puerta del granero, que ya estaba abierta. Ricky encontró la carretilla y la sacó. Parecía el carretón para ser tirado por un caballito que habían tenido ellos en Shoreham, aunque más pequeño. Sin embargo, los aparejos eran casi idénticos y Ricky tuvo pronto colocado a Leo entre las dos varas. Cuando hubo ajustado las correas, el niño invitó a sus dos hermanas a que subiesen al carrito.

—Ten cuidado, Sue —advirtió Holly—, no vayas a mancharte.

—Iremos hasta aquella colina y volveremos a bajar —propuso Ricky.

Cuando cogió al perro por el collar, el animal avanzó con pesados movimientos. Holly sostenía las riendas y su carita resplandecía de entusiasmo. Pero, cuando llegaron al pie de la

colina, el perro se quedó quieto.

—Anda, chico —le animó Ricky—. Mira, te daré una galleta de perro —ofreció.

—Me parece que pesamos demasiado para que nos suba por la montaña —consideró Holly, y ella y Sue salieron de la carretilla.

El peludo perro lanzó un áspero gruñido, como si quisiera darles las gracias; y, luego, arrastró el carrito hacia lo alto de la verde colina que se elevaba sobre la parte posterior del granero. Los tres niños le seguían corriendo.

—Ahora podemos bajar todos montados.

Y Ricky saltó a la carretilla, colocándose entre sus hermanas y gritó:

—¡Arre!

Pero el perrazo, en lugar de echar a andar, decidió sentarse.

—Pero Leo, anda —regañó Ricky—. Pórtate bien y baja por la colina.

Sin embargo, Leo no demostró tener intención de querer dedicarse a tales ejercicios en un domingo.

—Está bien. Ya tiraré yo del carro —dijo el niño a sus hermanas.

Libró entonces al perro de los arneses. El animal se apresuró a bajar por donde había subido y se dirigió directamente a su caseta, donde se tumbó, cuidando de apartar la cabeza del sol.

Ricky se situó entre las dos varas diciendo:

—Miradme, yo ocuparé el sitio de Leo.

Y Ricky alargó la cabeza e imitó un ladrido, luego tomó las varas del carro y empezó a andar montaña abajo.

Las dos niñas prorrumpieron en gritos de entusiasmo cuando la carreta se deslizó sobre la verde hierba. Los pasos que daba Ricky eran cada vez más largos. De pronto se dio cuenta de que la carreta iba más de prisa que él.

«Se me va a echar encima», pensó Ricky, aterrado. «¿Qué voy a hacer?».

LA FUENTE DE LOS DESEOS



Mientras la carreta se deslizaba colina abajo, Holly y Sue comprendieron que su hermano estaba en un apuro. Se sentían demasiado asustadas para llorar y no hicieron más que sujetarse fuertemente a los lados de la carreta. Ricky estaba agotado y ya no podía separar más sus piernas al correr. Tenía que pensar una solución y… ¡de prisa!

Casi al pie de la montaña había un campo de blancas margaritas. Ricky pensó en seguida:

«Allí. Las margaritas serán como un colchón blando si las niñas se caen».

Rápidamente el muchachito soltó la carreta y se dejó caer sobre la hierba, donde quedó tendido tan largo como era. La carreta pasó sobre él, sin tocarle siquiera, y se lanzó en dirección al campo de margaritas.

Las varas de la carreta tocaban ahora en el suelo, haciendo que la carreta se desviase de un lado a otro, serpenteando. Con una gran

sacudida, Sue y Holly se vieron lanzadas por el aire y cayeron sobre el lecho de flores. La carreta siguió avanzando y se detuvo a poca distancia de la caseta de Leo.

Ricky se puso en pie y echó a correr como un loco para llegar junto a las niñas. Sue y Holly dieron varias volteretas sobre las flores hasta que, al fin, lograron detenerse, encontrándose ambas con los cabellos y los vestidos llenos de pétalo de margaritas.

—¿Estáis bien? —preguntó Ricky a gritos, mientras se aproximaba.

Sue se levantó y empezó a andar describiendo círculos; en seguida volvió a caer sobre las flores.

—Estoy mareada —dijo.

Holly se apartó las trencitas de la cara, echándoselas tras sus hombros, se sacudió el vestido y ayudó a Sue a levantarse. Luego, se miraron unos a otros, los tres muy avergonzados.

—¡Oh, fíjate en esas manchas verdes que tienes en la camisa! —exclamó Holly, dirigiéndose a su hermano.

—¡Ja, ja! Pues mira tu vestido por detrás —se burló Ricky—. También está verde.

En el vestido almidonado de Sue había un agujero y la pequeñita tenía los rubios cabellos sucios y revueltos.

—Ricky, hemos hecho una carrera muy buena —aseguró Sue.

En aquel momento Holly señaló con un dedo la carreta… ¡En ella estaba sentado el mismísimo Leo!

—Seguramente le habría gustado hacer una carrera, pero sentado así —opinó Holly con una risilla, mientras ella y sus hermanos se acercaban corriendo al gran perro de San Bernardo.

—¡Canastos! ¡A Pete y a Pam les gustaría verlo!.

Según hablaba, el niño cogió una de las varas del carro, mientras sus hermanas cogían la otra. Entre los tres lo llevaron hacia la parte trasera de la casa. Cuando daban la vuelta a la esquina del granero vieron a las dos familias reunidas y dispuestas a entrar en los coches para ir a la iglesia.

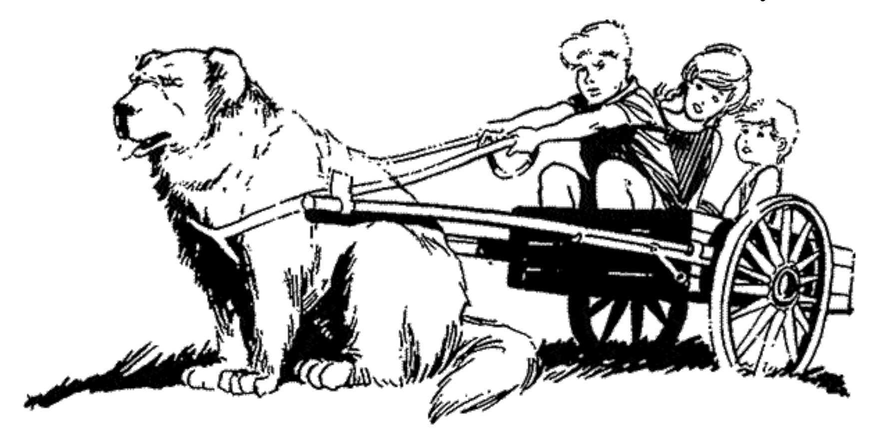
—¡Eh! ¡Eh! —llamó Ricky a media voz.

La señora Hollister fue la primera en verles.

—Pero ¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué os ha pasado? Os dije que no os manchaseis.

—Mira, llevamos a Leo a dar un paseo —hizo notar Ricky, haciéndose el distraído.

—Hemos hecho una carrera en la carreta —añadió Holly.



—Y nos ha ocurrido una cosa —gorgoje la más pequeña.

—Sí, hija, no hace falta que lo digas —dijo el señor Hollister.

Tío Russ se tapó la cara con una mano para que los niños no vieran que se estaba riendo.

—Utilizaré esto en una de mis historietas —comentó con su hermano en voz baja.

—Venid conmigo —ordenó la señora Hollister a sus tres hijos menores—. Tenéis que lavaros y cambiaros de ropa.

Cogió a Sue de la mano y abrió la marcha hacia la casa.

—Lo siento, mamá —murmuró Ricky—. Ha sido culpa mía.

—Y mía también… una chispita —añadió Holly.

—Pero Leo no se ha hecho daño —declaró Sue alegremente.

Pete y Pam ayudaron a lavarse y vestirse a los pequeños diablejos y pronto se encontraron todos camino de la iglesia.

Era la hora de comer cuando tío Russ observó que Ricky, Holly y Sue permanecían anormalmente quietos. Mientras tomaban el postre, que era un sabroso helado, dijo alegremente:

—Tengo algo que puede interesaros, coleccionistas de monedas… Tengo una caja de monedas de oro.

Los ojos de todos los niños brillaron, llenos de interés.

—¿Monedas de oro? —se asombró Pete—. Deben de ser antiguas.

Tío Russ se levantó de la mesa, fue a la sala y volvió con una caja. La abrió, sacó de ella unas monedas y fue dando una a cada uno de los niños.

—¡Canastos! —exclamó Ricky, al examinarla, y, al poco, declaró —: Nos has gastado una broma, tío Russ.

Holly soltó una risilla y Sue una carcajada. Las monedas de oro que tío Russ acababa de darles eran dulces envueltos en papel de estaño.

Viendo que los más pequeños volvían a estar nuevamente alegres, tío Russ pasó dulces a los adultos. Mientras paladeaba un bombón de chocolate, añadió:

—Pero, en alguna parte de la casa, debo de tener una bolsa de monedas. Las coleccionaba cuando era muchacho. —Se volvió a su mujer, preguntando—: Mar-ge, ¿tú sabes dónde está?

—Yo creo que puede estar en el almacén —contestó tía Marge, mordiendo un trocito de chocolate que sostenía en sus dedos—. Puede que los niños quieran buscarla después de cenar.

Mientras las niñas ayudaban a quitar la vajilla de la mesa, Pete, Teddy y Ricky se fueron al almacén. Había allí varios vehículos viejos y muchas cestas y cajas de cartón.

—¿En qué caja miramos? —preguntó Pete..

Teddy anunció que su madre le había dicho de buscar en una caja que decía «Tesoros de papá».

—Allí están todas las cosas que papá coleccionaba cuando era un chico como nosotros —concluyó Teddy.

Los muchachitos fueron mirando las cajas una a una, para comprobar lo que decía en cada una. Había cajas en las que se leía: «Vestidos de muñecas». «Vestidos viejos». «Dibujos de primer grado de Jean» y «Películas». Por fin, en lo alto de la pila de cajas, Teddy halló la que buscaban. Los muchachos la sacaron con cuidado y la abrieron para mirar.

—¡Castañeta! —exclamó Teddy—. ¡No sabía que papá tuviese guardadas tantas cosas!

La caja contenía varias ruedas viejas de patines, notas de la escuela, un cuchillo de explorador, una flauta hecha con la caña de un arbusto, y una bolsa de piel, cerrada con una tosca correílla. Teddy la cogió y tiró de las ataduras; pero, cuando la bolsa quedó

abierta, sobre el suelo de madera cayó un alud de bolitas de colores.

—Nos hemos equivocado de bolsa —comentó Ricky.

Y los tres muchachitos se agacharon para recoger las bolas. Ricky resbaló sobre una de ellas y fue a darse de cabeza contra una pila de cajas que cayeron sobre él. Una se rompió, y el pecosillo Ricky se encontró en el suelo, sonriendo, y con la cabeza adornada por tres pomposas faldas de muñeca.

—A ver si encontramos esas monedas y salimos de aquí antes de que nos pasen más cosas —dijo Ricky.

Cuando las bolitas quedaron guardadas y los vestidos de muñeca recogidos, los tres chicos rebuscaron concienzudamente en el fondo de la caja. Pete encontró una saquetita más pequeña, de lona. La sacó al mismo tiempo que un sobre amarillo.

—Aquí están las monedas —anunció Pete, después de mirar el interior de la saqueta.

—A ver… ¿Qué es esto? —preguntó Teddy, cogiendo el sobre de manos de su primo—. ¡Oh, es una de las tarjetas con calificaciones escolares de papá! —Y Teddy se la guardó inmediatamente en el bolsillo.

Los tres chicos volvieron a la sala de estar. Las niñas habían concluido ya sus quehaceres y estaban ansiosas por ver las viejas monedas. Pete vació la saqueta sobre la alfombra y todos se agacharon para examinar el contenido.

Entre las monedas, había varios peniques con la cabeza de Lincoln que los Hollister de Shoreham no tenían en su colección. Las monedas restantes no eran de mucho valor.

Teddy contempló el catálogo y, de pronto, exclamó:

—¡Vaya! Aquí hay un penique que vale cuatrocientos dólares. Me gustaría tener uno.



—Sí. Es el centavo Águila Voladora —informó Pam—. Yo estaba deseando que tío Russ tuviera uno en la saqueta.

—Hablando de deseos —intervino tío Russ—, en Crestwood hay una cosa nueva desde que vosotros no estáis.

Holly preguntó en seguida:

—¿Sí? ¿Qué es?

—Ahora tenemos una fuente delante del Ayuntamiento. La llaman la fuente del deseo.

Y tío Russ explicó que se decía que, si se arrojaban unas

monedas a la fuente, los deseos de uno se hacían realidad.

—Pero no echéis monedas de valor —aconsejó, riendo.

Tía Marge añadió que, a finales de cada año, se sacaban las monedas de la fuente y se utilizaban para comprar pavos y juguetes a los niños pobres para Navidad.

—¿Por qué no vamos a la fuente a pedir alguna cosa que deseemos? —propuso Pam.

—Si queréis, podéis venir conmigo en el coche —ofreció tío Russ —. Tengo que mandar unas historietas por correo.

—Coge mi furgoneta —dijo el señor Hollister a su hermano—. Elaine y yo iremos con Marge a visitar a nuestros viejos amigos los Joyce.

—Me llevaré la máquina fotográfica para hacer una fotografía de la fuente de los deseos —dijo Pete.

A los pocos minutos, se reunió con los demás niños en la furgoneta y tío Russ condujo hacia la ciudad. Las calles habían quedado ya libres de los residuos dejados por el huracán. Algunos árboles de los que habían sido derribados estaban aún alineados junto a las aceras, pero todas las calzadas ya estaban libres de hojas y ramas sueltas.

—Tengo que ir a echar estas historietas al buzón que está en frente de la oficina de correos —dijo tío Russ, deteniendo la furgoneta—. Vosotros podéis adelantaros. Yo iré a buscaros luego.

Los niños anduvieron las dos manzanas que les separaban del Ayuntamiento.

—¡Qué bonita! —exclamó Pam, al ver la fuente de los deseos.

Varios surtidores surcaban el aire desde lo alto de una piedra circular, colocada sobre una pila de rocas artísticamente situadas. La base de la fuente estaba rodeada por un gran estanque, cuyas aguas tenían un pie de profundidad. Varias personas estaban tirando allí monedas.

Pam se dio cuenta de que un hombre pobremente vestido no hacía más que mirar al fondo del agua, como si se le hubiera perdido allí algo. Aquel hombre llevaba unos pantalones color caqui y una camisa azul de trabajo con el cuello muy rozado. Tenía el cabello abundante y rubio, con vetas grises. Su nariz era grande y su mirada parecía triste.

Pam se acercó a él para preguntarle:

—¿Ha perdido usted algo? Si quiere, yo le ayudaré a buscarlo.

El hombre levantó la cabeza como si se hubiera sorprendido mucho de la presencia de la niña, a la que miró fijamente. Luego echó a andar rápidamente sin decir una palabra.

Mientras tanto los demás niños se divertían, patinando junto al borde del estanque. Soplaba una suave brisa que, de vez en cuando, hacía llegar algunas gotas del surtidor sobre Holly, quien reía alegremente.

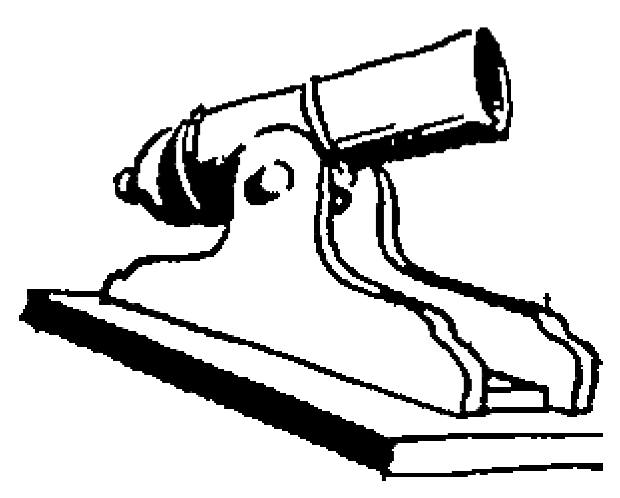
—Me gustaría hacer un primer plano de esas rocas —dijo Pete.

Con esa idea se subió al reborde del estanque y enfocó la máquina.

En aquel momento Ricky dio un grito de alarma, anunciando:

—¡Mira, Pete! ¡Ahí está Joey Brill!

HOLLY BALA-DE-CAÑÓN



Al oír la advertencia, Pete se hizo rápidamente a un lado y giró sobre sí mismo, y estuvo a punto de dejar caer la máquina al agua. Joey Brill, que acababa de llegar por detrás, se encontró con las manos empujando en el aire, y no sobre Pete, como había deseado.

La fuerza con que se había lanzado estuvo a punto de hacer caer al camorrista al agua, pero, sin embargo, se detuvo a tiempo con la cara roja de vergüenza. Al cabo de un momento llamó:

—Ven, Oz. Estos Hollister son demasiado presumidos para que se pueda jugar con ellos.

Hasta entonces los Hollister no se habían dado cuenta del otro chico que acompañaba a Joey. Tendría unos diez años y era delgado, enfermizo y cargado de espaldas. Además, tenía ojos de estar asustado. Era el mismo que viera Pam ante la cabina telefónica. Joey le hizo una indicación con la cabeza, mientras echaba a correr alrededor del estanque. El muchachito llamado Oz echó una ojeada hacia atrás, como si temiera que los Hollister le pegasen.

Inmediatamente, Pete dio la máquina a Sue y salió tras el

camorrista. Ricky y Holly también emprendieron la persecución. Oz corría detrás de Joey y, en el preciso instante en que Pete estaba a punto de alcanzarles, los otros dos se metieron en una zona de estacionamiento, penetraron en un coche y cerraron la puerta.

—Si sois valientes, salid y venid a pelear —les retó Pete.

Por toda respuesta, Joey sacó la lengua y se llevó las manos a la cabeza y empezó a juntar y separar los dedos pulgares como si aplastase algo entre ellos.

—¡No puedes atraparnos! —gritó, haciendo extraños visajes.

—Sois dos gallinas —vociferó Holly, indignadísima.

Los tres Hollister dieron media vuelta y se encontraron frente a una señora gruesa, la cual les miró muy seria.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó, acercándose al coche.

Joey abrió la puerta y empezó a decir:

—Son los Hollister de Shoreham, tía Thelma. Querían pegar a Oz.

—¡Oh, qué mentiroso! —se escandalizó Holly.

Pete hizo callar a su hermana y luego dijo a la señora quién era y le explicó lo que verdaderamente había ocurrido.

—Soy la señora Thelma Brill —repuso ella—. Joey es mi sobrino y Osmar mi hijo.

Les informó también de que Joey estaba pensando unos días con ella, mientras sus padres acudían a un congreso.

—No queríamos pegar a Oz, porque no nos ha hecho nada —afirmó Pete.

La señora Brill miró severamente a Joey.

—Os dije que no salierais del coche mientras yo iba a un recado. Si me hubierais hecho caso no habría pasado nada de esto.

Pete se disculpó por haber hecho correr a Oz de aquella manera. A pesar de que tenía cara de susto, parecía un muchachito simpático.

La señora Brill se despidió de los Hollister y éstos volvieron en seguida a la fuente.

—¡Canastos! ¡Qué primo más tonto debe de ser Joey! —Comentó Ricky.

—Es una pena que Osmar no tenga unos primos como Teddy y Jean —razonó Holly.

Al dar la vuelta a la esquina de la plaza, próxima al Ayuntamiento, Ricky y Holly vieron un viejo cañón que estaba al otro lado de la calle, pasada la fuente. Los dos hermanos corrieron hacia allí, mientras Pete se reunía con los otros. Sue le devolvió la máquina fotográfica en tanto que Pete explicaba a las niñas lo ocurrido.

—Lo siento por Oz —dijo la compasiva Pam—. ¡Parece que está tan asustado!

—Mientras no crea las mentiras que Joey le contará de vosotros… —murmuró Jean.

Pete hizo varias fotografías, una de ellas con todas las niñas tirando unos peniques al estanque, mientras formulaban sus deseos.

—Deseo que vengáis a visitarnos más a menudo —dijo Jean, dejando caer su penique al agua.

Pam deseó que Joey no maltratase a Oz y Teddy hizo saber que estaba esperando correr una gran aventura, mientras sus primos estuvieran en Crestwood.

Pam dio a Sue un penique para que lo echase al agua y, al dejarlo resbalar de su mano gordezuela, la pequeñita declaró:

—Quiero un perro como Leo para que juegue con Zip.

Entre tanto, al otro lado de la calle, Ricky y Holly contemplaban el viejo cañón. A un lado había un montón de viejos proyectiles en forma de balas. Ricky quiso coger la bola que estaba encima, pero comprobó con desencanto que estaban todas pegadas.

—¿Es que querías disparar? —preguntó Holly, retorciéndose las trencitas.

Ricky se encogió de hombros y hundió las manos en los bolsillos de su pantalón. Luego sonrió, asegurando:

—Tendríamos que poder jugar a algo con este cañón.

—¿Te acuerdas de aquel circo donde disparaban a una señora por un cañón? Podíamos jugar a eso —propuso Holly.

—Sí. Pero sólo figurado.

—Claro, tonto. No hay ningún cañón donde no pueda caber yo.

Antes de que Ricky pudiera decir sí o no, Holly trepó por la negra boca del cañón y luego, cogiéndose con piernas y brazos, fue avanzando hacia el final.

Volvió la cabeza para mirar a Ricky y anunció, esperanzada:

—Me parece que podría meter dentro las piernas.

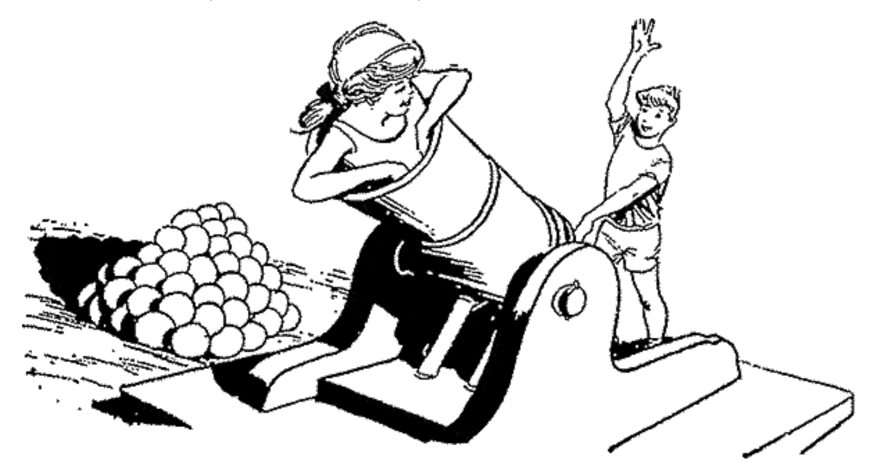
—¡Canastos! ¡Eso sería estupendo! Así podríamos figurar que cargábamos el cañón y… ¡puuummm! parecería que tú volabas por el aire.

—Pero yo sola no puedo meterme. Ven a ayudarme, Ricky.

Ricky corrió a colocarse bajo la boca del cañón, se puso de puntillas y ayudó a Holly a introducir las piernas en el negro orificio.

Holly resbaló hacia dentro, quedando oculta hasta la cintura.

—Anda, Ricky —ordenó Holly—. ¡Dispara el cañón!



Ricky se acercó a la parte posterior, aparentó disparar y en seguida gritó:

—¡Patapooom!

Su voz llegó hasta el otro lado de la calle y fue oída por los niños que estaban en la fuente.

—¡Por Dios! —Se asustó Pam—. ¿No veis a Holly?

—Vamos a sacarla de ahí. Puede hacerse daño —dijo Pete.

Seguidos por Sue, los niños que estaban en la fuente corrieron en tropel hacia el cañón.

—Mirad —llamó Holly, haciendo ondear los brazos como si fueran las alas de un pájaro—. Estoy volando por los aires.

—Muy bien. Ya has jugado bastante —repuso Pete—. Ahora baja. Tío Russ llegará en seguida.

Pete y Teddy lograron coger las extendidas manos de Holly.

Pete comenzó a contar:

—Uno, dos, tres…, ¡salta!

Pero Holly no se movió.

Los muchachos tiraron de ella nuevamente.

—¡Huy! Me vais a arrancar los brazos —se lamentó Holly—. No me puedo mover. ¡Estoy pegada!

Al oír aquello, Ricky se deslizó por la parte posterior del cañón para poder coger a su hermana por los hombros y tirar. Pero tampoco eso dio resultado. ¡Holly se había quedado incrustada en el cañón!

Al oír los gritos de angustia de los niños, acudió un grupo de mayores a prestarles ayuda. En aquel momento apareció tío Russ, cuyos ojos se desorbitaron al ver a su sobrina. Tampoco los mayores que se habían acercado pudieron libertar a Holly.

—A lo mejor tenemos que dispararla como en el circo —opinó Ricky, entre suspiros de preocupación.

Holly no sabía si reír o llorar, pero decidió demostrar a todos que era valiente cuando tío Russ dijo:

—Me parece que tendremos que avisar a los bomberos.

Holly no hizo más que suplicar:

—Pero que no me echen agua. Ya me portaré bien.

Ágil como un mono, Ricky bajó del cañón, corrió hasta la esquina y tocó la alarma de fuego. Dos minutos después, y entre sonoros aullidos de las sirenas, llegaban los coches de bomberos a la plaza mayor de la ciudad. Tío Russ saludó a los hombres con una forzada sonrisa.

—Una niña se ha quedado encajada en ese cañón —dijo, sacudiendo la cabeza.

—Menos mal que no es para salvar un gato subido en un árbol —comentó uno de los bomberos, el cual se dirigió a otro que llevaba una cinta plateada en el casco, preguntando—: ¿Qué sugiere que hagamos, jefe?



El jefe de los bomberos ordenó a uno de sus hombres que sacase de uno de los coches un pequeño extintor.

—El líquido que sale de aquí es jabonoso y espumoso. Creo que dará resultado.

Observado por Holly, que parecía más asustada que divertida, el jefe de bomberos colocó una pequeña manguera entre la espalda de Holly y el frío metal del cañón.

Flip…, flip…, flip… El líquido jabonoso alcanzó todo el cuerpecito de Holly.

—¡Ay! ¡Qué frío está! —se quejó la niña.

—Pero es húmedo y resbaladizo —replicó el jefe de bomberos.

El hombre dejó en seguida el extintor a un lado y cogió a Holly,

mientras todo el mundo miraba atentamente. Holly se deslizó de la boca del cañón, como una pepita de melón se desliza de los dedos de un niño.

—Ya estás libre, jovencita —dijo el jefe de bomberos, dejándola sobre la hierba—. Y en adelante no te acerques a los cañones.

Holly movió la cabeza, asintiendo, pero estaba tan aturdida que echó a correr hacia la furgoneta.

—Ésta es la segunda vez que nos vemos metidos en un lío, hoy. Estas niñas… —comentaron Ricky, dándose mucha importancia.

Con la barbilla temblorosa, Holly se sentó en el suelo de la parte posterior del vehículo y no se movió en todo el trayecto de regreso a casa. Cuando salieron de la furgoneta, Pam y Jean fueron con ella a la habitación de los invitados y cerraron bien la puerta.

—No te preocupes, guapina —dijo Pam, cariñosa—. Nosotros te daremos una ducha y quedarás como nueva.

—Desde ahora te llamarás Holly Bala-de-Cañón —dijo Jean, guiñándole un ojo.

Una gruesa lágrima resbaló por la nariz de Holly, que empezó a hipar, aunque al mismo tiempo la broma de su prima le obligó a reír.

—No volveré a ser nunca una bala de cañón.

Cuando Holly estuvo limpia y las tres niñas fueron a la sala, encontraron que el señor y la señora Hollister, con tía Marge habían vuelto de hacer la visita. Ricky fue el primero en contar el accidente de su hermana.

—Y tú le ayudaste a meterse en el cañón —murmuró la señora Hollister, moviendo la cabeza desaprobadoramente—. Hijitos, habéis tenido un día insoportable.

Tío Russ comentó:

—Me parece que estos jovencitos hacen muchas más diabluras de las que hicimos nosotros nunca.

En aquel momento Teddy se apresuró a preguntar:

—¿Tú nunca has hecho travesuras, papá?

—Claro que no. Casi nunca —concluyó, mirando a su hermano con una sonrisa.

—No quiero quitarte la razón, papá —dijo Teddy que estaba sacando de su bolsillo una cuartilla de papel amarillo—. Pero he

encontrado unas notas del colegio en la trastera.

Tío Russ se mostró sorprendido y preguntó:

—¿Son notas mías?

—Sí —asintió Teddy—. Las notas de las asignaturas no están mal, pero por detrás hay una advertencia del profesor.

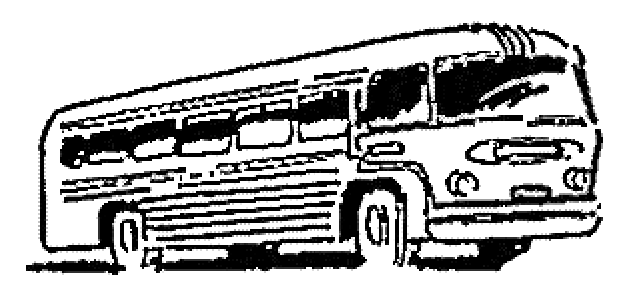
—¿Sí? Dejadme saber lo que dice —pidió, juguetona, tía Marge.

En un tono muy serio, Teddy leyó:

—«Tengan la bondad de reprender a Russell y a su hermano John. No hacen más que molestar a las niñas, tirándole de las trenzas».

Las carcajadas que estallaron tras la lectura de aquella nota casi pudieron oírse en la fuente de Crestwood.

TRABAJO DETECTIVESCO



Cuando por fin cesaron las risas, la señora Hollister dijo que perdonaba a sus hijos, considerando que debían parecerse a su padre y a tío Russ. Eso puso a todos de buen humor otra vez y los niños estuvieron jugando hasta la hora de cenar.

Después, los primos se entretuvieron con juegos tranquilos sobre la misma mesa donde habían cenado. Tía Marge dio permiso a las niñas para que hiciera palomitas de maíz y sirvieran limonada antes de acostarse.

—Vamos a hacer planes para mañana —dijo Pam, cuando los más pequeños se marcharon a la cama.

—Creo que nosotros cuatro debíamos hacer algún trabajo de investigación en la ciudad —opinó Pete.

—Sí —concordó Teddy—. Tendremos que ver al señor Turner, el guardabosques y visitaremos la exposición de monedas. A lo mejor averiguamos algo sobre el chelín del Roble.

Antes de acostarse los cuatro pidieron permiso a sus padres para ir al día siguiente a Crestwood en el autobús.

El lunes por la mañana, Pete, Pam, Teddy y Jean se levantaron temprano, desayunaron rápidamente y salieron a la carretera para ir a la parada del autobús, que llegó cuando hacía pocos minutos que lo esperaban. Como hacía el trayecto por carreteras vecinales, aquel autobús estaba lleno de polvo.

—¡Zambomba! Necesita que le den un baño —comentó Pete.

—Siempre está así —dijo Jean—. Por eso al conductor le apodan «Polvoriento».

Con gran chirrido de frenos, el autobús se detuvo, se abrió la puerta y una voz ronca exclamó jovial:

—¡Todos arriba! ¡Nos vamos a Crestmont o Crestwood, o Cresta de pavo, o lo que quiera que se llame esta ciudad!

Al subir al autobús los niños fueron saludados por el conductor. Tenía la cara colorada, cabellos grises, muy cortos y ojos entornados y risueños.

—Me gusta ver que hoy salís con papá y mamá —dijo el hombre, dirigiéndose a Teddy.

—Pero, Polvoriento, déjese de bromas —dijo Jean—. Éstos son nuestros primos Pete y Pam.

—Me alegro de conoceros —dijo el hombre, cerrando la puerta del golpe y reanudando la marcha.

—¿Cuánto vale el billete, Polvoriento? —preguntó Pete.

—Dos monedas de diez centavos y una de cinco; para vosotros veinticinco centavos.

Los niños entregaron el dinero y se disponían a sentarse cuando Pam volvió atrás para preguntar al conductor:

—¿Cada cuánto tiempo sale usted para Crestwood, Polvoriento?

Con una sonrisa, el hombre repuso:

—Los lunes, miércoles y viernes salgo cada hora y cuarto; los demás días, cada hora y quince minutos.

Veinte minutos después el autobús se detenía cerca del Ayuntamiento. Los niños se despidieron de Polvoriento y bajaron.

Crestwood bullía en la actividad propia de un lunes por la mañana. Pete propuso ir primero a la tienda de numismática, y Teddy les condujo allí, dando la vuelta a la plaza y subiendo dos manzanas desde la calle principal. El lugar en que entraron era una mezcla de librería de viejo y tienda de monedas. Pete se acercó directamente al propietario, un hombre delgado, de cabello oscuro y sonrisa complaciente.

—¿Qué deseas? ¿Quieres comprar algún libro?

Pete se llevó la mano al bolsillo y sacó la moneda misteriosa.

—Nos gustaría que nos diese alguna información sobre este chelín del Roble.

El hombre lo cogió para examinarlo con una lupa que tenía forma cilíndrica y que se acercó a un ojo.

—Desde luego, es un chelín del Roble, pero no tiene mucho valor —anunció—. ¿Ves? La superficie está estropeada.

—De eso quería hablarle. ¿Le parece a usted que esas extrañas señales las pondrían en los días coloniales?

—No lo creo. El pájaro y las letras seguramente las hizo algún bromista. —Se frotó la barbilla pensativamente, murmurando—: ¡Hum! Desde luego puede tener un significado oculto.

—Eso fue lo que nosotros pensamos —terció Pam.

—Siento no poder ayudaros —dijo el hombre, devolviéndoles la moneda.

Los niños se dirigieron al Ayuntamiento, donde encontraron la oficina del señor Turner en una gran estancia de los sótanos. El guarda forestal estaba sentado tras un escritorio, al fondo de la habitación. Arrimada a la pared de enfrente había una mesa larga y baja. Sobre ella se veían docenas de trozos de tronco y ramas de árboles de raro aspecto.

—Buenos días, hijos —dijo el hombre, levantándose—. Ya veo que queréis averiguar cosas sobre los árboles.

—Sí, sí, señor Turner. Los árboles son muy interesantes, sobre todo cuando proporcionan un misterio —dijo Pam.

—¿Cómo es eso? —se extrañó el señor Turner.

Pete le habló entonces de la misteriosa moneda que habían encontrado en el estuche del árbol desplomado.

—Ciertamente, los árboles son muy misteriosos. Pero no hay que sorprenderse por ello. Son como las personas.

Al advertir la mirada incrédula de Teddy, el guardabosques añadió:

—Fijaos en un roble de una granja. Cuando empieza a vivir es tan pequeño como una bellota, que el agricultor limpia y siembra en tierra cálida. Cuando el arbolito arraiga y crece se le trasplanta a otra clase de tierra. Igual que los niños, pueden tener la misma edad y distintas medidas, dos árboles pueden tener el mismo tiempo de vida, pero uno de ellos puede ser más alto o más fuerte que el otro/ También como las personas, los árboles tienen piel, que es la corteza, y su sangre es la savia. Además, pueden enfermar.

—¿Hay médicos de árboles? —sonrió Jean.



—Exactamente, y dan a los árboles vitaminas y abonos especiales. Del mismo modo que a los niños se les cortan las uñas y el cabello, a los árboles hay que podarlos.

—Yo creo que los árboles son nuestros amigos —consideró Pam.

—Pues a mí nunca se me ha ocurrido pensar eso —se atrevió a decir Jean.

—Si no hubieran árboles, tampoco habría bosques —repuso Pam —. Ni sitio para que los pájaros hiciesen sus nidos o para que se refugiasen los animales silvestres.

—Y no sólo eso —añadió el señor Turner—. Los árboles, con sus raíces, mantienen firme la corteza terrestre.

—¡Y ocultan estuches misteriosos! —añadió Teddy.

—Eso no es nada extraordinario —repuso el señor Turner—. Venid, que os enseñaré las cosas que los árboles pueden ocultar.

Y llevó a los niños junto a la mesa en la que tenía sus muestras. Allí les mostró los cortes transversales de cuatro troncos de árbol. En el primero se podía ver un alambre espinoso, en el segundo una especie de polea, en el tercero el viejo gozne de una puerta y en el último la punta de una bala.

—¡Zambomba! ¿Y cómo se han metido esas cosas en los árboles? —preguntó Pete.

El señor Turner explicó que, en muchos casos, como es el del gozne o el alambre espinoso, el objeto se adhería al árbol; éste, con

el tiempo, seguía creciendo con la pieza incrustada en él.

—¿Qué es esto? —preguntó Teddy con curiosidad, señalando un pequeño y lanoso saliente que parecía una rata con largo rabo.

—Una rama. A veces se desarrollan con formas extrañas. ¿Veis esto? —El guardabosques les mostró otro extraño cuerpo que parecía el cuerpo de un búho con grandes y redondos ojos.

Sonriendo, el hombre oprimió un botón situado a un lado de la mesa y los ojos del búho brillaron con una luz verde. Los niños se echaron a reír.

—Pero ¡si es una rama! ¡Ha crecido así por sí sola! —se maravilló Pete.

—No sabía que los árboles eran tan interesantes —confesó Jean, después de mirar largo rato todas las extrañas piezas que coleccionaba el señor Turner.

—Además son muy útiles —dijo el señor Turner—. Acordaos de los emigrantes. Llegaban en embarcaciones hechas de madera, cortaban árboles para construir viviendas y capillas y utilizaban ramas para encender fuego. Hacían los muebles, e incluso los cuchillos, tenedores, cucharas y muchas herramientas de agricultura con madera. Los platos y fuentes eran del mismo material.

Tras una corta pausa, el señor Turner prosiguió sus explicaciones:

—Llenaban bolsas de tela con hojas de pino y las empleaban como almohadas. Las cortezas desmenuzadas servían para llenar colchones y de la corteza blanca del abedul hacían papel. Las moras les proporcionaban tinta. Se hacían arcos y flechas de madera y con ciertas fibras vegetales, trenzadas, confeccionaban cuerdas.

—¡Vaya! No me extraño que le gusten a usted tanto los árboles, señor Turner —dijo Teddy.

El hombre sonrió y volvió a su escritorio, de donde cogió un pequeño estuchito de papel, lo abrió y ofreció su contenido a los niños.

—Aquí tenéis una de las cosas más agradables que proporcionan los árboles.

—¡Oh! Azúcar de alce —observó Pam.

—Coged, coged —invitó el señor Turner.

Y los niños se apresuraron a saborear el dulce producto.

—Aún hay otro secreto que voy a confiaros —dijo confidencial, el señor Turner—. La goma de mascar se hace con savia de un árbol llamado chicozapote.

—¡Zambomba! Nunca me imaginé mascando un árbol.

Pam recordó a su hermano que no habían ido a la ciudad a hacer chistes, sino averiguaciones sobre la moneda misteriosa.

Pete volvió, pues, a ponerse serio y preguntó al señor Turner quién era el propietario de la casa de donde se había desplomado el árbol la otra noche.

—Creo que unas personas llamadas Gordon. ¿Vais a ir a visitarles?

—Sí —afirmó Pete—. Puede que ellos sepan algo sobre el estuche que encontramos.

Los cuatro niños dieron las gracias al señor Turner por su amabilidad y salieron de la fría oficina del sótano. Cuando se encontraron otra vez ante el Ayuntamiento, se detuvieron bajo el cálido sol matinal, para planear lo que debían hacer a continuación.

—¿Qué os parece si Pete y yo vamos a ver a los Gordon? —preguntó Teddy.

—Muy bien —asintió su hermana, que se volvió a Pam para decir—: Ahora tenemos un nuevo departamento en el supermercado de Crestwood. Podíamos ir a verlo.

Pam se sintió entusiasmada con la idea. Se acordó con los muchachos que se encontrarían en el supermercado para ir a comer.

Pete y Teddy se encaminaron al lugar en donde había caído el olmo y vieron que gran parte del tronco había sido aserrado y trasladado. Pero la parte donde se encontraban las viejas raíces estaba todavía allí, cerca del gran hoyo en que antes se asentaran. Los chicos, tras echar un atento vistazo al hoyo, subieron las escaleras de la casa y tocaron el timbre. Salió a abrirles un anciano.

—¿Es usted el señor Gordon? —preguntó Pete.

—Sí. ¿Qué deseáis?

—Querríamos hacerle unas preguntas sobre ese viejo árbol.



—Entrad, entrad —invitó, cordial, el señor Gordon.

La señora Gordon estaba sentada en la salita. Su marido la presentó a Pete y Teddy.

Entonces Pete explicó al matrimonio Gordon que había encontrado un estuche con un chelín del Roble, pero ni el viejecito ni su mujer tenían idea de cómo aquel estuche podía haber ido a caer entre las raíces del árbol.

—Hace muchos años que vivimos aquí —dijo la señora Gordon —. Ese árbol era ya muy alto cuando vinimos.

—¿Y quién era antes el dueño de la casa? —se interesó Pete.

—El señor Eli Spencer. Él nos la vendió cuando compró un gran rancho.

—¡Ah! Sí. Está cerca de nuestra casa —recordó Teddy—. El señor Spencer murió, pero su hijo vive allí. Podemos ir a verle.

—¿Fue su padre quien dejó la colección de monedas al museo?

El señor Gordon contestó afirmativamente a la pregunta de Pete, diciendo:

—El mismo.

Los muchachitos dieron las gracias a los ancianos por su información, y en seguida se marcharon al establecimiento donde les esperaban sus respectivas hermanas, en la luminosa y nueva cafetería.

Cuando Pam estuvo al corriente de las noticias que traían los chicos, comentó:

—Una pista lleva a otra. Quizá el hijo del señor Spencer pueda decirnos lo que significa la moneda misteriosa.

Después de comer unos bocadillos y un vaso de leche y antes de regresar a la granja, decidieron ir a ver la colección de monedas legada por Eli Spencer.

La biblioteca y el museo de Crestwood se encontraban en un mismo edificio situado frente al Ayuntamiento. Al pasar junto al cañón en el que Holly había quedado aprisionada las niñas se echaron a reír, mientras Pete parpadeaba al recordar el incidente.

—Ha sido una suerte que no hayan detenido a Holly y Ricky —bromeó el chico, adoptando el tono serio de una persona mayor, mientras cruzaban la calle, en dirección al museo.

Ante el museo vieron dos coches de la policía y un pequeño

cordón de hombres que miraban al interior del edificio.

—¡Oh! —se alarmó Pam—. Dios quiera que no haya algún herido dentro.

—No. No hay ningún herido —recalcó uno de los presentes.

—Entonces, ¿qué ha pasado? —preguntó Pete.

Una señora les explicó:

—Ha sido robada una colección de monedas, mientras el guardián estaba ausente, a la hora de la comida.

—¡Qué horrible! —exclamó Jean, al ver bajar por las escaleras del edificio a cuatro policías.

—¡Que no se marche ninguno de ustedes! —ordenó uno de los policías con los galones de sargento.

—¿Por qué, oficial? —preguntó Teddy.

—Tenemos que interrogar y registrar a todo el mundo. La colección era muy valiosa.

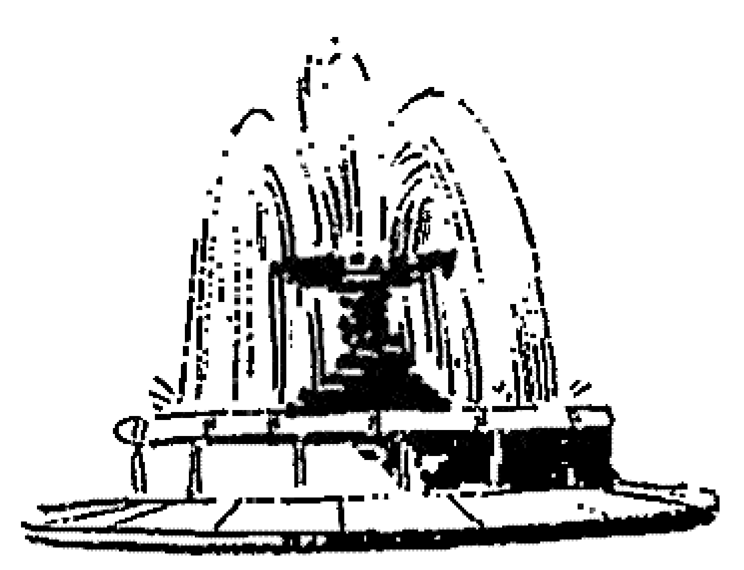
—Pero nosotros acabamos de llegar —objetó Pam.

—¡Que todo el mundo se vacíe los bolsillos! —ordenó el sargento, sin hacer caso a la niña.

Pete sacó la cartera, un puñado de calderilla y el chelín del Roble. En aquel momento un policía ceñudo se aproximó a él y examinó la moneda.

—¡Sargento! —llamó ásperamente el policía, aferrando a Pete por un hombro—. ¡Aquí hay un muchacho que tiene una moneda antigua!

UNA PISTA FALSA



Pete se sintió muy aturdido cuando el policía cogió de su mano la vieja moneda.

—¿Dónde están las demás? —preguntó el oficial severamente.

—Pero…, pero si… —tartamudeó Pete, tan azorado que no podía hablar.

—Mi hermano no robó esa moneda del museo —dijo Pam—. Ni siquiera estábamos aquí hasta hace un momento.

—Es verdad, oficial —añadió Teddy, saliendo en defensa de su primo—. Esa moneda antigua nos pertenece.

—Bueno. Bueno. En seguida pondremos en claro todo eso —atajó el policía, al ver a un hombre alto y delgado con chaqueta deportiva, que avanzaba a paso rápido por la acera.

—Señor Spencer —llamó el oficial—. Venga, haga el favor. Creo que tenemos una pista.

—Es el señor Erie Spencer, el hijo del viejo Eli —explicó Jean a media voz—. Vive cerca de nosotros.

El hombre se apresuró a acercarse al oficial, diciendo:

—Sargento Costello, ¿qué es eso que he oído decir de que han robado la colección de monedas de mi padre? He venido en cuanto me he enterado.

—Es cierto que la han robado —asintió el sargento— y este muchacho tiene una de las monedas.

—Pero ¡si es nuestro primo! —gritó Jean—. Usted nos conoce, ¿verdad, señor Spencer? Somos los hijos de Russell Hollister.

—Sí. Claro —repuso el hombre apresurándose a sonreírles.

—Y éstos son nuestros primos, los que vivían antes en Crestwood, también —explicó la niña, señalando a Pete y Pam.

—Me cuesta creer que estos niños hayan cogido nada del museo —dijo el señor Spencer—. ¿A ver esa moneda?

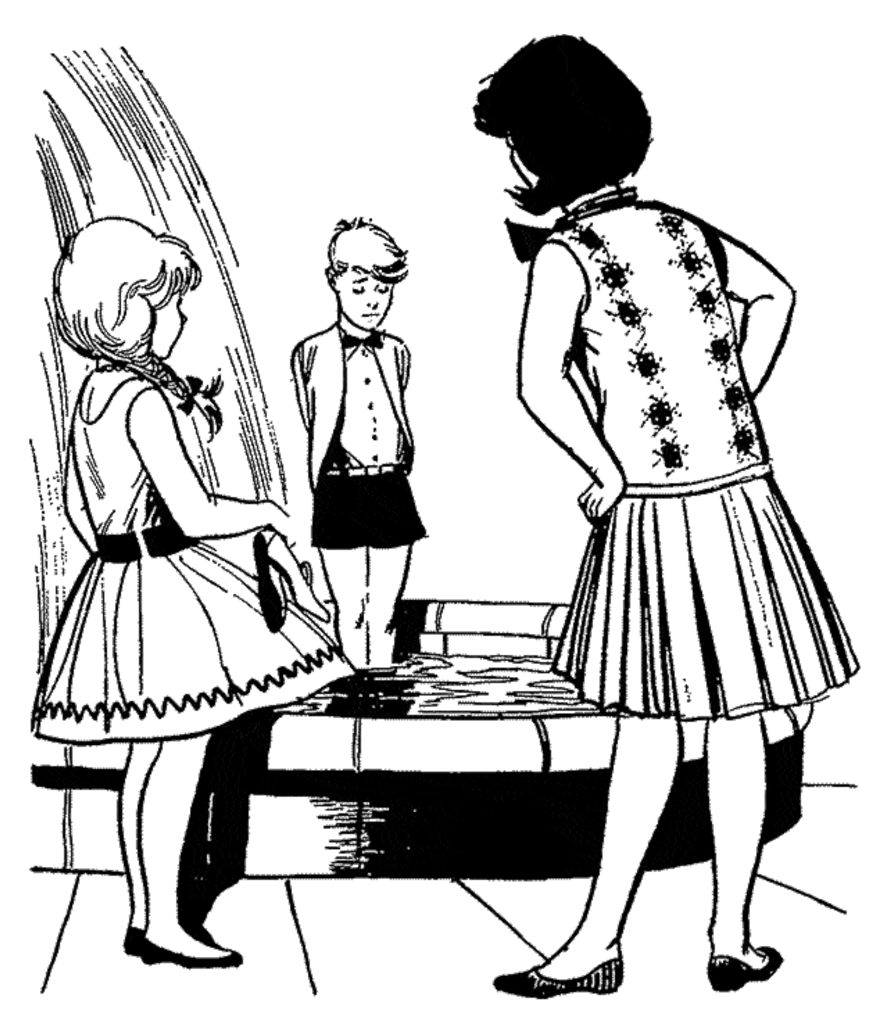
La examinó atentamente y en seguida movió de un lado a otro la cabeza, diciendo:

—No. No es de la colección de mi padre. Aunque, desde luego, es antigua. ¿Qué quiere decir la palabra «tesoro» que leo aquí? ¿Y este pájaro tan curioso?

—Eso es lo que estamos intentando averiguar, señor Spencer —dijo Pete—. Querríamos hablar con usted en cualquier momento. ¿Podrá usted atendernos?

—Naturalmente. Cuando todo esto esté arreglado, venid con la moneda a mi casa.

Pete dio las gracias al señor Spencer por la ayuda que le había prestado. El sargento se disculpó, a su vez, y luego entró rápidamente en el edificio, acompañado por el señor Spencer.



—Vamos a hacer algunas averiguaciones también nosotros —propuso Pete—, ahora que ya no soy sospechoso.

Algunos de los presentes rieron ante la observación de Pete y los cuatro niños entraron en el edificio. Los policías estaban ocupados en buscar por todas partes cualquier posible indicio que hubiera dejado el ladrón.

Entrando en la sala en que habían estado las monedas, los niños echaron una ojeada. En el centro había una larga caja de cristal. De ella había sido levantada la tapa y la policía estaba cubriendo de unos polvos el cristal para buscar huellas digitales.

—Creo que ha sido forzada la cerradura, sargento —dijo uno de

los policías a su superior—. Hay varios arañazos en ella.

Pam advirtió a otro policía que estaba escogiendo los trozos de papel de una papelera. Examinaba atentamente cada uno de los trozos, pero, al parecer, el intruso no había dejado tras sí nada que pudiese revelar su identidad. Pam se aproximó a aquel policía y miró al fondo de la papelera. En un rincón descubrió un trocito de alambre, pequeño, negro y retorcido, en el que el policía no se había fijado. Pam lo cogió, comprobando que era un anzuelo.

—Mire, oficial —dijo la niña—. Esto puede ser una pista.

El hombre quedó asombrado al ver aquella posible prueba que a él se le había pasado por alto. Dio las gracias a Pam y fue a mostrar el anzuelo a los demás.

—Esta niña ha encontrado este anzuelo, sargento. Puede que se haya empleado para abrir la cerradura.

El sargento cogió el anzuelo y miró los arañazos que había sobre el cristal, afirmando luego:

—Tiene usted razón.

—Puede que el ladrón haya sido un pescador —sugirió Pam.

—Podría ser, pero hay muchos pescadores en Crestwood.

Esta vez el sargento Costello se mostró afable con los niños y cuando Pete le pidió que le describiese cómo era la colección desaparecida, él lo hizo gustoso.

Las monedas habían estado en una caja negra forrada de terciopelo, y una fotografía de dicha caja había aparecido en el periódico de la localidad. Además, el oficial proporcionó a los muchachitos una lista de las monedas robadas.

—¿Vais a jugar a los detectives para ver si las encontráis? —preguntó el sargento.

—Hemos solucionado otros misterios —le dijo Pam—. Podría ser que también tuviéramos suerte en esto.

El sargento volvió a dar las gracias a Pam por haber encontrado el anzuelo, y los niños abandonaron el museo.

—Deseo que tenga usted suerte en este caso, detective Pam —bromeó Teddy mientras descendían los escalones, hacia la acera—. Pero ¿cómo encontrarás al pescador culpable?

Mientras andaban, Pam reflexionó un poco sobre aquella pregunta. Luego comentó:

—Yo creo que una persona que quiere robar en un sitio, antes vigilará ese sitio. —Echó una ojeada a su alrededor antes de añadir —: Creo que esa casa de comidas debe de ser un buen sitio para observar el museo.

A Pete le pareció buena la idea de su hermana.

—Una persona sentada cerca de la ventana podría ver salir el guardián a la hora de comer, y así aprovecharía el momento para entrar en el museo.

Mientras los cuatro jóvenes detectives se encaminaban a la casa de comidas, Teddy hizo notar:

—Ahora tenemos dos misterios que resolver, uno sobre el chelín del Roble y el otro sobre el robo de esa colección.

—¿No te parece un modo estupendo de pasar unas vacaciones? —repuso Pete, ahogando una risa, cuando penetró el primero en el restaurante.

Dentro, un hombre cubierto con un gorro y un delantal blanco, estaba secando el mostrador con vigorosos movimientos. Al ver entrar a los chicos levantó la vista y Pete le preguntó:

—¿Se ha fijado usted en algún pescador que haya estado hoy comiendo aquí?

El hombre quedó inmóvil, frunció el ceño y mostró extrañeza.

—¿Un pescador? —murmuró—. ¿Y cómo voy a distinguir a un pescador de cualquier otra persona?

Pete opinó que podía haber notado que era pescador porque llevase ropas toscas o anzuelos en la cinta del sombrero.

—No. No he visto a nadie con esas señas —replicó el hombre.

En aquel momento, desde una de las mesas exclamaron:

—¡Hola, Hollister! ¿Habéis encontrado al resto de vuestra tribu?

Se volvieron y se encontraron a Polvoriento, que estaba tomando una taza de café.

—¿Qué quiere usted decir, Polvoriento? —preguntó Jean al bromista conductor.

—Creí que lo sabíais. Ricky, Holly y Leo han sido mis pasajeros hace poco rato.

Pete y Pam quedaron sorprendidos.

—¿Permite usted a un perro viajar en autobús? —preguntó la niña.

—Claro. ¿Por qué no? Leo se cree que es una persona y yo no voy a quitarle la razón.

—Pero ¿qué están haciendo los niños en la ciudad? —murmuró Pete.

Polvoriento se encogió de hombros, replicando:

—Creí que venían a buscaros.



Pam comentó en un cuchicheo con su hermano:

—Es muy raro. Voy a telefonear a tía Marge para saber cómo ha sido eso*

Pam se metió en la cabina telefónica, situada al fondo del comedor y marcó el número de casa de sus tíos. Salió de la cabina a los pocos momentos con una expresión de inquietud en su rostro. Tía Marge le había contestado que los niños habían salido de casa porque recibieron una llamada telefónica de Oz Brill. Tía Marge no sabía a dónde habían ido.

—¡Estoy seguro de que Joey Brill está tramando algo! —afirmó Pete—. Vamos. Hay que buscar a los pequeños.

Abandonando la casa de comidas, echaron una mirada por la plaza de la ciudad.

—¡Ahí están! —anunció Jean, haciendo una indicación.

Cerca de la fuente se encontraban Holly y Leo. La pequeña de las trencitas sostenía en sus manos los zapatos y calcetines de Ricky.

—¡Hola, Holly! —Gritó Pam, corriendo junto a la pequeña—. ¿Qué estáis haciendo en la ciudad?

De pronto vieron a Ricky, Estaba al otro lado, dentro del estanque. Pam corrió hacia él, ordenando:

—¡Ricky, sal de ahí! No está permitido meterse en esta fuente.

El pequeño pelirrojo explicó que, creyéndose que era un penique, había tirado al estanque una moneda de diez centavos. Y, en seguida, se agachó, diciendo:

—Míralo. ¡Ahí está!

—Sal de ahí inmediatamente —dijo, muy seria, su hermana mayor.

Ricky hizo lo que le mandaban, sacudió primero un pie, luego otro, y se sentó en el borde del estanque para calzarse.

—Nos ha llamado por teléfono Oz —explicó Holly, inocentemente.

—¿Y qué quería? —preguntó Pam.

—Quería que estuviéramos a la una y media en punto en un callejón que hay junto al cine —explicó Ricky.

Pete miró su reloj. Todavía no era la una y media.

—Yo creo que es una trampa, Pero no se le habrá ocurrido a Oz. Debe de ser cosa de Joey.

Después de haberse puesto los calcetines y zapatos, Ricky se puso en pie y miró a su alrededor.

—¿Dónde está Leo? —preguntó de repente.

Los ojos de todos los niños buscaron al gran perrazo de San Bernardo… No aparecía por parte alguna.

Holly se lamentó, lloriqueando:

—¡Hemos perdido a Leo!

UN DESCUBRIMIENTO ASOMBROSO



—¡Leo! ¡Leo, ven! —llamaba Jean, mientras todos buscaban al desaparecido animal.

—¿A dónde puede haberse ido? —preguntó Teddy.

—Es un perro tan grande que en seguida lo veremos… ¡Si no lo han robado! —concluyó Pam.

Pete propuso que cada uno buscase al perro de San Bernardo por una dirección diferente.

—Nos reuniremos delante de la casa de comidas dentro de cinco minutos. Si entonces todavía no hemos encontrado a Leo lo comunicaremos a la policía.

Los niños se dividieron de dos en dos: Teddy y Jean, Pete y Ricky, Holly y Pam. Todos miraron tras los coches aparcados y los arbustos de la plaza de la ciudad, e incluso fueron a ver tras las

pequeñas tiendecitas con salida a la calle principal, pero no se veían ni rastro de Leo. Preguntaron a los peatones… Nadie recordaba haber visto al peludo perrazo de San Bernardo.

Por fin, los seis desilusionados niños se reunieron frente a la casa de comidas, Ricky y Holly eran quienes se sentían más pesarosos, porque habían sido ellos los que llevaron al animal a la ciudad.

A Pete se le ocurrió pensar que, acaso, alguna persona había logrado atraer a Leo al interior de su coche y en seguida se había marchado con el animal en el vehículo.

—Bueno. Lo que tenemos que hacer ahora es pedir a la policía que nos ayude a encontrarle —resolvió el muchachito.

Mientras decía esto salió Polvoriento de la casa de comidas.

—¿Por qué estáis tan tristes? —Preguntó el hombre, al darse cuenta de la expresión preocupada de los seis—. Estáis igual que si hubierais perdido a vuestro mejor amigo.

—Es que lo hemos perdido —afirmó Jean, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Leo se ha escapado!

—No os preocupéis. Ese viejo perezoso no habrá ido muy lejos —respondió el hombre, deseando animarles.

En aquel momento se le ocurrió echar un vistazo a su autobús, que había dejado estacionado junto al bordillo, hacia la mitad de la calle.

—¿Habéis entrado vosotros en el autobús? —preguntó.

—No —respondió Pam.

—Pues la puerta está abierta y yo la dejé cerrada.

Polvoriento corrió hacia su vehículo, seguido muy de cerca por los seis niños.

—¡Qué frescura tienen algunos clientes! —exclamó Polvoriento, apoyando ambas manos en sus caderas, mientras miraba al interior 4el autobús.

Todos subieron, descubriendo que el perrazo estaba dentro, tan tranquilo como si fuera un viajero de dos pies, sentado, esperando a que saliese el autobús.

—Hasta parece que se impacienta —observó Jean, yendo a abrazar al peludo animal.

—¡Fuf, fuf! —resopló Leo y todos se echaron a reír.

—Se ha tomado la libertad de abrir la puerta, ¿eh? —dijo Polvoriento—. Pues también va a pagar su billete. Vamos a ver, Leo. Son veinticinco centavos.

Teddy ayudó a levantar la pezuña derecha a su perro y el conductor del autobús fingió cobrar el billete.

—Gracias, hombre. Así está mucho mejor —rio Polvoriento.

Ricky objetó entonces:

—Pero todavía no volvemos a casa.

—Está bien. Leo ha pagado su billete para el próximo viaje —se conformó el conductor.

Los niños bajaron del autobús, seguidos por Leo.

—Es casi la hora de ir a buscar a Oz junto al cine —recordó Pete —. Hay que darse prisa.

A los pocos minutos llegaban en tropel bajo la marquesina del cinematógrafo y, cuando se acercaban al callejón, Pete dijo:

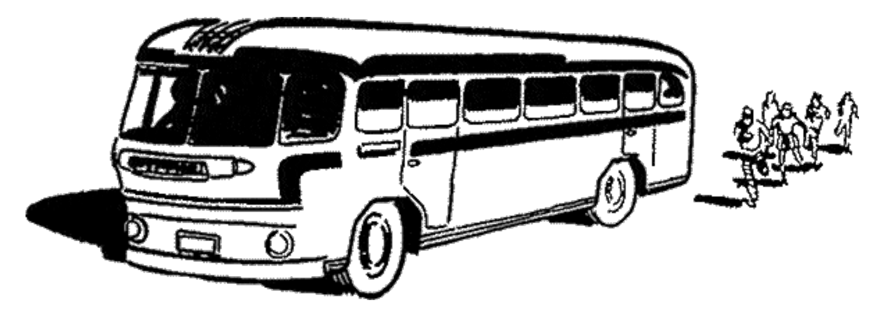
—Esperad aquí que voy a echar una mirada. Si esto es una trampa de Joey Brill hay que estar preparados.

Pete se arrimó a la pared del cine y miró hacia la otra esquina. En el callejón no había otra persona más que Oz Brill, que estaba en pie, junto a su bicicleta, y parecía muy abatido. Pete hizo señas a los otros para que siguieran y se aproximó a Oz.

—Hola, Pete —saludó Oz, demostrando alegrarse al ver al resto de los Hollister tras Pete—. ¿Qué tal estáis? Me alegro de veros.

—¿Qué quieres? —preguntó Pete desconfiando—. ¿Es que Joey ha preparado alguna trampa?

En pocas palabras Oz les explicó que estaba pasando una situación desagradable por culpa de la visita de Joey. Su primo no hacía más que provocarle y buscar pelea en cuanto podía.



—¿Y por qué hace eso? —preguntó Jean, mirando con gran

simpatía al niño de aspecto débil y apocado.

—Porque le dije que vosotros, los Hollister, me gustabais. Me retorció el brazo y me obligó a decir que me había equivocado.

—Bueno. ¿Y qué quieres que hagamos nosotros? —preguntó Teddy.

Oz bajó los ojos, avergonzado, respondiendo:

—No lo sé. Pero ¿no podríais conseguir que me dejase en paz mi primo?

—Me gustaría poderle hacer volver a Shoreham para que no siguiese molestándote —aseguró Pam, compasiva, y, al momento, preguntó—: ¿Te ha oído telefonear?

—No —replicó Oz, moviendo negativamente la cabeza—. He llamado desde la cabina pública que está junto al museo.

—Entonces te habrás enterado de lo del robo —dijo Jean.

—¿El robo? No. ¿Qué es?

Pam le puso en seguida al corriente de lo que había pasado.

—¿Has visto a alguien sospechoso salir del edificio, mientras telefoneabas, Oz? —preguntó luego la niña.

Después de pensar unos momentos, el chico repuso:

—La única persona que he visto ha sido un hombre que llevaba una bolsa oscura, muy grande. Fue muy de prisa hasta un coche antiguo y se alejó en él.

—¿Qué dirección tomó? —preguntó Pete, interesadísimo.

Cuando Oz repuso que había salido en dirección a la granja de los Hollister, las caras de todos se sonrojaron de excitación.

—¡Oz, ésa es una pista muy importante! —exclamó Pete—. Esa carretera es la única que sale de la ciudad hacia el oeste, ¿verdad, Teddy?

Cuando su primo le contestó afirmativamente, Pete propuso ir por aquella carretera en el autobús, por si veían el coche que Oz había descrito.

—¿Y yo qué? —Preguntó tristemente el delgaducho Oz—. ¿Qué voy a hacer?

Jean pensó unos momentos y al fin dijo:

—Tengo una idea. ¿Y si os invitamos a Joey y a ti a visitarnos para que paséis un día de diversión con nosotros?

—A mí me parece muy bien —afirmó Pam.

—Así podremos vigilar a Joey todo el día, si es que viene —observó Teddy.

Pam pensó que quizá lograría convencer a Joey para que fuera más amable con su primo pequeño.



Los ojos del chiquillo se iluminaron al oír todo aquello. Jean le prometió enviar en seguida una invitación y Oz se despidió de los Hollister y pedaleó hacía su casa, que se encontraba en Glenco.

—¡De prisa! —dijo Pete—. ¡Vamos a tomar el autobús! Va a salir en seguida.

Seguidos por Leo, que corría perezosamente tras ellos, los niños se lanzaron a toda velocidad hacia la parada del autobús. Polvoriento acababa de poner en marcha el vehículo y no habría visto a sus amiguitos si Pete no se hubiera adelantado y golpeado la puerta. El conductor frenó en seco y todos entraron en el autobús.

Dentro había media docena de pasajeros, entre ellos un señor mayor de aspecto gruñón. Al ver que Leo se subía a un asiento, aquel hombre llamó la atención del conductor, diciendo:

—¡No se permite llevar perros en los autobuses!

Polvoriento miró a todas partes con cara de inocencia, preguntando:

—¿Un perro?

—¡Sí! ¡Aquel grande que está ahí sentado!

Los niños esperaban excitadísimos la respuesta de Polvoriento, que dijo tranquilamente:

—¡Ah! Leo es diferente. Como se cree una persona…

—¡Humm! —gruñó el señor protestón—. Bueno. Adelante, adelante que tengo prisa.

Pete tomó asiento detrás del conductor y le preguntó si quería echar un vistazo por si descubrían el viejo coche de que Oz había hablado.

—Claro que lo haré —aseguró el hombre, guiñando un ojo—. Llevó demasiado tiempo siendo conductor de autobús. Me gustaría jugar con vosotros a los detectives.

Polvoriento y los niños iban mirando a derecha e izquierda mientras salían de la ciudad y luego por la carretera vecinal que llevaba a la granja de los Hollister. Habrían recorrido medio camino cuando Pete exclamó de repente:

—¡Mire, Polvoriento!

Pete señalaba hacia un caminillo lateral donde se veían huellas recientes de neumáticos que llegaban hasta la orilla de un arroyo, a corta distancia de la carretera.

—Merece la pena investigar —opinó Polvoriento, deteniendo el autobús.

Mientras los demás salían, Holly habló con el perro.

—Vamos, Leo. ¡Vamos!

Con un gruñido de resignación el perrazo se deslizó del asiento, se dirigió perezosamente hasta la puerta y saltó a tierra.

—Vamos, conductor —apremió acremente el viajero gruñón—. Continúe, que tengo muchísima prisa.

Polvoriento miró a Pete y con un encogimiento de hombros dijo:

—Lo siento, pero no puedo esperaros. Tengo que continuar el viaje.

—No importa —repuso Pete—. Gracias. Ya haremos a pie el resto del trayecto.

Cuando el autobús se alejó los niños siguieron las huellas de neumáticos hasta la orilla del riachuelo. Leo se tumbó a la sombra de un árbol.

—Éste es un buen lugar para la pesca —dijo Teddy—. He oído a papá hablar de él.

—¡Y el ladrón puede ser un pescador! —declaró Pam.

—Mirad. Allí hay otra vez huellas de dos ruedas de coche. Debió de bajar hasta el río y, un poco después, otra vez a la carretera. —Pete siguió la dirección de las huellas y, al volver junto a los otros, comentó—: Parece que el coche volvió a la ciudad.

—Pero ¿qué hacía ese coche por aquí? Eso es lo que yo quisiera saber —murmuró Teddy.

Los niños inspeccionaron el terreno por todas partes. Crecían eneas a ambos lados del riachuelo y, a cosa de medio metro, un gracioso sauce se arqueaba sobre un remanso del arroyo.

Ricky dio unos pasos por la orilla y de repente llamó a los otros.

—¡Eh! ¡Mirad! Ahí flota algo.

Todos se acercaron corriendo cuando Ricky señaló un trozo de tela negra que se movía en las ondeantes aguas. Aquella tela se había quedado prendida por un extremo en una de las ramas inclinadas del sauce.

—¡Puede que sea de la caja de las monedas! —Exclamó Pam—. ¿No os acordáis de que estaba forrada de terciopelo negro?

—¿Cómo podríamos coger esa tela? —preguntó Holly.

—Ese remanso es demasiado profundo para poder vadearlo —se lamentó Jean.

Pete resolvió el conflicto, diciendo:

—Tengo una idea. Voy a bajar hasta esa rama del árbol. Luego podré bajar por ella y cogeré la tela.

Entonces Jean acababa de descubrir una caña de pesca, oculta entre los arbustos. La niña sacó de su bolsillo un imperdible y llamó:

—Pete, puedes usar esto para coger esa tela —dijo, mientras clavaba el imperdible en la caña—. Así no tendrás que acercarte tanto al final de la rama.

—¡Buena idea! —afirmó Pete.

El chico cogió lo que su prima le ofrecía y, en seguida, empezó a trepar por el árbol, sobre las inquietas aguas.

—Ve con cuidado, Pete —le aconsejó Teddy—. No llegues demasiado al extremo de la rama. A mí fríe parece que está podrida.

Pete trepó con precaución hasta llegar a una zona del árbol que quedaba sobre el mismo centro del riachuelo. Entonces, sujetándose fuertemente con ambos pies y una de las manos, bajó la caña provista de imperdible y logró coger la tela que serpenteaba sobre el agua. En seguida, tiró hacia arriba de la caña.

—¡Ya la tengo! —exclamó Pete, triunfal.

Pero su grito fue seguido de un tenebroso «crack» que se produjo cuando la rama del sauce se quebró.

UN VIEJO MAPA



La rama del sauce se dobló, aunque sin partirse por completo; fue inclinándose lentamente hacia el agua llevando consigo a Pete. Cuando el extremo de la rama se hundió profundamente en las burbujeantes aguas, Pete quedó allí, inmóvil y desamparado.

A pesar de todo, el negro terciopelo seguía en el agua a pocos centímetros de sus dedos. Mientras desde la orilla, los demás gritaban dándole ánimos, él cogió del agua la chorreante tela. Unida al fondo estaba la caja de madera de las monedas… pero vacía.

«¿Qué haré?» se preguntó Pete, contemplando el agua que se agitaba a poca distancia de él.

Podía tirarse al agua y llegar a nado a la orilla o bien podía intentar retroceder trepando por la doblada rama.

—Prueba a volver trepando por la rama —apuntó Teddy—. ¡Prueba a hacerlo!

Pete no podía colocarse sobre la rama, así que estando cogido por la parte de abajo apenas podía avanzar más que centímetro a centímetro, teniendo sumo cuidado de no caer ni perder la caja de las monedas.

Tenía los músculos cansados y notaba las piernas y brazos entumecidos, pero, a pesar de todo, Pete no se desanimó. Por fin logró dejar atrás la parte doblada de la rama. Una vez se encontró sobre la parte sólida, lanzó hacia la orilla la caja, que fue a caer junto a los pies de Pam. Hecho esto, Pete pudo seguir trepando rápidamente por el árbol, hasta encontrarse a salvo.

—Apostaría algo a que sé lo que ha pasado —dijo Pam, después de que Pete hubo saltado sobre la arena de la orilla—. El pescador vino hasta aquí, sacó las monedas y tiró el estuche al agua.

—Eso es —asintió Holly—. Seguramente el agua había arrastrado el estuche hasta muy lejos y nadie lo habría encontrado nunca.

—Pero, en lugar de ocurrir eso, se ha quedado embarrancado —añadió Jean.

Pam escurrió el agua que empapaba el forro suelto, Pete se colocó la caja bajo el brazo y todos echaron a andar en dirección a la granja de los Hollister. La señora Hollister y tía Marge se sintieron muy tranquilizadas al verles llegar.

—¡Ricky! ¡Holly! —dijo la madre severamente—. No volváis a salir de casa sin decirme a dónde vais.

—Perdona, mamá —se disculpó Holly—. Es que no creí que estuviéramos fuera tanto rato.

—Estoy muy enfadada con vosotros —hizo saber Sue, dando un puntapié en el suelo en señal de protesta—. Yo también quería ir. —En seguida sonrió, añadiendo—: Pero he estado muy bien en casa porque tía Marge y yo hemos hecho bollos.

Pam explicó a su madre que todo había salido bien y que habían encontrado una pista del robo de las monedas.

—Y nos gustaría invitar a Joey y a Oz a que nos vengan a ver —dijo Jean.

Al ver la expresión de asombro de las dos madres, Pam contó todo lo ocurrido desde que habían salido de casa por la mañana.

—¡Santo cielo! ¡Qué novedades tan excitantes! —exclamó tía Marge—. Naturalmente, invitaremos a Joey y a Oz para que pasen un día con nosotros.

Al enterarse de que su padre y tío Russ estaban en el estudio de dibujo, Pete corrió al edificio a enseñarles el vacío estuche de las

monedas.

—Buen trabajo —alabó el señor Hollister—. Creo que deberíais notificar esto inmediatamente a la policía.

Pete telefoneó al cuartelillo de policía de Crestwood y el sargento Costello dijo que mandaría en seguida a uno de sus hombres a recoger el estuche.

—Hasta ahora habéis descubierto más que nosotros —dijo el oficial a Pete—. Seguid, seguid con tan provechosas pesquisas.

Media hora más tarde por el camino de coches de casa de los Hollister penetraba un coche de la policía. Uno de los hombres del sargento Costello se llevó a Crestwood la, todavía, húmeda caja.

Aquella noche después de cenar, tía Marge telefoneó a la señora Brill para invitar a los dos muchachos a que fueran al día siguiente a pasarlo con los niños Hollister. La tía de Joey aceptó y prometió llevar ella misma a Joey y a Oz.

Antes de que la familia se sentase a desayunar, a la mañana siguiente, Pam tuvo que estar llamando a Sue, que no aparecía por ningún sitio.

—Estoy aquí —repuso al fin la vocecita de la pequeña, hablando desde el exterior de la casa.

Pam salió corriendo hacia el patio trasero y encontró a su hermanita montada sobre el lomo de Leo. El hermoso can de San Bernardo caminaba lentamente con aire tristón.

—No quiere galopar —protestó Sue—. Y yo tengo que jugar a indios y vaqueros.

Pam levantó en seguida a la niñita del lomo del fatigado animal y le explicó que Leo no era un caballo.

Mientras desayunaban, los niños hicieron planes para pasar el día.

—Tenemos tiempo para hacer algún trabajo de detective antes de que lleguen Joey y Oz —opinó Pete—. Pam, podíamos ir al rancho Spencer para hablar con el señor Spencer del chelín del Roble.

A Teddy y Jean les pareció una buena idea y dijeron que, mientras, ellos harían algunos trabajos en la granja.

—La propiedad del señor Spencer es un gran rancho que hay bajando por la carretera —explicó Teddy—. No podéis equivocaros

de sitio porque hay un letrero a la entrada.

Antes de que él y Pam echasen a andar por la carretera, Pete se aseguró de que llevaba la moneda en el bolsillo. Cuando iban de camino, el autobús de Polvoriento pasó junto a ellos y él tocó la bocina y les dijo adiós, poniendo dos dedos en forma de V, como en señal de victoria.

—Debe de haberse enterado de que hemos encontrado la caja de las monedas —dedujo Pete, sonriendo.

Recorrida media milla de la carretera llegaron a un rancho, rodeado por un muro bajo de piedra. Traspasaron una verja con un letrero de hierro forjado en el que se leía: «Eric Spencer», y avanzaron por un amplio camino de coches, cubierto de grava y bordeado por altos árboles. Al fondo se elevaba una vieja mansión con grandes pilastras blancas, al estilo colonial del Sur.

El señor Spencer salió a recibirles a la puerta.

—Bienvenidos, jóvenes detectives —saludó—. Precisamente iba a telefonear a casa de vuestros primos para felicitaros por la magnífica pista que encontrasteis ayer.

Pam se sonrió por aquella alabanza y Pete sonrió ampliamente.

—Vamos a ver. ¿Y para qué queríais verme? —preguntó el señor Spencer cuando les condujo hasta una sala de elevado techo.

Después de que los dos hermanos se hubieron sentado en un sofá tapizado de brocado, Pete sacó el misterioso chelín del Roble y se lo mostró al dueño de la casa.

—¡Ah! ¡Sí! Es la moneda que encontró ayer aquel policía. ¿De dónde la habéis sacado?

Pete le explicó que había encontrado una caja enterrada entre las raíces de un árbol y Pam añadió:

—Ese árbol estaba en una propiedad que había sido del padre de usted, así que esta moneda, en realidad, le pertenece a usted.

El señor Spencer levantó una mano y con una sonrisa, dijo:

—Podéis quedaros con ella. A mí no me serviría para nada y, además, puede ser que vosotros resolváis el misterio que parece rodearla.

—La verdad es que era para eso precisamente para lo que queríamos verle, señor Spencer —dijo Pete—. ¿Quién cree usted que pudo haber enterrado la moneda?



El señor Spencer se reclinó en su asiento. Lanzó a lo alto el chelín, recogiéndolo en el aire, con una expresión ausente, como si estuviera recordando cosas muy lejanas.

—Mi padre era un hombre excéntrico en muchos aspectos —murmuró—. Acostumbraba a esconder cosas y a enterrar documentos valiosos. Por ejemplo, existe una vieja escritura sobre una propiedad que está tan bien escondida que hasta ahora nadie ha podido encontrarla.

—¿Una escritura? —preguntó Pam.

—Sí. Es un documento legal sobre la venta de unas tierras y no sabéis la falta que me está haciendo… En cuanto a esta moneda, puede que tenga algo que ver con un documento que encontré en la caja fuerte de mi padre.

El señor Spencer devolvió a Pete el chelín y se excusó por marcharse un momento. Regresó a los pocos minutos con un papel con los bordes amarillentos.

—Sí. Es lo que yo creía —dijo el hombre—. Este viejo memorándum de mi padre cita «algo de gran valor oculto en el roble del tesoro».

El nerviosismo que Pete y Pam experimentaron les hizo enrojecer.

—¿Y qué puede ser eso? —exclamó la niña.

—¿Y dónde está el roble del tesoro? —preguntó Pete perplejo.

—Me temo que esto sea tan difícil como encontrar una aguja en un pajar —opinó el señor Spencer.

—Pues yo estoy segura de que hay que encontrarlo en alguna parte —se apresuró a decir Pam—. ¿La figura del pájaro no significa algo para usted, señor Spencer?

El hombre pensó unos momentos y, al fin, movió la cabeza de un lado a otro.

—Temo que éste sea uno de los misterios de mí padre que no llegarán a resolverse nunca.

Cuando el dueño de la casa acompañó a sus visitantes a través del espacioso vestíbulo, hasta la puerta principal, Pete se fijó en un gran mapa colgado en la pared. Estaba cubierto por cristal y rodeado por un bonito marco. Al ver que el muchacho se quedaba un momento mirándolo y titubeando, el señor Spencer explicó que

se trataba de un mapa de aquella región.

—Mi padre lo tenía en mucha estima, probablemente porque le recordaba sus días de juventud, cuando Crestwood era un pequeño pueblo.

De improviso, Pete tuvo una idea. A lo mejor el viejo mapa podía proporcionar una pista sobre el lugar en que estaba el roble del tesoro… Cuando dijo aquello al señor Spencer, éste rio, diciendo:

—Nunca he visto a nadie más interesado en buscar indicios. Si queréis estudiar este mapa, os lo presto gustosamente, siempre que me prometáis tener cuidado con él.

Cuando Pete y Pam prometieron tratar bien aquella reliquia, el señor Spencer descolgó el mapa de la pared y lo puso en manos de los niños.

—Has tenido una gran idea, Pete —dijo Pam, cuando salieron.

Los dos hermanos se alejaron por el camino de coches y volvieron a tomar la carretera, camino de casa de sus primos.

Pete, que era quien llevaba el mapa, no podía resistir la tentación de echarle de vez en cuando una ojeada, pero algunas letras eran tan pequeñas que no podía distinguirlas a la deslumbradora luz del sol.

—Utilizaremos la lupa en cuanto lleguemos —propuso Pam, mientras avanzaban a buen paso por la orilla de la carretera.

Cuando llegaron, toda la familia Hollister se disponía a dar principio a la comida. Pete fue a dejar el mapa con todo cuidado sobre su cama y volvió a reunirse con los demás en la mesa.

—Joey y Oz todavía no han llegado —dijo la señora Hollister—, pero suponemos que vendrán después de comer.

A continuación informó a los niños de que tía Marge, el señor Hollister y ella tenían que ir a la ciudad. Tío Russ había de quedarse a trabajar en el estudio y, por lo tanto, los niños solos tendrían que encargarse de atender a Joey y a su primo.

—Mucho cuidado, ¿eh? —Advirtió tía Marge—. Que no haya discusiones.

Pam pensó, confiada, que Joey se sentiría tan interesado por las novedades que podía ofrecerle la granja que olvidaría sus travesuras.

—Y de Oz ya nos cuidaremos bien —prometió.

Después que los mayores se marcharon, Pete y Pam llevaron el viejo mapa al cuarto de estar para enseñárselo a Teddy y Jean, Pam llevó la lupa y todos lo estaban estudiando atentamente cuando un coche subió por el camino.

Pam se asomó inmediatamente a la ventana y en seguida anunció:

—Es la señora Brill con Oz y Joey.

Los niños salieron a recibir a sus invitados.

—Muchas gracias por haber invitado a los niños —dijo amablemente la señora Brill—. Luego vendré a recogerles, en fin, que seáis buenos y os divirtáis mucho.

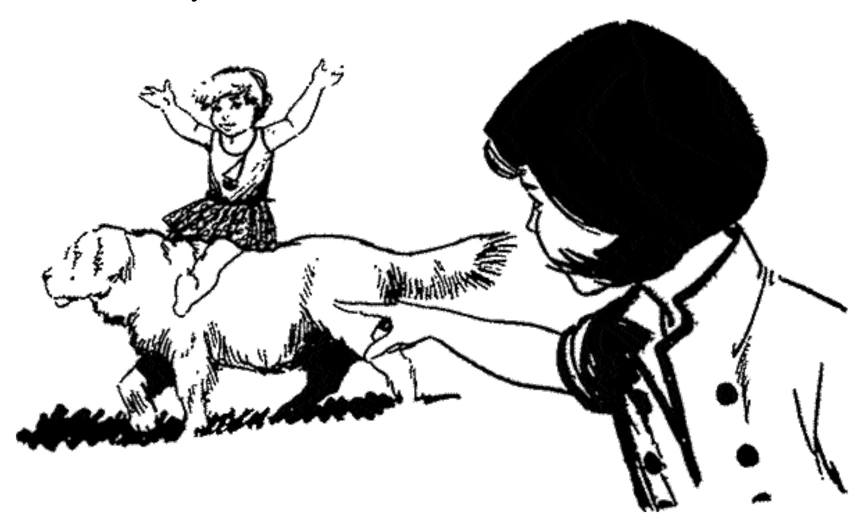
Antes de que se hubiera alejado su tía, ya Joey se había fijado en la carretilla situada frente al granero. En aquel mismo momento Leo se aproximó jovial a lamer una mano a Oz.

—Me ha reconocido —dijo el niño muy contento.

—¿Cuándo habías visto a ese perro antes de ahora? —preguntó Joey con una expresión suspicaz.

Pero ninguno de los niños le habló de que se habían visto el día antes con su primo en la ciudad.

—Leo es muy cariñoso con todo el mundo —afirmó Jean.



—Bueno. Lo primero que quiero hacer es dar un paseo en esa carreta —hizo saber Joey.

—Tú eres muy mayor para eso —declaró Teddy.

—Claro que sí, como que soy el más fuerte de todos… —presumió Joey.

En seguida cogió a Leo por el collar, puso los arneses al animal y subió luego en la carreta, exclamando:

—Soy el conductor de un carro romano. ¡Arre! ¡Arre!

Leo no se movió, sino que volvió la cabeza y miró a Joey con ojos tristones.

—¡Anda, corre, perro estúpido! —gritó el chico—. ¡Llévame a dar un paseo!

Como Leo seguía sin moverse, Joey saltó de la carreta y cogió un palo.

—¡No te atreverás a pegarle! —gritó Pam.

Pete no dijo nada, pero dirigió a Joey una mirada que hizo que el camorrista comprendiese que el otro no pensaba tolerar tonterías.

—Está bien —se suavizó Joey—. Entonces hagamos un juego. ¿Qué os parece? ¿Jugamos a perseguir al jefe? ¡Yo soy el jefe!

—Muy bien —asintió Pete.

La idea gustó a todos, incluso a Sue, que insistió en jugar también. Pam cogió de la mano a su hermana menor y Joey echó a correr. Salió hacia el granero y luego por el campo y saltó al otro lado de una valla baja. Los otros le seguían de cerca. A Oz le resultó difícil saltar la valla y Pete esperó al muchachito enclenque, mientras Ricky y Holly corrían muy cerca de Joey.

—¡Fijaos! Yo hago las cosas mejor que nadie —gritó el chico, trepando por un pequeño árbol, para descender luego por una rama y saltar al suelo.

Ahora Joey quedaba muy apartado de sus perseguidores. Corrió entonces hacia el granero y, cuando Ricky y Holly cruzaron la puerta, siguiéndole, no pudieron verle.

—Debe de haberse metido en aquel campo de hierbas tan altas —opinó Holly, echando a correr hacia donde decía.

Cuando Pam y Sue penetraron en el granero, Joey saltó de improviso desde detrás de un haz de heno, en donde se había escondido, y bloqueó el paso por la puerta.

—Déjanos salir —pidió Pam.

Joey dio un empujón a la niña, tirándola al suelo, y en seguida

salió corriendo y cerró la puerta. Pam y Sue le oyeron echar el cerrojo.

—¡Ahora atraparé a ese perro perezoso! —gritó Joey, amenazador.

LA COLINA DEL ÁGUILA DE CABEZA BLANCA



—¡Joey, no te atrevas a pegar a Leo!

Gritando así, Pam corrió hacia la puerta del granero, pero no pudo abrirla porque estaba bien cerrada desde fuera. Entonces empezó a golpearla con los puños. Como única respuesta, Joey estalló en carcajadas.

—Ven aquí, Leo. Ven aquí —llamó luego el chico.

Pam oía su voz con acento de falsa amabilidad.

«Si por lo menos pudiera llamar pidiendo ayuda», pensó Pam. Levantó la vista al desván; se subía a él por unas escaleras y arriba había una amplia ventana. Pam y Sue ascendieron por los escalones. La mayor de las niñas manipuló en la ventana, pero ésta no se movía. Fuera vio a Joey Brill ocultando un palo a la espalda y

aproximándose al desprevenido perrazo.

—¡No, Joey, no le pegues! —gritó otra vez Pam.

El camorrista volvió la vista hacia arriba y al ver las caras de las niñas blandió el palo ante ellas. En aquel momento, Leo se irguió, apoyándose sobre sus cuartos traseros y plantó tranquilamente sus peludas patas en los hombros de Joey.

—¡Baja! ¡Baja! —exclamó el chico, retrocediendo.

Leo dio hacia delante los pasos que él daba hacia atrás y luego lamió la cara del muchacho.

—¡Apártate, animalote! —gritó el camorrista.

Las caras de susto de las niñas cambiaron de expresión, tornándose risueñas. Sue dijo entre risillas:

—Están bailando. ¡Qué bonito!

Entretanto, Joey no sabía cómo desprenderse de Leo. Las patas del animal se apoyaban pesadamente en sus hombros y le impedían utilizar el palo. Volviendo la cabeza, Joey vio a las niñas que se estaban riendo de él. Rojo de rabia, dio un traspiés y cayó de espalda.

En aquel mismo momento llegó Pete, seguido de los demás que jugaban a «seguir al jefe». Pete dio un verdadero alarido de risa al ver tan divertida escena.

—Tú ganas, Joey. Tú haces las cosas mejor que nadie —dijo.

El camorrista se puso torpemente en pie, con la cara muy encarnada. Mientras tanto Pam bajó rápidamente del desván y empezó a golpear la puerta del granero. Teddy la oyó y corrió a abrir, pero Joey no esperó a ser acusado. Salió a la carrera y cruzó un campo, camino de los bosques, mientras Pam explicaba todo lo ocurrido.

—Le está muy bien empleado —afirmó Jean, al enterarse del feo truco de que el chico se había valido.

—La peor cosa que uno puede hacerle a Joey es reírse de él —dijo Pete—. Bueno. Nos hemos librado de él por un rato. Ahora podremos divertirnos tranquilos.

Aunque no decía nada, Oz se sentía muy complacida de estar a solas con los Hollister.

—Venid. Bajaremos al cuarto de jugar de los sótanos —propuso Jean.

Todos, excepto Pete y Teddy, bajaron ruidosamente las escaleras y entraron en una gran habitación muy revuelta y bien iluminada. Allí había una mesa de ping-pong, un fonógrafo con discos y a un lado una mesa escritorio llena de papel y lápices.

—¿Puedo hacer un dibujo? —preguntó Oz.

—Claro. Si te gusta… —repuso Jean.

Oz dijo que le gustaba mucho dibujar y, mientras los otros les observaban con admiración, hizo rápidamente un boceto de Pam.

—¡Estupendo! —declaró Ricky—. ¿Quieres hacerme también a mí un retrato?

Mientras Oz se divertía haciendo retratos de sus amigos, Pete y Teddy fueron al cuarto de estar, cogieron la lupa y se pusieron a estudiar el mapa cubierto por cristal, con la esperanza de encontrar alguna pista.

—¡Zambomba! —exclamó Pete, mientras su dedo reseguía la carretera principal de Crestwood—. Casi no había ninguna calle lateral de las que hay ahora.

La zona en que se hallaba actualmente la granja de los Hollister no era en el mapa más que un solar vacío. El rancho Spencer estaba claramente marcado y sus límites alcanzaban al borde del mapa. Pete advirtió algo escrito en letra muy pequeña y que quedaba casi oculto por el marco. El muchacho colocó la lupa sobre las diminutas letras. Los dos primos deletrearon: «Colina del Águila con Cabeza Blanca».

—¿Tú crees que esto estaba en el viejo rancho, Teddy?

—Eso parece.

—¡Oye! —exclamó Pete, haciendo chasquear los dedos—. ¿Te acuerdas del pájaro de la moneda antigua? ¿No podría representar al Águila de cabeza blanca?

Inmediatamente, los dos muchachos estudiaron de nuevo la moneda bajo el cristal de aumento.

—Puede ser un águila de cabeza blanca.

—¿Crecen robles en la colina del Águila de Cabeza Blanca? —fue la próxima pregunta de Pete.

—Yo no he estado nunca allí. Pregúntaselo a papá.

Llevando Pete el mapa enmarcado, los dos muchachos corrieron hacia el estudio de tío Russ. Cuando dieron la vuelta a la esquina de

la casa una voz preguntó:

—¿A dónde vais, amigos?

Los dos primos titubearon un momento antes de volverse y ver a Joey Brill. Tenía el brazo levantado y en la mano sostenía un gran pedrusco.

—¡No lo tires! —le advirtió Pete.

—¡No puedes reírte de mí y quedarte tan tranquilo! —gritó el camorrista.

Pete y Teddy salieron como flechas hacia el estudio de dibujo. La piedra salió disparada de la mano de Joey y surcó el aire.

—¡Cuidado, Pete! —advirtió Teddy.

Pero fue demasiado tarde. El pedrusco fue a estrellarse en mitad del mapa y el cristal se deshizo en cien pedazos.

—¿Qué has hecho, Joey Brill? —gritó Pete, enfurecido—. Esto es una cosa de valor y no es nuestra.

—¿Y a mí qué me importa? —se mofó Joey, en el mismo instante en que tío Russ salía de su estudio.

—¿Qué es todo este alboroto? —preguntó el dibujante, contemplando los menudos trozos de cristal caídos a los pies de Pete.

Cuando le dijeron lo que había sucedido, tío Russ ordenó a Joey que se acercase y recogiese los vidrios.

—No queremos tiradores de piedras en esta granja —reprendió tío Russ, muy enfadado—. Si buscas más complicaciones antes de que llegue tu tía, yo mismo te llevaré a tu casa en mi coche. ¡Y ahora coge una escoba y una pala del granero y limpia todo esto!

Cuando Joey obedeció, Teddy explicó que el viejo mapa pertenecía al señor Spencer. Tío Russ dijo entonces:

—Venid, muchachos. En el estudio tengo cristal y herramientas. Dejaremos esto otra vez como nuevo.

Mientras su tío buscaba un cristal de la medida adecuada, Pete le hizo preguntas sobre los robles de la colina del Águila de Cabeza Blanca.

—Puedo asegurar que no recuerdo si crece allí algún árbol —contestó tío Russ—. Hace años que no voy por el rancho Spencer.



El hombre colocó el mapa sobre su ordenada mesa de trabajo y luego, con un delgado formón, empezó a levantar la parte posterior para poder insertar el cristal nuevo.

Cuando el último de los menudos clavos quedó suelto, la cobertura posterior se desprendió. Inmediatamente debajo había un trozo de cartón que Pete levantó.

Para sorpresa de todos, entre el cartón y el mapa apareció un documento que tenía todo el aspecto de ser un legado.

—¿Qué es esto? —preguntó tío Russ al coger el pliego de grueso papel.

Una sensación de cosquilleo empezó a recorrer el cuello de Pete, llegándole hasta el cráneo.

—Tío Russ —dijo de pronto el muchacho—, esto parece una escritura…

Su tío estudió atentamente el documento.

—Creo que lo es, Pete, y que tiene algo que ver con la propiedad Spencer.

Teddy prorrumpió en un grito de guerra.

—¡Puede que sea la escritura desaparecida de que nos han hablado, Pete!

—No vuelvas a guardarla, tío Russ —pidió su sobrino—. El señor Spencer querrá verla.

A los muchachos casi les faltaba paciencia para esperar a que el dibujante reparase el estropeado mapa y después de ponerle el

cristal lo colocase de nuevo en el marco.

—¡Vamos, Teddy! ¡Tenemos que ver al señor Spencer ahora mismo! —dijo Pete.

Sonriendo ante sus prisas, el tío Russ ofreció a los muchachos llevarles a la vieja hacienda. Después de decir a los niños que estaban en el cuarto de jugar a dónde se iban, los dos muchachos fueron al coche. Cuando tío Russ les dejó ante la puerta de la vieja mansión dijo que les esperaría para llevarles de nuevo a casa.

Los dos primos subieron corriendo las escaleras. Teddy llevaba el mapa y Pete la escritura. Esta vez fue la doncella del señor Spencer quien salió a abrirles. Cuando Pete le dijo quiénes eran él y su primo y pidió ver al señor Spencer, ella respondió:

—No creo que pueda recibiros ahora.

—Pero es que… Por favor, dígale que es muy importante —rogó Pete.

—Está bien —dijo la mujer a regañadientes—. Se lo diré.

—¡Zambomba! —musitó Pete a su primo—. Tenemos que verle ahora. ¡Esta pista es muy importante!

Momentos más tarde apareció la muchacha y condujo a los chicos a un acogedor estudio donde el señor Spencer estaba sentado tras una gran mesa de caoba.

—Hola, muchachos —dijo el dueño de la casa—. ¿Habéis encontrado alguna pista de la vieja moneda?

—Hemos encontrado algo más importante —exclamó Pete con entusiasmo, y acercándose, colocó el documento sobre la mesa—. ¡Mire!

El señor Spencer miró el documento con perplejidad.

—Pero…, pero ¡si es la escritura desaparecida! ¿Dónde la habéis encontrado?

Cuando Pete le explicó todo lo ocurrido, el señor Spencer movió lentamente la cabeza, murmurando:

—¡Y pensar que ha estado en mi propia casa todos estos años bajo mi propia nariz…! ¡No sabéis lo que esto significa para mí, muchachos! Mi reclamación de la colina del Águila de Cabeza Blanca casi se había puesto en duda. Ahora sé con seguridad que esa propiedad me pertenece.



Los chicos se miraron uno a otro con los ojos muy abiertos.

—¡La colina del Águila de Cabeza Blanca! ¿Crece algún roble allí? —quiso saber Pete.

El señor Spencer se volvió hacia un gran ventanal situado tras su mesa y señaló una colina que se veía a cosa de un kilómetro de distancia.

—La colina del Águila de Cabeza Blanca está coronada de viejísimos robles.

Teddy dio un codazo a su primo.

—¡Pete! —exclamó—. ¡Lo resolveremos todo!

LA PISTA DEL BOCETO



—¡No corras tanto, Teddy! Ni siquiera sabemos si el tesoro está ahí todavía —advirtió Pete.

—Además, en esa colina hay docenas de robles. —Dijo el señor Spencer, añadiendo—: Si queréis ir a inspeccionar por allí, seguid la carretera particular que sale de la parte posterior de la casa. Llega hasta el pie de la colina del Águila de Cabeza Blanca. El resto del camino podéis hacerlo a pie. Si veis a Rogers, el guardián de la finca, decidle que yo os he dado permiso para que exploréis esa zona.

Después de dar las gracias al señor Spencer, los dos primos marcharon, y fueron a reunirse con el tío Russ, que les esperaba en el coche.

—¡Veo que aún podréis desentrañar este misterio! —exclamó tío Russ cuando los muchachos le explicaron lo que el señor Spencer había dicho—. Y si lo conseguís, vuestra aventura me servirá de

base para mi próxima historieta cómica.

Los tres se alejaron en el coche, dando la vuelta a la casa y embocando luego una polvorienta y serpenteante carretera. Pronto los campos de la hacienda dieron paso a espesos bosques y, cuando la carretera quedó cortada, los tres viajeros se encontraron en un bosque de robles y pinos.

Tío Russ detuvo el coche y los tres emprendieron la marcha a pie por la ladera escalonada que conducía a la cima de la colina del Águila de Cabeza Blanca. Aunque en el cielo brillaba un sol ardiente, en los bosques hacía fresco y os muchachos aspiraban prolongadas bocanadas de aire puro mientras se abrían paso entre la arboleda.

—¡Ya llegamos a la cumbre! —exclamó Pete, adelantándose en compañía de Teddy.

Los muchachos llegaron a un claro del bosque de forma circular, rodeado por completo de robles, varios de los cuales habían quedado doblados o arrancados de raíz a causa del huracán. No se veía al guarda por ninguna parte.

—¡Qué panorama tan magnífico! —Dijo tío Russ, valiéndose de las manos para proyectar sombra sobre los ojos y mirando hacia una amplia extensión del otro lado de la colina—. Ahí está el campo de golf de Crestwood. He jugado allí varias veces.

Al poco, tío Russ se volvió a Pete y Teddy, preguntando:

—Bueno, muchachos, ¿cuál es el roble del tesoro?

Teddy se sentó sobre un tronco, rascándose la cabeza.

—Todavía falta mucho por resolver del misterio —confesó tristemente.

Pete miró los vigorosos árboles y suspiró:

—Me parece que tendremos que mirar los árboles uno a uno.

—Y hasta haciendo eso puede que no se solucione nada —le hizo notar su primo—. Como no mires todos los árboles por rayos X…

Pete dijo que, acaso, el señor Turner podría ayudarles en aquel problema; luego todos se pusieron en marcha en dirección al coche. Estaban a medio camino de la ladera cuando un gran ciervo cruzó a la carrera el camino. Pete se echó a reír, comentando:

—¡Zambomba! ¡Qué susto me ha dado!

—Y, hablando de sustos —dijo Teddy—, ¿cómo se las habrán arreglado para dominar a Joey?

Por suerte para los niños, la reprimenda de tío Russ a Joey había surtido efecto, pues el camorrista no fue a perturbar sus juegos mientras estaban en el cuarto de los sótanos.

Los Hollister se excitaban por momentos a medida que Oz iba dando muestras de su sin igual habilidad. Los retratos que hizo de Ricky, Pam, Holly y Sue eran tan buenos que los niños estaban impacientes por mostrárselos a tío Russ.

—Algún día serás un dibujante famoso como papá.

Las palabras de Jean hicieron sonreír radiante a Oz. Entonces Pam tuvo una idea.

—¡Oz! —exclamó—. ¿Sabes dibujar de memoria?

—Sí. A veces.

—¿Podrías hacer un dibujo del hombre que viste salir del museo cuando fueron robadas las monedas?

—Creo que podré —afirmó Oz, mientras Pam le entregaba un nuevo pliego de papel de dibujo.

Oz abatió sus estrechos hombros sobre la mesa y, meditando intensamente, hizo el dibujo de la cara de un hombre. Cuando estuvo concluido Pam dio un grito de asombro.

—¡Es el mismo hombre que vi junto a la fuente el domingo!

—¿Aquel que creíste que estaba buscando algo? —indagó Jean.

—Sí. Ése. ¡Nos has proporcionado una pista estupenda, Oz! Vamos a contárselo a tío Russ y a los chicos. Me parece que he oído el coche.

Cuando Pam y Jean subieron las escaleras del sótano, el dibujante entraba en el camino de la granja. Las niñas corrieron hacia el coche haciendo ondear una hoja de papel. Antes de que Pete, Teddy y tío Russ hubieran salido del coche, Jean gritó:

—¡Ya sabemos quién robó las monedas del museo! ¡Mirad, aquí tenemos su retrato!

—Vaya. Es un buen boceto —aseguró el padre de Jean—. ¿Quién lo ha hecho?

—Oz —contestaron las niñas a coro.

—Bueno, ¿y quién es ese hombre?

—No sabemos cómo se llama, tío Russ —dijo Pam—, pero el

otro día yo le vi paseando junto a la fuente que está frente al Ayuntamiento.

Una vez estuvieron todos en la sala, la excitación que despertaban aquellos misterios, fue haciéndose cada vez mayor. Cuando todos quedaron enterados de las novedades que tenían que comunicarse, Jean mostró a su padre más dibujos de Oz.

—Este muchachito tiene muy buen estilo —afirmó tío Russ, pasando un brazo sobre los hombros del niño delgaducho—. Tienes verdadero talento.

El niño se sintió muy complacido, mas, a pesar de ello adujo tímidamente:

—Pero yo quisiera ser detective como Pete y Pam.

—¿Y qué es lo que pensáis hacer ahora sobre estos asuntos? —preguntó tío Russ a los niños.

—Puede que llevemos a la policía el dibujo que ha hecho Oz del sospechoso, para que puedan empezar a buscar a ese hombre —sugirió Pete.

—Pero no estamos seguros de que sea él el ladrón —le recordó Pam—. No estaría bien que le arrestasen si no ha sido él. Tenemos que procurar ver primero a ese hombre para hacerle algunas preguntas. Así veremos si se porta como culpable.

Pete estuvo de acuerdo con su hermana.

—Y según cómo reaccione, entonces acudiremos a la policía.

—Lo primero que haremos, mañana por la mañana, será ir a la fuente a vigilar por si vuelve ese hombre —dijo Pam.

—Mientras vosotros os ocupáis de eso yo iré a ver al señor Turner para ver si él puede ayudarnos a descubrir cuál es el roble del tesoro —propuso Pete.

Tío Russ asintió:

—Me parecen muy bien esos planes. De ese modo podréis resolver los dos misterios.

Mientras él hablaba, se oyeron coches por el camino. Llegaba tía Marge con el señor y la señora Hollister, e inmediatamente detrás de ellos apareció el coche de la señora Brill que iba a buscar a Oz y a su sobrino. Joey no estaba a la vista, pero, cuando su tía le llamó, salió de una zona boscosa.

—¿No les ha dado ningún disgusto hoy? —preguntó la señora

Bill, mientras Joey cruzaba corriendo el campo en dirección al coche.

—Nada, nada —repuso tío Russ, generoso—. Creo que este chico necesita retozar por los bosques y quemar su exceso de energías.

Joey pareció tranquilizado, al ver que no se explicaba a su tía nada más. Entonces, él y Oz entraron en el coche.

—He pasado un buen rato, mamá —explicó Oz, nerviosísimo—. Pete ha solucionado el misterio del chelín del roble. Mañana, el señor Turner, el guarda forestal, le ayudará.



—Vuelve otra vez, Oz —le invitó Jean—. Puede que papá te dé lecciones para que dibujes historietas.

El enclenque muchachito parecía muy dichoso cuando su coche se puso en marcha.

Durante la cena, los inquietos niños volvieron a contar todos los sucesos del día. Cuando tío Russ empezó a trinchar un gran pollo,

Sue declaró que sentía mucha pena por el águila de cabeza blanca.

—Tiene gracia. ¿Y por qué? —preguntó su madre—. ¿No dices que te gustaría volar por el cielo como un águila?

—Sí. Pero es que ahora me acuerdo de que ese águila de cabeza blanca se debe parecer mucho a este pollo.

A todos les hizo gracia la ocurrencia y Pam explicó a su hermana menor que el águila de cabeza blanca se llamaba así sólo por la mancha blanca que tenía en la cabeza. No tenía ningún parecido con un pollo.

—Ah, bueno —dijo Sue, tranquilizada.

—Pete, ya no os quedan más que unos cuantos días para resolver estos misterios —recordó el señor Hollister a su hijo mayor—. Volvemos pronto a casa.

—¡Canastos! —Se alarmó Ricky—. Pero, papá, no podemos volver a casa hasta que esté todo arreglado.

—¡Qué lástima! —murmuró Holly, mientras pasaba el plato para que le sirvieran una segunda ración de la blanca carne del pollo—. Eso quiere decir que hace ya mucho que estamos aquí.

—Mañana dedicaremos el día a hacer investigaciones otra vez —dijo Pete, explicando luego a sus padres los planes que tenían.

El señor y la señora Hollister se mostraron conformes, aunque dijeron que les gustaría que Holly y Sue se quedasen en casa con Leo. Las dos pequeñas aceptaron y se sintieron contentas porque tía Marge prometió permitirles que la ayudasen a hacer pastelillos de manzana.

Cuando, a la mañana siguiente, Polvoriento pasó por la carretera en el autobús encontró a los Hollister esperando.

—Adentro todos —dijo el hombre, abriendo las puertas—. Hoy precios de billetes especiales. En lugar de una moneda de veinticinco centavos, sólo dos monedas de veinticinco centavos.

—Si en lugar de dinero fuesen mordiscos, ¿también pediría usted ración doble? —preguntó Jean con una sonrisa.

—Precisamente por si haces eso, es por lo que te cobro doble medio billete —dijo el conductor, haciendo un guiño a los otros niños.

Polvoriento puso en marcha el autobús que empezó a traquetear y rugir, avanzando en dirección a Crestwood. El conductor miró a

sus jóvenes pasajeros por el espejo retrovisor y preguntó:

—¿Dónde está el resto de la tribu?

—Están en casa, haciendo pastelillos de manzana —repuso Pam.

—¡Caramba con Leo! Por lo visto, es capaz de hacer cualquier cosa de persona.

Los niños se echaron a reír. Cuando llegaron a la plaza de la población el conductor despidió a sus jóvenes viajeros, diciendo alegremente:

—No os olvidéis de traerme un trozo del pastel de manzana que haya hecho Leo.

Después de decir al hombre, repetidamente, adiós con la mano, los niños iniciaron sus serios trabajos detectivescos. Se acordó que Pam, Jean y Teddy harían guardia en puntos estratégicos, cerca de la fuente, por si podían descubrir al ladrón de las monedas antiguas Entretanto, Pete y Ricky irían a visitar al señor Turner al Ayuntamiento.

Los dos muchachos se separaron, bajaron las escaleras camino de los sótanos y corrieron a la oficina del señor Turner.

—Buenos días —saludó amablemente el hombre—. ¿Qué están haciendo hoy estos jóvenes detectives?

—Necesitamos su ayuda, señor Turner —dijo Pete, explicándole luego cuáles habían sido las pistas que les habían llevado a visitar la colina del Águila de Cabeza Blanca.



—Si se ha escondido algo en uno de esos árboles, va a ser muy

difícil encontrarlo —opinó el guardabosques.

El señor Turner explicó que cualquier agujero o corte practicado en un árbol deja una señal que perdura siempre.

—Pero una rama rota deja la misma señal —añadió.

—¿Quiere usted decir que no se puede distinguir si la señal que queda ha sido hecha por accidente o a propósito? —preguntó Pete.

—Temo que es eso lo que ocurre. Y daría bastante trabajo examinar todas las marcas de esos viejos robles.

—Claro. Habría trabajo para meses —calculó Ricky con un suspiro.

—Exactamente. Y podría ser que nunca se llegase a encontrar el tesoro. —De repente los ojos del señor Turner se iluminaron—. Déjame ver otra vez esa moneda, Pete.

Cuando el muchacho le dio lo que él había pedido, el señor Turner lo estudió atentamente.

—Podría ser que las ramas de árbol que hay que buscar tengan una forma parecida a las de este roble de aquí.

—¡Zambomba! No había pensado en eso. Gracias, señor Turner.

—Pero también así existe un problema. Con los árboles llenos de hojas será difícil ver las ramas.

—De todos modos, lo intentaremos —afirmó Pete.

—Procuraré ayudaros —dijo el señor Turner.

—¿Cuándo? —quiso saber Ricky.

—Iré a buscaros mañana a las diez —prometió el guarda forestal.

—Estupendo.

Los dos muchachitos dieron las gracias al señor Turner y marcharon corriendo hacia la fuente, para ayudar a los otros. Cuando se aproximaban a los altos penachos de agua pudieron ver a Pam y Jean que atisbaban, ocultas entre los árboles. Teddy estaba agazapado tras un banco de poca altura.

Pam vio acercarse a sus hermanos y, casi al mismo tiempo, se fijó en un hombre que se acercaba a la fuente. El corazón de la niña empezó a latir aceleradamente. Era el hombre que había visto el domingo… y el mismo que había dibujado Oz. Pam estaba segura de que era el ladrón.

El hombre se acercó rápidamente a la fuente de los deseos y se

inclinó sobre ella, mirando dentro. Cuando él hizo aquello, Pam con una indicación hizo entender a los demás que debían aproximarse al desconocido.

Al verles, el hombre empezó a retroceder, pero Pam se colocó a su lado, preguntando:

—¿Sabe usted lo que ha pasado con las monedas desaparecidas?

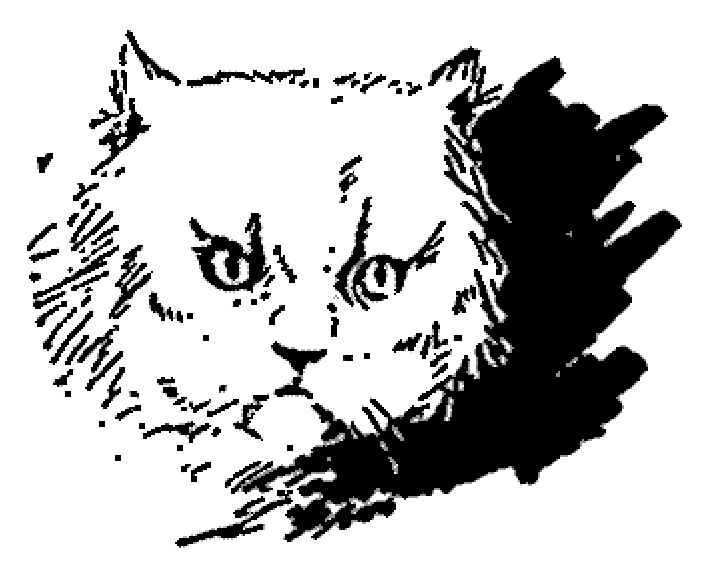
Los ojos del desconocido se abrieron inmensamente cuando vio el cordón formado por niños que se iba aproximando a él. Sin decir una palabra, el hombre se abrió paso entre Pete y Ricky, y de un empujón empezó a correr.

—¡Deténgase, ladrón! ¡Deténgase! —gritó Pam.

El hombre se lanzó en línea recta hacia un estropeado y viejo coche aparcado junto a la acera, mientras los niños se lanzaban furiosamente en su persecución. En una carrera desesperada, Pete y Teddy alcanzaron al hombre y le cogieron por los brazos, mientras Ricky daba un salto y se aferraba al cinturón del desconocido.

—¡Policía, policía! —gritó Jean.

GATITOS VOLADORES



El hombre luchaba y se debatía hasta que un policía de tráfico que cumplía su tarea cerca de allí se aproximó a ver qué sucedía.

—¿Qué es todo esto? —preguntó, mientras los muchachos soltaban a su presa.

—Nos parece que es este hombre quien robó la colección de monedas del museo —informó Pete.

—Qué voy a ser yo —protestó el hombre—. Estos chicos me han confundido con otro.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el policía al hombre cuyas manos temblaban ahora.

—Kip Lucas. Todo el mundo me conoce. Trabajo en cualquier oficio. He hecho tareas para todo Crestwood.

—¿Es usted ése a quién llaman «Lucas el Pescado»?

—Sí.

—Y es usted un gran pescador, según tengo entendido.

—Y nosotros hemos encontrado el estuche de las monedas en un

remanso del arroyo —intervino Teddy—. Este hombre es el ladrón. Seguro que lo es, oficial.

El guardia de tráfico no sabía a quién creer. Pero para asegurarse decidió llevar a Kip Lucas al puesto de policía que se encontraba detrás del Ayuntamiento. Los niños les siguieron entre las miradas de asombro de los viandantes, los cuales querían saber a qué se debía todo aquello.

En las oficinas de la policía estaba el sargento Costello sentado en su mesa.

—Hola, detectives —saludó al ver a los Hollister.

Al momento arqueó las cejas, fijándose en el policía de tráfico y en «Lucas el Pescado».

—Me parece que hemos cogido al ladrón de las monedas —le informó Pete.

Nuevamente, el apresado negó tener nada que ver con la desaparecida colección, pero Pam se apresuró a sacar del bolsillo de su blusa el boceto dibujado por Oz, y explicó dónde había visto a aquel hombre el joven artista. Cuando añadió que aquel hombre había querido huir, cogiendo su viejo coche, las rodillas de Lucas empezaron a temblar.

—Será mejor que digas la verdad, Pescado —le aconsejó el sargento, añadiendo—. He observado que llevas últimamente bastante tiempo sin trabajar. Te pasas la vida pescando.

El oficial explicó a los Hollister que Lucas era un hombre que solía hacer trabajos sueltos y variados, aunque anteriormente había sido cerrajero.

—¡Por eso pudo abrir el estuche de las monedas con un anzuelo! —adivinó Ricky.

Lucas inclinó la cabeza, murmurando:

—¿Así que también habéis encontrado el anzuelo…? Está bien. Yo cogí las monedas… Pero ¡eran mías!

—¿Tuyas? —preguntó el sargento en voz sonora—. ¿Qué te hace pensar así?

Muy triste y abatido, «Lucas el Pescado» explicó una historia que sorprendió a los niños. Dijo que era hijo de Silas Lucas, el cual fue sirviente del viejo señor Spencer.

—Mi padre trabajó con él mucho tiempo y siempre le fue muy

fiel y el viejo señor Spencer prometió dejarle en herencia algunas monedas de valor.

—¿Y no llegó a dejárselas? —preguntó Pam amablemente.

—¡No! ¡Las monedas pasaron al museo poco antes de que muriera mi padre!

—¿Y cómo podemos saber que dice usted la verdad? —preguntó el guardia de tráfico.

—Tengo una prueba —replicó el interrogado.

«Lucas el Pescado» sacó su cartera, rebuscó entre unos papeles y sacó una vieja carta, tan deteriorada que estaba casi dividida en pedazos. La colocó sobre una mesa del oficial, y Pete y Pam se inclinaron por encima del hombro del sargento para leer lo que decía.

Estaba escrita en tinta, firmada por Eli Spencer y en ella se prometían seis valiosas monedas a Silas Lucas. Pete leyó la lista en voz alta:

—Un chelín de Nueva Inglaterra, una moneda de seis peniques del sauce, medio dólar del año 1796 y tres dólares de plata de los años 1794, 1797 y 1836, respectivamente. ¡Zambomba! ¡Qué monedas tan buenas! Valen mucho dinero.

—Sí. Parece que a su padre le prometieron algunas monedas —admitió el sargento Costello.

—Pero puede que no sean las mismas que dejaron al museo —objetó Teddy.

—Nosotros lo averiguaremos. ¿Tienes la lista de las monedas robadas, Pete? —preguntó Pam.

—Sí. Aquí está —replicó su hermano, sacando del bolsillo el pliego de papel mecanografiado que el sargento Costello le había dado el día del robo.

—Bueno. Veo que no necesito sacar mi copia —dijo el sargento, haciendo un guiño a los niños.

Entre él y los niños compararon los nombres de las monedas robadas. Ninguna de ellas estaba incluida en la lista que les había mostrado «Lucas el Pescado».

—¿Lo ves? —dijo el oficial, severamente—. Las monedas que has robado no te pertenecen a ti ni pertenecían a tu padre. De modo que devuélvelas.

«Lucas el Pescado» miró a los niños, bajó la vista al suelo, pero no contestó.

—Si no lo haces tendremos que registrar tu casa —amenazó Costello.

Al momento sacó unas esposas que llevaba en el cinto y estaba a punto de ponérselas en las muñecas al detenido, pero Pam intervino:

—¡Por Dios, no haga eso! El señor Lucas no se escapará. ¿Verdad que no?

La expresión de Kip Lucas se tornó muy hosca. Entonces movió lentamente la cabeza, diciendo:

—¿Escaparme? ¿Y a dónde iría?

—Está bien —consintió el sargento—. Eres una niña muy amable, Pam. Si Lucas nos dijera dónde ha escondido las monedas creo que hasta le dejaría marcharse, a pesar de su idea equivocada respecto a que las monedas del museo le pertenecen. Jackson —dijo al guardia que había arrestado a Lucas—, iremos todos a casa de Pescado. Estoy seguro de que las monedas están allí.

El sargento condujo a todos hacia los coches de la policía, aparcados en la acera.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¡Qué divertido va a ser pasear en un coche de la policía!



El sargento Costello, «Lucas el Pescado» y los dos muchachos mayores se colocaron juntos, mientras el policía Jackson llevaba a

los demás niños en un segundo coche. Iniciaron la marcha en dirección a Glenco, se metieron por un camino vecinal y fueron a detenerse ante una pequeña cabaña.

—Vosotros, jovencitos, quedaos aquí —dijo el sargento—, mientras Jackson y yo llevamos dentro a Pescado para registrarlo todo.

Quince minutos después salían los policías, moviendo la cabeza, desalentados.

—No encontramos nada —declaró Jackson.

Antes de meterse nuevamente en el coche, el sargento Costello miró muy seriamente al prisionero, advirtiendo:

—Será mejor que nos digas dónde están esas monedas, porque pienso tenerte metido en una celda hasta que confieses.

—¡Haga el favor de decírselo, señor Lucas! —Rogó Pam—. No quiero verle a usted metido en la cárcel.

Pero, a pesar de los ruegos de la niña, «Lucas el Pescado» permaneció silencioso como una piedra.

—Muy bien —gruñó el sargento, empujando nuevamente al detenido hasta el coche.

El guardia Jackson recibió instrucciones para que acompañase a los niños a su casa. Al llegar, los jóvenes Hollister corrieron a buscar a los mayores que estaban charlando en la sala.

—Pero ¿habéis encontrado al verdadero ladrón? —preguntó tía Marge, no pudiendo creer los asombrosos resultados de los trabajos detectivescos que habían realizado los niños.

—Claro que sí —afirmó, lleno de orgullo, Teddy—. Pero Pescado tendrá que estar en la cárcel hasta que confiese dónde ha escondido las monedas.

—Es una pena —se lamentó tío Russ—. La verdad es que Pescado no es una mala persona.

Los dos señores Hollister recordaban a Silas Lucas; también sabían que Pescado siempre había sido algo holgazán, pero no malo.

—Pues cree que es una injusticia lo que le han hecho. No se da cuenta de lo que hace. Me gustaría que hablase.

Habían acabado de contar las novedades cuando oyeron alegres gritos, procedentes de la parte trasera de la casa y los niños

corrieron a ver con qué clase de juego se estaban divirtiendo Holly y Sue.

—Eso no está bien —reprendió Pam, que fue la primera en descubrir a las pequeñas.

Holly y Sue conducían a Leo, que, a su vez, tiraba de la carretilla. En el asiento de ésta iban Morro Blanco y sus hijitos; una cinta azul, atada a las patitas de la gata, se unía al collar de Leo.

Pero el perrazo no parecía complacido con aquel juego. Se detuvo y Sue se apresuró a sacar de su bolsillo una galleta que le puso delante del hocico. Leo se apoderó de ella de un salto, se lamió los bigotes y reanudó la marcha.

—Éste sí que es un perro de movimientos retardados, ¿eh? —bromeó Pete.

Pero, en aquel momento, a la gata se le agotó la paciencia, saltó del asiento y fue a parar sobre el lomo de Leo, esgrimiendo sus uñas afiladas.

—¡Ay, qué horror! —gritó Jean al oír aullar a Leo.

El perro de movimientos retardados se convirtió en un animal de movimientos, vertiginosos. Arrastrada por él, la carretilla también se movió veloz, traqueteando, cosa que hizo salir los gatitos volando en todas direcciones. Morro Blanco corrió a refugiarse en la copa de un pequeño arce que crecía en un rincón de la granja. Los mininos siguieron a su madre como obedeciendo alguna orden.

Teddy y Jean se acercaron inmediatamente al aterrado perro. Buscaron por todo su cuerpo peludo, pero no pudieron encontrar rasguño alguno.

—Creo que el gato no ha hecho más que asustarle —opinó Jean, mientras acompañaban a Leo a su caseta.



Mientras tanto Morro Blanco y sus hijitos se columpiaban en una larga rama del árbol, semejando pájaros sobre un cable telefónico. La cinta azul se había desprendido del collar de Leo y rodeaba ahora el cuello de la gata madre.

—¡Huy, los pobrecitos bebés, qué asustados están! —se compadeció Sue, levantando la vista hacia el árbol.

—No te preocupes. Yo les bajaré —se ofreció Pete.

Fue al granero y volvió con una escalera que colocó apoyada sobre la rama. Con todo cuidado, fue bajando primero a los mininos pequeños. Luego colocó a Morro Blanco sobre su hombro y bajó.

Holly se retorció una de las trencitas y apretó la boca hasta tal punto que se le marcaron los hoyuelos de las mejillas. Al fin llegó a una sabia conclusión:

—Bueno. Creo que los gatos y los perros no se avienen demasiado.

Después de comer, Sue y Holly jugaron con los gatitos sin volver

a molestar a Leo. Pam telefoneó varias veces al puesto de policía, sin averiguar otra cosa más que «Lucas el Pescado» seguía empeñado en conservar el secreto y no hablaba de las monedas desaparecidas.

Al anochecer sonó el teléfono. Pam se puso al aparato y la telefonista informó:

—Conferencia para Pam Hollister.

—Soy yo misma —contestó la niña, sorprendida.

Al otro extremo de la línea una voz opaca dijo:

—Yo soy el ladrón. Las monedas fueron arrojadas al remanso en que fue hallado el estuche.

Y, sin más, el hombre colgó.

Pam contó a los demás lo sucedido.

—¿Puede haber sido «Lucas el Pescado»? —se preguntó la niña.

Teddy llamó al puesto de policía. «Lucas el Pescado» seguía allí en una celda, y no tenía teléfono que pudiera haber utilizado.

—Era una conferencia —recalcó Pam, extrañada—. Y nadie sabe que estoy aquí, más que nuestra familia y los amigos de Shoreham.

—Hay alguien en Glenco que también lo sabe —recordó Pete de mal humor.

—¡Claro! ¡Joey Brill!

—Sí. Él tenía que ser —masculló Pete, desencantado.

—Pero esta vez no nos ha engañado —se consoló Pete.

—Podía haberlo conseguido —le hizo notar Pam—. Tenemos que andar con cuidado.

Aquella noche, mientras todos dormían, Holly se desveló; en seguida despertó a Sue que dormía junto a ella.

—¿No has oído nada? —preguntó a su hermana menor.

Las dos niñas escucharon. El ruido volvió a producirse.

—¡Es una persona que se está quejando! —observó Holly.

Y la pequeñita Sue, muy asustada, empezó a gritar:

—¡Mamá! ¡Mamá!

UNA BUENA NOTICIA



La señora Hollister, envuelta en una bata, acudió en seguida a la angustiosa llamada de Sue.

—¿Qué pasa, hijita? —preguntó, acercándose a la aterrorizada pequeña.

—Hay un ruido muy feo —explicó Sue.

La señora Hollister escuchó. En seguida volvió a oírse un extraño lamento que procedía de la habitación de Pam. La señora Hollister corrió a aquella habitación, abrió la puerta y, encendiendo la luz, entró en el dormitorio. Las pequeñas iban detrás de ella.

Pam estaba a los pies de la cama y con los ojos muy abiertos gritaba débilmente:

—¡Ayudadme! ¡Ayudadme!

—Todavía está durmiendo. ¡Despiértala, mamá! —rogó Holly.

La señora Hollister rodeó a Pam con sus brazos y apoyó en su hombro la cabeza de su hija.

—Despierta, Pam —murmuró la madre dulcemente—. Estás soportando una pesadilla. No ocurre nada.

—No te va a pasar nada malo —informó Sue—. Para eso

estamos nosotras aquí, ¿oyes?

Pam empezó a llorar silenciosamente, pero, gracias al consuelo que le proporcionó su madre, pronto secó sus lágrimas y miró adormilada a su alrededor.

—Lo siento, mamá. Era un sueño terrible.

Para entonces ya habían aparecido en el umbral de la puerta el señor Hollister, Ricky y Pete. Los dos niños tenían ojillos de sueño.

—A lo mejor, Pam tiene dolor de estómago —opinó Ricky.

—¿Está usted seguro de que se trata de esa dolencia, doctor? —preguntó su padre, con un guiño.

—No ha sido más que un sueño, papá —dijo Pam—. «Lucas el Pescado» me perseguía alrededor de la fuente porque había escondido las monedas en el agua y no quería que yo las viese.

—¡Zambomba! —se asombró Pete—. A lo mejor eso es lo que ha hecho de verdad.

—¡Canastos! —añadió Ricky—. ¡Pam resuelve los misterios mientras duerme!

La señora Hollister afirmó que aquello podía tener más importancia de lo que parecía y se sentó en la cama para comentar el extraño sueño de su hija.

—Puede que la primera vez que Pam vio a Pescado, él estuviera buscando un sitio para esconder las monedas, aunque no las hubiese robado todavía —sugirió Pete.

—Y, cuando ya las tenía escondidas, volvía a ver sí no les había pasado nada —añadió Holly.

Las preguntas y respuestas se sucedían con rapidez y pronto todos los habitantes de la casa estuvieron despiertos y reunidos en la habitación de Pam.

—Sólo una cosa puede hacerse —hizo notar el señor Hollister— y es buscar en la fuente.



—Exactamente —asintió su esposa—. Y ahora todos a la cama, niños. Por la mañana buscaremos esas monedas.

—Pero, mamá, déjanos buscarlas ahora —rogó Pete.

—¿Ahora? ¿A las tres de la madrugada?

—Puede que Pete tenga razón —intervino tío Russ—. Ahora todo estará tranquilo allí y nadie nos molestará.

La idea de ir a buscar en las frías aguas de la fuente y en plena noche entusiasmó a los niños, despejándoles completamente.

—Está bien —consintió la señora Hollister—. Pete y Pam pueden ir, pero todos vosotros, indiecillos, a la cama.

Tía Marge permitió que Teddy y Jean acompañasen a sus primos a la fuente.

—¿Y yo qué? —Preguntó el señor Hollister, sonriendo—. Bueno, yo les conduciré hasta la ciudad.

Los pequeños se mostraron mohínos, pero, cuando Pam prometió explicarles punto por punto, todo lo que ocurriera, alegraron un poco sus caritas y fueron a acostarse.

Los cuatro mayores se vistieron a toda prisa, se armaron de linternas y fueron a acomodarse en la furgoneta del señor Hollister. Pronto se encontraron corriendo hacia Crestwood. ¡Qué distinto aspecto tenía la ciudad por la noche! Las calles estaban desiertas y oscuras y la fuente permanecía silenciosa.

—¡Zambomba! No sale agua —observó Pete.

El señor Hollister les explicó que los surtidores se cerraban a media noche y volvían a abrirse a las siete de la mañana. Detuvo el coche y todos salieron. Junto al pequeño estanque, los muchachitos se quitaron zapatos y calcetines. Al meter los pies en el agua fría sintieron penetrantes escalofríos. Ninguno encendió su linterna hasta que estuvieron en el fondo rocoso.

—¡Oh, las piedras están cubiertas de musgo! —dijo Jean, caminando con precaución.

—Cuidado. No resbaléis —les advirtió el señor Hollister.

Inclinando sus rostros tan cerca del agua como les era posible, los investigadores dieron varias vueltas a la fuente.

—¡Vaya! —exclamó Pete, agachándose a recoger una lanchita de hojalata que se había sumergido en el estanque.

—Las monedas me hacen cosquillas en los pies —rio Pam.

Los niños encontraban bajo sus pies muchas monedas de diez y veinticinco centavos, así como muchos peniques, pero ni el menor rastro de las monedas que buscaban.

—Yo no creo que las hayan arrojado al agua sueltas —dijo el señor Hollister.

Pete estaba de acuerdo con su padre.

—Seguramente irán dentro de una caja o una bol-sita…, si es que están aquí —concluyó el chico, con un suspiro.

—No te desanimes tan pronto —protestó Pam.

—¿Quién ha hablado de desanimarse?

—Buscaremos hasta que sea de día —anunció Teddy—. Pero cuando vuelvan a abrir el surtidor quedaremos empapados.

A Pam le pareció ver una saqueta negra en el fondo de la fuente, pero todo lo que sacó fue una piedra redondeada. Mientras la volvía a arrojar al agua, la niña comentó con un suspiro:

—Puede que mi sueño haya sido equivocado.

—¿Quién se está desanimando ahora? —preguntó Pete.

Pam sonrió, reanudando inmediatamente la búsqueda.

Había transcurrido casi una hora cuando el señor Hollister miró su reloj.

—Lamento que la búsqueda haya sido infructuosa, pero creo que lo mejor es que nos vayamos ya —propuso.

—Espera sólo unos minutos más, papá —suplicó Pam.



Entonces el pie de Jean tropezó con un pedrusco del tamaño de un balón de fútbol. La niña notó que la piedra se movía.

—Ven a ayudarme, Teddy —pidió a su hermano.

Entre los dos levantaron el pedrusco. Luego, los rayos de sus linternas atravesaron el agua y fueron a posarse en un objeto de un tono blanco lechoso. Jean lo sacó del agua.

—Parece una bolsita de plástico —dijo.

Dando un tirón con el dedo, Teddy desató la bolsita.

¡Estaba llena de monedas antiguas!

—¡Papá, lo hemos encontrado! —exclamó Pam, llena de entusiasmo.

—¡Tío John! —Gritó Jean—. ¡El sueño de Pam era verdad! ¡Era verdad!

Los niños salieron del pequeño estanque y se sentaron en el reborde de piedra. Una a una, fueron cogiendo las monedas y examinándolas atentamente.

—¡Son las del museo! —afirmó Pete—. Me acuerdo de algunas de las que leí en la lista del sargento.

—Poneos los zapatos y los calcetines, y vamos a llevar esas monedas al puesto de policía —dijo el señor Hollister.

Dos mortecinas luces brillaban a ambos lados de la entrada del puesto policial. Cuando el grupo de noctámbulos caminaba por el silencioso pasillo de mármol sus pasos resonaban, como si todos los Hollister fuesen calzados con pesadas botas. El sargento, que hacía el turno de noche y que era un hombre delgado y de cabello grises, estaba en una gran estancia y levantó la vista desde su mesa, muy sorprendido.

—¿Se trata de algún accidente? —indagó—. Soy el sargento Marker.

—No se trata de ningún accidente, sino de que estos niños han resuelto un conflicto.

—Hemos encontrado las monedas robadas —anunció Pete—. Estaban en la fuente.

—¿Cómo? ¿Las monedas en la fuente…? —empezó a decir el policía.

—De verdad. Éstas son las monedas que robaron —dijo Teddy, dejando la bolsita sobre la mesa.

Incrédulo, el sargento sacó de un cajón una lista escrita a máquina y empezó a comparar con ella las monedas. Al cabo de unos minutos levantó la vista con expresión hosca.

—¿Qué les parece a ustedes todo esto? ¡Bajo nuestras propias narices!

—¿Ahora dejarán libre a Pescado? —preguntó ansiosamente Pam.

—Tal vez —repuso el otro—. Es el jefe quien tiene que decidir eso.

—¡Por favor! —suplicó Jean—. ¡Déjele marchar! Ya ha estado bastante en la celda y nosotros hemos encontrado las monedas.

—Pescado lo hizo porque creía que las monedas le pertenecían —dijo Pete—. Haga usted el favor de llamar al jefe ahora. Estoy seguro de que dejará salir a Pescado.

El sargento Marker movió titubeante la cabeza.

—Nunca hemos hecho una cosa así.

—Yo no veo que eso pueda causar ningún perjuicio —observó el señor Hollister.

Después de hacer varias llamadas telefónicas el sargento notificó a sus visitantes que no existían cargos serios contra Pescado y que el jefe había dado orden de que se dejase en libertad al detenido.

Cuando éste fue sacado de su celda pareció confuso y aturdido.

—¿Dice usted que puedo irme a casa? —preguntó al sargento.

—Eso es. Hemos encontrado las monedas. O mejor dicho, las han encontrado los Hollister.

El hombre parpadeó, asombrado.

—¿Cómo habéis sabido…?

—Es un secreto —sonrió Pam—. Puede que llegue usted a encontrar las monedas que le prometieron a su padre.

«Lucas el Pescado» movió la cabeza con incredulidad. Luego empezó a hipar y se enjugó los ojos con el revés de la mano.

—Le llevaremos a usted a casa —dijo el señor Hollister—. Tenemos fuera la furgoneta.

En silencio se dirigieron a la cabaña donde vivía Pescado. Al salir del vehículo el hombre se volvió a decir:

—Gracias, gracias, niños.

Y agachando la cabeza, Pescado se alejó.

—Pobrecillo —dijo Pam cuando emprendieron el regreso—. Dios quiera que nunca vuelva a hacer una cosa mala.

—No creo que vuelva a hacer nada —opinó el señor Hollister.

Cuando llegaron a la granja una línea de grisácea claridad empezaba a apuntar en el horizonte.

—Ahora todos a dormir —dijo el señor Hollister—. Yo contaré a todos lo ocurrido tan pronto como se levanten.

—No nos dejes dormir hasta muy tarde, papá —pidió Pete—. Estamos citados a las diez con el señor Turner.

Pero no fue preciso que el señor Hollister se ocupase de llamar a los jóvenes detectives, pues tan pronto como contó a los primeros

que se levantaron que se había resuelto el misterio de las monedas desaparecidas se produjo tal algazara que los cuatro durmientes se despertaron, saltaron de la cama y, vistiéndose a toda prisa, bajaron a desayunar, bizqueando de sueño.

Cuando estaban más entusiasmados, recibiendo halagos y felicitaciones sonó el teléfono. Holly contestó a la llamada, anunciando:

—Es Oz. —Y, después de escuchar lo que el niño le decía, exclamó—: ¡Eso es estupendo! Adiós.

La niña se volvió luego a su familia para decir:

—¡Teníamos razón! El que llamó diciendo que era el ladrón fue Joey. Quería presumir delante de Oz de lo fácil que era engañarnos. ¡Y a que no adivináis otra cosa! —añadió alegremente— Joey se ha ido a Shoreham. ¡Ya no nos molestará más!

Pete y Teddy estaban ansiosos de que llegasen las diez. Faltaban cinco minutos para esa hora cuando Pete comentó con su primo:

—Llegará de un momento a otro. ¡Zambomba! ¡Si pudiéramos solucionar los dos misterios sería estupendo!

Los dos muchachos tenían la vista fija en la carretera, pero el coche del señor Turner no aparecía por ninguna parte. A las diez y media Pete empezó a inquietarse.

—¿Dónde estará el señor Turner?

—Puede que se haya entretenido haciendo algún trabajo —le tranquilizó Teddy.

Entonces los muchachos salieron a la carretera para ver de cerca cada coche que pasaba. A las once Pete dijo:

—Ha debido de ocurrir algo, Teddy. Voy a llamar a la oficina del señor Turner.

Corrió a la casa y marcó el número. Fue la secretaria del guardia forestal quien contestó a la llamada.

—Soy Pete Hollister, Estamos esperando a que el señor Turner venga a recogernos. ¿Sabe usted si ha salido ya?

La voz de la mujer sonó muy sorprendida.

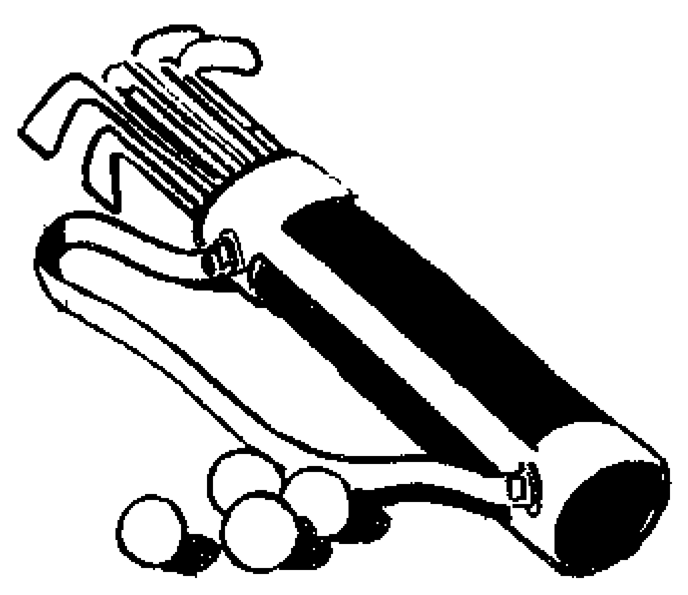
—¿De modo que habéis vuelto a cambiar de idea? —preguntó.

—¿Cómo dice?

—Claro. Después de haber telefoneado ayer al señor Turner diciéndole que no necesitabais su ayuda… El señor Turner se sintió

molesto.

LA PELOTA DE GOLF



Pete se sintió muy apurado al enterarse de aquella engañosa llamada telefónica que habían hecho al señor Turner.

—No fui yo quien llamó —aseguró a la secretaria.

—Pues era un muchacho y dio tu nombre.

—Debió de ser Joey Brill. Siempre está gastando bromas de esta clase.

La mujer dijo que era una lástima, pero que, de todos modos, al señor Turner le gustaría saber que Pete no había perdido interés por el asunto.

—¿Y dónde podría encontrarle ahora? —preguntó Pete.

La secretaria dijo que aquél era el día libre del señor Turner. Él había decidido dedicarlo a ayudar a los niños a resolver el enigma del roble del tesoro. Pero no teniendo que hacer eso se había ido a jugar al golf. Seguramente le encontrarían en el campo de golf de Crestwood. Pete dio las gracias por la información y colgó.

—¡Este Joey…! —se indignó Pam cuando supo lo ocurrido—. Me alegro de que se haya ido a casa. Así no nos molestará.

Pete recordó que el campo de golf de Crestwood estaba al otro lado de la colina del Águila de Cabeza Blanca. Si localizaba al señor Turner, quizá pudieran llegarse a investigar lo del roble del tesoro. Su madre propuso comer primero para luego acompañarles ella misma al campo de golf.

Terminada la comida, Sue quedó al cargo de tía Marge, para que durmiera la siesta. Los otros seis niños saltaron a la furgoneta y la señora Hollister inició la marcha hacia el campo de golf.

El camino que conducía hasta allí pasaba ante las propiedades del señor Spencer y describía una amplia curva al pie de la colina del Águila de Cabeza Blanca y bordeaba una gran extensión de verde césped. A lo lejos vieron dos hombres que se aproximaban a una meta de golf.

—Puede que uno de ellos sea el señor Turner —dijo Pete.

Y pidió a su madre que detuviese el coche. Cuando ella lo hizo uno de los hombres acababa de lanzar la pelota, que fue a parar sobre las altas hierbas, cerca de la carretera.

Ricky abrió la puerta de la furgoneta y él y Holly corrieron en busca de la pelota. Su madre les llamó:

—Venid aquí, niños.

—Si es del señor Turner estará contento de que nos hayamos molestado en buscarla —dijo Ricky orgullosamente.

Los dos niños atravesaron corriendo el prado, mientras Holly hacía ondear la mano derecha en la que llevaba la pelota.

Viendo lo sucedido, el jugador levantó los brazos, gritando algo.

—Quiere que nos demos prisa —observó Ricky—. ¡Vamos! Tenemos que correr más.

Cuando los niños se aproximaron al montículo desde donde se lanzaban las pelotas en el juego, vieron que no se trataba del señor Turner. El jugador seguía empuñando el palo de golf y corría hacia los chiquillos. Tenía el rostro enrojecido por la ira.

—¿Cómo se os ha ocurrido hacer eso? —chilló—. ¡No teníais que haber tocado la pelota! ¡Es la tirada más grande que he hecho en mi vida!

Ricky y Holly levantaron la cabeza y se quedaron con las bocas

muy abiertas por la sorpresa y el susto.

—Nosotros… creíamos que quería usted que se la devolviésemos —consiguió Ricky.

—¡Bobos! —insultó el hombre.

—Pero si ha caído entre las hierbas —murmuró Holly, débilmente—. ¿No quería usted probar otra vez?

Cuando el compañero de juego del primero se enteró de lo ocurrido, estalló en carcajadas. Holly empezó a llorar. Ricky estaba ansioso de huir de allí. Miró en dirección al coche y vio a Pete y a Pam que corrían hacia ellos.

Unas lágrimas gruesas y cálidas resbalaban por las mejillas de Holly cuando la niña entregó la pelota al jugador. Ricky pasó un brazo por los hombros de su hermanita, consolándola.

—No llores, Holly —pidió.

La faz enfurecida del hombre se suavizó entonces un poco. No le gustaba ver llorar a una niñita.

—Bueno, bueno. Siento haberos reñido —dijo, transformando su gesto huraño en una sonrisa—. Si creíais que así me ayudabais, no os preocupéis por lo ocurrido.

Pete y Pam llegaron entonces al montículo y pidieron disculpas al hombre por lo ocurrido.

—Es que los niños no saben cómo se juega al golf —explicó Pam y, dando la mano a Holly, añadió—: Anda, vamos.

—Quisiera poderos hacer olvidar mi rudeza —dijo el jugador, desconcertado.

Los ojos de Holly se iluminaron al oír aquello.

—¿Me deja usted tirar la pelota? —preguntó en seguida.

—Naturalmente. Ven aquí que te enseñaré cómo se hace.

El hombre sacó un palo de su bolsa de golf y colocó la pelota sobre un montículo. Luego se colocó detrás de Holly y pasó los brazos por delante de ella para enseñarla a coger el palo.

Cuando el señor se apartó un poco, Holly se balanceó sobre sí misma y… ¡zas! La pelota cruzó el aire y fue a parar otra vez al césped.

—¡Magnífico! —exclamó el jugador.

—Llegaré a ser una campeona —aseguró Holly, muy seria, entregando al señor el palo.

Cuando ya los niños se disponían a marcharse, a Pete se le ocurrió preguntar:

—Oiga, señor, ¿ha visto usted por aquí al señor Turner?

—Sí. Ha salido poco después que nosotros. Seguramente ahora le encontraréis en el local. —Y, guiñando un ojo a los niños, pidió—: Hacedme un favor. No le digáis que he perdido la calma con vosotros.

—No se lo diremos —prometió, echándose a reír.

Los cuatro regresaron al coche. Todavía Teddy y Jean se estaban riendo a costa de la aventura de la pelota de golf de Holly, cuando la señora Hollister conducía la furgoneta hacia el local del campo de golf, situado a media milla de distancia. Pete y Pam entraron y encontraron al señor Turner que ya estaba a punto de marcharse.

—Lamenté que renunciaseis a buscar la solución a ese asunto —comentó el hombre.

—Pero ¡si no hemos renunciado!

Y Pam se apresuró a explicar al señor Turner que les habían gastado una broma de mal gusto.

—En ese caso, me alegraré mucho de poder ayudaros —sonrió el señor Turner.

—¿Ahora? —preguntó Pete.

—Sí.

—Muchas gracias, señor Turner —dijo Pam.

La niña corrió en seguida a la furgoneta para comunicárselo a su madre.

—Está bien —asintió la madre—. Pero, mientras los mayores buscáis el roble del tesoro, Ricky y Holly irán conmigo a la ciudad. Los dos necesitan zapatos.

La carita de Holly se ensombreció, mientras Ricky protestaba:

—Pero, mamá, ¿cómo vamos a perdernos una cosa tan divertida?

—No os perderéis nada —dijo Pete—. Seguramente tendremos que mirar muchos árboles antes de que encontremos el que buscamos y para entonces ya habréis vuelto vosotros.

—Papá o yo volveremos otra vez a traeros aquí —prometió la señora Hollister.

Holly se entusiasmó.

—¿Nos comprarás chocolate y helado? —preguntó.

Cuando la madre dijo que sí, la niña de las trencitas le dio un abrazo.

—Volveremos todos a casa con el señor Turner. Por eso no os preocupéis —dijo Pete.

Como la colina del Águila de Cabeza Blanca quedaba a poca distancia, aun yendo a pie, el señor Turner dejó el coche en el club. Luego, él y sus jóvenes compañeros saltaron la valla y empezaron a avanzar por el césped de la finca del señor Spencer, ascendiendo por una ladera que llevaba a la cima de la colina del Águila de Cabeza Blanca.

Pete y Teddy se fueron turnando en la tarea de abrir paso entre los árboles pequeños que cada vez en menor número cedían el terreno a grandes robles y pinos. A medio camino, se detuvieron a descansar y miraron atrás, hacía la gran extensión de terreno que se deslizaba hasta el valle. Reanudaron la marcha y al poco Pam observó:

—Huelo a humo.

—Será que alguien se está preparando una merienda —conjeturó Teddy.

—¿No será un fuego forestal…? —murmuró Pam.

Con una mirada de preocupación, el señor Turner se adelantó a los niños. La colina se iba haciendo más escarpada y los bosques más espesos, hasta que llegaron a lo alto, deteniéndose ante un claro de amplia extensión.

Al otro lado pudieron ver el humo que se elevaba desde una fogata hecha con troncos. Tras la hoguera, un hombre fornido y calvo estaba cortando un pino, caído en tierra, con una sierra de motor. Cerca había un pequeño camión y allí echaba el hombre cada trozo de pino que aserraba.

Cuando estuvieron más cerca, los niños vieron que el hombre se aproximaba a un roble que, extraordinariamente inclinado, mostraba parte de sus raíces fuera de la tierra.



«¡Zambomba!», pensó Pete. «A lo mejor ése es el árbol que buscamos y…, cuando lo corte la sierra, ¡puede destruir el tesoro!».

—¡Señor Rogers! —llamó, aproximándose—. ¡No sierre ese roble!

Pero ya el hombre había apoyado la sierra contra el tronco y el ruido del motor apagó el sonido de la voz de Pete. Ahora, todos, incluyendo al señor Turner, corrieron hacia Rogers, agitando las manos para llamar su atención. Pero el hombre estaba vuelto de espaldas y no podía verles.

Apretando el paso Pete cruzó el claro del bosque. Ya estaba casi junto al señor Rogers cuando la sierra mordió la corteza del árbol, despidiendo astillitas en todas direcciones.

—Tengo que lograr que se detenga —se dijo el muchacho.

En su nerviosismo, Pete no se fijó en el gran boquete que habían dejado las raíces. Pete pisó en el vacío y fue a hundirse en la oscuridad.



Teddy y Jean siguieron corriendo y rogando al señor Rogers que no cortase el roble. Al oírles, el guarda se detuvo sorprendido y suspendió el funcionamiento del motor.

Entre tanto, Pam y el señor Turner corrieron en auxilio de Pete. La hermana del chico se agachó junto al hoyo en que yacía Pete y sacudiéndole por los hombros, gritó:

—¡Pete! ¡Pete!

—Ha perdido el conocimiento —dijo el señor Turner.

Entre él Y Pam levantaron al muchacho del hoyo, tendiéndole en el suelo, mientras el guarda, Teddy y Jean se acercaban corriendo. Pete estaba muy pálido y tenía una gran brecha en la frente. Pam frotó las muñecas de su hermano, mientras el guarda forestal desabrochaba a Pete la camisa. Entonces los ojos de Pete parpadearon, y el muchacho preguntó con voz débil:

—¿Ha cortado el árbol?

—Nada más que una pulgada —repuso el señor Rogers—. No te preocupes, hijo.

Pete sacudió la cabeza, como si quisiera librarla de las telarañas que la empañaban.

—Ya estoy bien —dijo entonces avergonzado, poniéndose en pie —. Tenía que haber mirado dónde pisaba.

Cuando los demás se aseguraron de que Pete se había recobrado, explicaron al guarda que iban en busca del roble misterioso.

—El que buscamos debe de tener una señal en el tronco —dijo el señor Turner.

—Y, seguramente, tendrá la forma que tiene el roble de esta moneda —añadió Pete, sacando el chelín de su bolsillo.

Moviendo una mano, el señor Rogers dijo:

—Aquí hay muchos robles para escoger. Pueden empezar a buscar.

Los recién llegados fueron de árbol en árbol, buscando señales que pudieran indicar que en la corteza se había practicado un orificio tiempo atrás. Al cabo de una hora de rebuscar por la colina, el señor Turner y los niños habían elegido trece árboles, cualquiera de los cuales, incluido el que el guarda había empezado a aserrar, podía ser el que buscaban.

—¿Cuál se parece más al árbol que hay en el chelín? —preguntó Pam cuando se situaron a la sombra del frondoso arbolado y contemplaron la parte alta de la colina.

—Con tanto follaje, es difícil distinguido —repuso el señor Turner.

Pete inclinó la cabeza y contempló largamente el árbol que había sido medio arrancado de la tierra por el huracán.

—Podría ser éste —murmuró al poco rato—. ¿Y si le suprimiésemos algunas hojas para comprobarlo mejor?

El señor Turner repuso que podría hacerse tal cosa, siempre que tuvieran una sierra.

—Tengo un par de sierras en el camión. Pueden ustedes utilizarlas —ofreció el guarda de la finca—. Pero ¿cómo subirán hasta ahí?

Y al hacer esta pregunta el hombre miró con expresión de duda

las ramas más bajas que quedaban muy lejos de su alcance.

—Haremos una escalera humana —propuso Pete—, si usted quiere ayudarnos.

—¡Buena idea! —rio el hombretón—. Y supongo que querréis que yo sirva de base.

Las niñas se apresuraron a ir hasta el camión y volvieron en seguida con las sierras. Mientras tanto, el señor Rogers se puso en cuclillas al pie del árbol y Teddy subió a sus robustos hombros, sujetándose luego firmemente al árbol. Luego, el señor Turner también se agachó y desde su espalda, Pete saltó a los hombros de Teddy para aferrarse después a una rama.

Las niñas dieron las sierras a Teddy, quien se las pasó a Pete, el cual, tras haber cogido las herramientas, ayudó a su primo a subir también al árbol. Moviéndose de una a otra rama, los chicos aserraron las más pequeñas de las ramas con más abundante follaje. Cuando gran parte de éste hubo caído al suelo pudo distinguirse mejor la forma que tenía el viejo roble.

—Muy bien —exclamó el señor Turner—. Ahora bajad, ya habéis aserrado bastante.

Con la ayuda de los dos hombres, los muchachos saltaron a tierra. Entonces, Pam sostuvo la moneda en alto y todos compararon el roble grabado en el chelín con el árbol que tenían ante sí.



—Mirad —dijo el señor Turner, pasando el dedo por los

contornos de la moneda—. La silueta viene a ser igual.

—¡Creo que es nuestro árbol! —dijo Pete.

—Ha sido una suerte, porque este árbol tenía que ser talado —dijo el guardián—. El huracán lo dejó muy mal parado.

—Pero en el tronco hay muchas señales —objetó Jean—. ¿Cómo sabremos cuál es la marca del tesoro?

El señor Turner aconsejó que el árbol fuese aserrado en pequeños trozos, cuidando de no cortar por ninguna de las señales.

—Luego podríamos llevar los trozos a la finca del señor Spencer y allí los iríamos abriendo.

—¡Zambomba! Pues empecemos ahora mismo, señor Rogers.

—Entonces que se aparte todo el mundo —replicó el hombre—. ¡Allá voy!

Mientras los demás le observaban, el hombretón taló el árbol. Luego, entre él y el señor Turner cortaron el tronco en pequeños fragmentos. En siete de aquellos trozos había muescas y dichos trozos fueron trasladados cuidadosamente al camión por los niños.

—El mejor modo de astillar y abrir estos leños es utilizar una maza de herrero y unas cuñas —dijo el señor Turner cuando avanzaban por la carretera llena de baches.

—Papá tiene herramientas de ésas en casa —dijo Jean—. Él sabe astillar troncos muy bien.

El camión se detuvo junto a un pozo situado en la parte trasera de la casa del señor Spencer. Allí cerca había varias pilas de madera para el fuego.

—Aquí es donde suelo partir la madera —explicó Rogers.

Pete y Teddy bajaron al suelo los trozos de tronco, mientras Pam entraba en la casa para telefonear a tic Russ. Cuando salió iba acompañada por el señor Spencer, que se sentía tan excitado como los niños. Minutos más tarde llegaban el padre y el tío de Pam, llevando las herramientas necesarias para astillar la madera. Ricky y Holly les acompañaban.

Todos rodearon al señor Hollister y a su hermano cuando ambos hombres se dispusieron a astillar los leños.

—Manteneos alejados —aconsejó tío Russ.

—¡Tengo unas ganas de que encontremos el tesoro! —dijo Pam, sin aliento.

El señor Hollister apoyó la cuña en la superficie lisa del trozo de tronco, mientras el tío Russ daba unos golpecitos para encajar la cuña. Luego el dibujante empezó a golpear vigorosamente con el mazo. La cabeza metálica de éste chocaba contra la cuña, haciendo que la madera se fuese agrietando más y más. Por fin con un sonoro ¡clang! el trozo de tronco quedó dividido. Los niños corrieron a mirar. No había nada en el interior.

—A ver si hay suerte con el próximo, John —comentó tío Russ.

Se colocó, pues, otro trozo de tronco y se clavó en él la cuña.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! También aquel leño saltó hecho trozos y los niños volvieron a sentirse desilusionados. No había tesoro.

—Prueben con éste —sugirió el señor Turner, acercándose con un tercer trozo de tronco.

Pete observó que allí había una muesca bastante más grande que las otras y con el aspecto de un nudoso puño.

—Deja que sea yo quien vapulee a ésta —pidió el señor Hollister.

—Muy bien, John —asintió tío Russ.

Cuando la cuña estuvo debidamente colocada, el señor Hollister levantó el mazo por encima de su cabeza, haciéndolo caer ruidosamente. La cuña se hundió en el tronco, que se dividió en dos, igual que si fuera un cacahuete.

—¡Mirad! —gritó Holly—. ¡Hay algo dentro!

—¡Canastos! —exclamó Ricky.

Una reluciente superficie, tan grande como un dólar de plata, resplandecía sobre uno de los lados del recién dividido tronco.

—Parece el extremo de una tubería —opinó el señor Hollister, cogiendo nuevamente la cuña—. Sujétame el otro trozo de madera, Russ. Volveré a cortarlo.

—¡Es el tesoro! ¡Hemos encontrado el tesoro! —palmoteó Jean.

—¡Que se aparte todo el mundo! —ordenó el señor Hollister.

El primer golpe abrió una grieta en la madera y el señor Hollister se echó ligeramente hacia atrás, blandiendo nuevamente el mazo. Éste volvió a caer sobre la madera y… ¡boomp!

La madera volvió a dividirse y, en el mismo momento, un objeto metálico saltó sobre las cabezas de los niños, chocó contra el tejadillo situado sobre el pozo y luego descendió, desapareciendo en

el negro agujero.

—¡Se ha ido! ¡Lo hemos perdido! —lloriqueó Holly, mientras todos corrían a mirar a la boca del pozo.

—¡Debía de ser el tesoro! —exclamó Pete.

—¿Y ahora cómo lo cogeremos? —preguntó Teddy.

El guarda de la finca fue inmediatamente a buscar una escalera, pero no pudo colocarla arrimada a la pared interior del pozo a causa del tejadillo de encima.

—¡Canastos! Tengo una idea. ¿Por qué no bajo yo en el pozal? —propuso Ricky.

Los mayores se miraron uno a otro, sin mostrar ningún entusiasmo. Pero Pete intervino:

—Claro. Ricky, como es pequeño, cabrá en el cubo. Déjale probar, papá.

—El pozo está seco —hizo saber el señor Spencer.

—Y en el pozal y la cadena son sólidos —adujo el señor Rogers.

—Creo que su hijo no correrá ningún riesgo —aseguró el señor Spencer.

—Yo doy mi voto para que lo haga.

—Está bien —consintió el señor Hollister—. Anda, Ricky, métete en el pozal.

El chiquito se metió en el viejo cubo de madera, cogiéndose a la cadena con ambas manos. Su padre y el guarda forestal hicieron girar lentamente la manivela, haciendo descender el cubo a las profundidades del viejo pozo.



—¿Estás bien? —preguntó Pam a gritos.

La voz de Ricky ascendió como un aullido tenebroso, desde el fondo, notificando:

—Muy bien. Estoy casi en el fondo.

Al poco se escuchó un agudo grito que decía:

—¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo! ¡Papá, súbeme!

El pozal empezó a ascender lentamente, mientras la cadena chirriaba a cada giro del torno.

—¡De prisa, papá! ¡De prisa! —apremiaba Holly.

—¿Veis? ¡Ya lo tengo! —gritó Ricky, levantando en alto un trozo de cañería.

Era un tubo de plomo de más de un palmo de longitud y con ambos extremos tapados. El niño entregó su hallazgo al señor Spencer.

—De modo que éste es el tesoro —murmuró el dueño de la finca —. ¿En qué estaría pensando mi padre cuando se le ocurrió colocar esto en un árbol hace años?

—Para abrir este tubo necesitaríamos dos llaves inglesas —le dijo el señor Hollister.

—Encontrará usted alguna en mi taller —dijo el señor Spencer, dirigiéndose a Rogers—. ¿Quiere ir a buscarlas?

El señor Rogers se alejó a buen paso, volviendo con dos grandes llaves inglesas. El señor Hollister las cogió y expertamente ajustó el tubo encontrado en los dientes de una de las llaves; con la segunda sujetó uno de los tapones y luego, valiéndose de todas sus fuerzas, hizo presión sobre los mangos de las herramientas.

El tapón empezó a girar lentamente.

—¡Zambomba, papá! ¡Lo has conseguido! —se entusiasmó Pete, mientras el señor Hollister desenroscaba ya con facilidad uno de los tapones. Cuando éste salió completamente, el señor Hollister volcó el tubo en el suelo. Del tubo salieron varias docenas de monedas antiguas.

Los niños prorrumpieron en gritos y palmoteos, mientras los mayores no cesaban de lanzar exclamaciones de asombro.

—¡Otra vez lo habéis conseguido, jovencitos! —Dijo el señor Hollister muy orgulloso—. Habéis resuelto el misterio de las monedas.

Pete se había arrodillado en el suelo, junto al señor Spencer y los demás chiquillos, y examinaba las viejas monedas.

—¡Papá, son las monedas de la suerte! —exclamó el muchacho.

—Que son la suerte para «Lucas el Pescado» —aclaró Pete—. Estas monedas son las que el viejo señor Spencer ofreció al padre de Lucas Pescado.

—No es el único afortunado —sonrió el señor Spencer—. Aquí hay otras monedas de mucho valor, incluyendo un centavo del Águila Voladora.

Cuando el señor Spencer le enseñó la moneda de que estaba hablando, Pete lanzó un silbido.

—De 1858. Hemos leído algo sobre esas monedas en nuestro catálogo.

—El Águila Voladora es de mucho valor —afirmó Pam.

Pete devolvió el centavo a su dueño y luego le ayudó a recoger las demás monedas.

—Esto es fantástico —murmuró el dueño del rancho, poniéndose en pie—. Nunca había oído una cosa como ésta. —Entonces, con un expresivo guiño, añadió—: ¿Os reuniréis conmigo en el museo, dentro de una hora?

—¡Claro que sí! —aseguró Pete.

—¿Tiene usted alguna sorpresa? —preguntó Holly.

—No creo que exista una sorpresa mayor que la que vosotros me habéis dado a mí. Pero se me ha ocurrido algo. Hasta luego.

Los Hollister acompañaron al señor Turner hasta donde había dejado su coche, y poco después regresaron a la granja para comunicar las asombrosas novedades relativas al descubrimiento hecho en el viejo roble.

Una hora después, los Hollister llegaban a la plaza mayor de Crestwood y penetraban en el museo. Ricky volvió la cabeza contemplando con añoranza la fuente cuyo surtidor resplandecía a la luz del sol; pero Pam cogió a su hermano de la mano, haciéndole entrar en el museo.

Ya estaban en él el señor Spencer con el sargento Costello y «Lucas el Pescado». Todos fueron conducidos hasta la estancia en que habían sido exhibidas las viejas monedas. La colección volvía a encontrarse protegida por una cubierta de cristal, sobre una caja

nueva, forrada de terciopelo. En la parte superior del cristal estaban las monedas que los niños habían encontrado en el roble.

Cuando todos estuvieron reunidos alrededor de la mesa de exhibición, el señor Spencer empezó a decir:

—Hoy es un día muy feliz para mí. Los Hollister han resuelto tres auténticos misterios.

A continuación, hizo una alabanza de los niños por el trabajo detectivesco que habían llevado a cabo en lo relativo a las desaparecidas monedas de la colección.

—Además, los Hollister han encontrado la vieja escritura, y ahora han descubierto el tesoro que se hallaba en el roble.

—Ha sido muy divertido hacer todo eso —dijo Holly en un gorgojeo.

—De este modo hemos pasado unas vacaciones estupendas —aseguró Pete, sonriendo.

—Habéis prestado una gran ayuda al departamento policial —terció el sargento—. Y estoy seguro de que «Lucas el Pescado» os está muy agradecido por haber intervenido en favor suyo.

—Aún hay más —dijo el señor Spencer—. De ahora en adelante Pescado trabajará conmigo. Rogers necesita un ayudante.

—¡Qué bien! —chilló Sue, haciendo palmas con sus manecitas gordezuelas.

Entre los mayores también se levantaron murmullos de aprobación.

El señor Spencer se aproximó entonces a las monedas que estaban sobre la tapa de cristal.

—Las que le fueron ofrecidas al viejo Lucas pasan a ser de «Lucas el Pescado». El resto irá a engrosar la colección de mi padre… excepto una. —Y cogiendo el centavo del Águila Voladora, el señor Spencer añadió—: Ésta es para que los Hollister de Shoreham puedan incluirla en su colección.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¡Pero si esta moneda vale cuatrocientos dólares!

—¡Zambomba! —se entusiasmó Pete—. ¡Somos ricos!

A continuación se cruzaron apretones de manos, pero mientras todos reían los ojos de «Lucas el Pescado» se llenaron de lágrimas.

—Muchas gracias, muchas gracias —fue cuanto pudo decir a los

niños.

Ricky y Holly tomaron al hombre de la mano y le arrastraron hacia la puerta.

Holly sacó un penique de su bolsillo y dijo:

—A la fuente. Vamos a desear que tenga usted suerte para siempre.